



HAGAKURE

El Camino del Samurai

YAMAMOTO
TSUNETOMO



HAGAKURE («oculto bajo las hojas», «en la sombra de las hojas») es el más célebre tratado sobre la vida y la conducta de los samuráis. Terminado de recopilar en 1716, transmite pensamientos y sentencias que aportan gran conocimiento acerca de la filosofía y el código de comportamiento del espíritu Bushido: el camino del guerrero, la aceptación total de la vida sabiendo morir en cada instante, el desafío de la vida prefiriendo la muerte a una vida indigna o impura, o el estar presto y

deseoso de morir en cualquier momento para ser totalmente fiel a su señor, entre otra amplia variedad de preceptos.

Mantenido en secreto durante más de siglo y medio, celosamente guardado por el clan Nabeshima, de Hizen (al que Yamamoto pertenecía), y cada vez más alejado del pragmatismo y el materialismo que impregna nuestra sociedad actual, el HAGAKURE se mantiene, no obstante, como una de las obras más sublimes y representativas de la cultura japonesa tradicional.



Tsunetomo Yamamoto

Hagakure

El Camino del Samurái

ePub r1.3

Oxobuco 08.11.14

Título original: *Hagakure: The Book of the Samurai*

Tsunetomo Yamamoto, 1979

Traducción: Alejandro Pareja Rodríguez

Diseño de cubierta: Rafael Soria

Editor digital: Oxobuco

Imagen svg: isyntax

ePub base r1.2



*Reproducción de dos
haikus de
Yamamoto Tsunetomo*

Izquierda

*Todos se precipitan hacia
el elegante Edo;
el otoño se extingue.*

Mina hito wa
Edo e
yukuramu
aki no kure.

Derecha

*Cerezos silvestres en
flor;
¿cuántas leguas los*

Ukiyo kara

separan

nanri arouka

de este efímero mundo? yamazakura.

*Edo (ahora Tokio) era la capital de Japón,
que contaba con una población de más de un
millón de habitantes.*

平世の竹里の梅の山儀美

子(心)字(心)好(心)之(心)秋(心)書(心)美

Introducción

LA TRADICIÓN MARCIAL y el culto al guerrero nacen en Japón durante el extenso período en que los japoneses vivieron inmersos en una guerra civil perpetua: desde los siglos VIII al XVI. Surgió entonces la figura del *bushi*, o guerrero feudal —conocido como samurái en Occidente—, que encarnaba al más noble de los guerreros, al más elevado exponente de su casta dispuesto a cumplir con su deber hasta las últimas

consecuencias, resignándose a su suerte y menospreciando su propio sufrimiento físico. El coraje a la hora de cumplir con su deber era tan importante para el bushi como lo era igualmente la lealtad, y la totalidad de su comportamiento seguía las pautas de un código de conducta no escrito cuya transgresión suponía el castigo de la muerte.

Entre 1192 y 1333, el hecho de que la casta guerrera tuviera acceso a las funciones gubernamentales le confirió una nueva dimensión. Simultáneamente, la influencia de diversas corrientes religiosas le ofreció la posibilidad de adoptar aquellos aspectos que más le ayudaban a fortalecer su espíritu, y fue

así que del budismo, por ejemplo, el samurái tomó el ideal de serenidad, de confianza en el destino y de aceptación de lo inevitable; y del sintoísmo, la exaltación de las «viriles» virtudes de la lealtad y el valor. Sin embargo, el guerrero aún carecía de un código escrito que definiera claramente sus obligaciones.

En el año 1615 apareció, por fin, el *Bukhe-sho-hatto*, conjunto de trece preceptos redactados por el monje zen Suden, cuya finalidad era establecer el comportamiento del samurái («Las artes literarias y el ejercicio de las armas, del arco y de la caballería son los estudios que deben seguir regularmente los

samuráis»); y en 1686, Daideti Yuzan escribía el *Budo shin shu*, confirmando más valor a la ética que a los conocimientos. Pero hubo que esperar otro siglo para que se publicaran los once capítulos del *Hagakure*, una exaltación de la vía del samurái.

El término que da título a esta magnífica obra, cuyo autor es Yamamoto Tsunetomo, puede traducirse como «hojas ocultas» u «oculto por las hojas», posiblemente porque Tsunetomo vivía retirado en una cabaña en el momento de gestar su obra, o quizá porque pertenecía al clan del castillo de Saga, famoso por encontrarse disimulado tras una espesa cortina de árboles y follaje.

Publicada el día 10 de septiembre de 1716, se trata de una recopilación de las conversaciones que mantuvo su autor con el joven samurái Tashiro Tsuramoto durante un período de siete años, tras la decisión de Tsunetomo de convertirse en sacerdote budista a la muerte de su señor, Nabeshima Mitsushige, tercer *daimyo* de la región que ahora corresponde a la prefectura de Saga. El *Hagakure* no es un sistema filosófico completo, sino un conjunto de pensamientos de temática variada que incluyen desde opiniones sobre el Camino del Samurái a debates sobre los accesorios de la ceremonia del té. Además, es probable que no haya sido

escrito para ser leído en público, porque en el prefacio el autor recomendaba que sus once capítulos fueran arrojados al fuego tras su lectura. Se desconoce si lo hizo por convicción o simplemente por mencionar uno de los tópicos de la literatura oriental; en cualquier caso, su libro fue durante muchos años una propiedad secreta del clan Nabeshima, y si se ha convertido en un texto particularmente interesante es, entre otros factores, por haber sido escrito en un contexto histórico, y por demás, significativo.

El señorío de los Nabeshima, al que pertenecía Tsunetomo, se encontraba al sur de Japón, en la isla de Kyushu, y

estaba incluido en la clase Tozama, designación aplicada a los *daimyos* que únicamente se habían sometido a Tokugawa Ieyasu tras la decisiva batalla de Sekigahara, en el año 1600. Aquella contienda, que permitió a Tokugawa hacerse con el poder supremo entre los *daimyos*, marcó la situación de los señoríos durante los doscientos cincuenta años posteriores.

Nabeshima Naoshige (1538-1618), fundador del clan que lleva su nombre, fue un hombre de gran vigor físico y mental que destacó entre los principales samuráis de Ryuzoji Takanobu (1529-1584), de cuyo señorío se apropió a la muerte de este último. Entre sus

principales hazañas figura su intervención en las invasiones de Corea. A su muerte, a los ochenta y un años de edad, le sucedió su hijo Nabeshima Katsushige (1580-1657), a quien se le dedica buena parte del *Hagakure*. Heredero del carácter de su padre, Katsushige participó en la segunda campaña de Corea (1597) cuando sólo tenía dieciocho años, y posteriormente encabezó un ejército de 34.000 hombres en el asalto al castillo de Rara durante la rebelión de Shimabara (1637-1638). Pero no tenía herederos (su hijo Tadashige había muerto de viruela a los veintitrés años de edad), así que, tras su desaparición, el señorío pasó a manos

de su nieto, Nabeshima Mitsushige.

Cuando Mitsushige asumió el cargo de señor de los Nabeshima, la situación de Japón había sufrido un cambio radical. El Período del País en Guerra, de más de cien años de duración, había terminado en 1600 con la batalla de Sekigahara y la implantación del régimen de Tokugawa. Y tras la represión de la rebelión de Shimabara en 1638, prácticamente habían finalizado los conflictos bélicos a gran escala. En ese marco se desarrolló la figura de Mitsushige, un hombre bastante diferente de su abuelo y su bisabuelo, decididamente más culto e interesado por los estudios. A pesar de ser *daimyo*

y, como tal, jefe de guerreros, nunca llegó a participar en las actividades militares a las que se habían dedicado sus antepasados, y se entregó de lleno a los temas culturales. De hecho, se caracterizó por animar a estudiar a los demás samuráis, y su gestión frente al gobierno consolidó el clan de los Nabeshima.

En el año 1700, fecha del fallecimiento de Mitsushige, Japón llevaba ya cien años de paz, circunstancia que había generado no sólo una nueva prosperidad en el país, sino también el desarrollo de una clase social de comerciantes y la expansión de las ciudades anexas a las fortalezas de

los diversos feudos. Pero aquel positivo marco de paz y bienestar general estaba ejerciendo un impacto, por demás perjudicial, sobre la clase de los samuráis, ya que, sin guerras, los profesionales de dicho arte habían dejado de gozar de una ocupación permanente. ¿Cómo mantener el orgullo guerrero en tiempos de paz estable? La lectura de ciertos pasajes del *Hagakure* reflejan a la perfección el sentimiento de los samuráis del Japón feudal — obsesionados por el honor y fanáticos defensores de la muerte— ante la decadencia de su actividad. Los ideales espartanos que durante tanto tiempo habían determinado el comportamiento

de los miembros de esta clase comenzaban a perder vigencia, y a los señores feudales ya les interesaba más disponer de administradores cultos que contar con rudos guerreros. Claro ejemplo de la situación reinante en aquella época es el hecho de que a Yamamoto Tsunetomo se le prohibiera suicidarse abriéndose el vientre tras la muerte de su maestro, por orden explícita del régimen de Tokugawa. Sin duda alguna, semejante proscripción agravó su pena y su frustración, y resultó determinante sobre su obra: en efecto, el *Hagakure* no es sólo el «libro de los samuráis», sino también el último despunte de gallardía verbal de una

casta en decadencia.

La filosofía de este texto deriva de la fusión del zen y el confucianismo, imperantes en Japón durante la era de Edo (1600-1868). Se trataba de un sistema social establecido por Tokugawa con el fin de incorporar a la filosofía zen el énfasis confuciano por la adoración a los ancestros, y a raíz del cual no sólo se fortaleció el status quo, sino también el concepto de los señoríos feudales, que adquirió mayor solidez. Fue el modelo ideal de los miembros de la clase de los guerreros hasta la disolución oficial de esta última, que tuvo lugar dos siglos y medio más tarde, y puede resumirse como la idea de que

el hombre debía ser un individuo completo, guerrero y erudito a la vez.

La historia personal de Yamamoto Tsunetomo resulta bastante peculiar. Nació el 11 de junio de 1659, cuando Nabeshima Mitsushige llevaba dos años ostentando el título de señor feudal. Y a punto estuvo de ser entregado a un vendedor de sal cuando su padre, antiguo samurái al servicio de Naoshige y Katsushige, tomó la decisión irrevocable de que aquel nuevo miembro de su familia le resultaba innecesario. Afortunadamente, el jefe de su grupo tomó cartas en el asunto y llevó al pequeño a vivir con él.

Tsunetomo fue un niño de salud

sumamente precaria; tanto, que los médicos anunciaron que no llegaría a cumplir los veinte años de edad. Sin embargo, y a pesar de su fragilidad, el señor Mitsushige lo tomó como paje a los nueve años y lo mantuvo a su lado hasta que, tras observar un comportamiento un tanto irregular durante su juventud, decidió relevarlo de sus servicios. A la edad de veinte años ningún incidente significativo había marcado la existencia de Tsunetomo, pero tampoco había conseguido un cargo oficial y la situación comenzaba a resultarle apremiante. En aquella época comenzó a visitar con asiduidad al sacerdote Tannen, budista zen, quien

marcaría profundamente su vida. El budismo zen llevaba más de dos siglos ejerciendo una gran influencia sobre los samuráis debido a que su vitalidad y su desprecio de la vida como objeto de apego resultaban conceptos de gran utilidad para el guerrero. Pero Tannen era de la opinión que las cuestiones religiosas eran para los viejos, y que no resultaba recomendable que los jóvenes samuráis aprendiesen el budismo porque ello les conduciría a ver el mundo con dos escalas de valores en lugar de con una sola. Esta idea sobre las relaciones del zen con el profesional de la guerra aparece claramente reflejada en el *Hagakure*.

Durante ese período y en los años posteriores, Tsunetomo conoció al erudito confucianista Ishida Ittei (1628-1693), un hombre de gran integridad y lealtad que, con sus sabias lecciones, marcó el carácter del joven.

Por último, quien también ejerció una notable influencia sobre sus ideas fue su propio sobrino, Yamamoto Gorozaemon —un hombre de más edad y categoría dentro de su clan—, gracias al cual consiguió un cargo, aunque de escasa importancia. Los esfuerzos de Tsunetomo por mejorar le valieron el ofrecimiento de distintas tareas, como un cargo de escribiente en Edo y otro empleo posterior en Kyoto, la capital

imperial. Pero aquella prosperidad no duró demasiado, ya que al año siguiente Gorozaemon se responsabilizó de un gran incendio y dimitió de su cargo, tras lo cual su protegido se vio obligado a seguir sus pasos.

Bastante tiempo transcurrió hasta que Mitsushige volviese a llamar a Tsunetomo para que desempeñara diversas tareas a su servicio, casi todas relacionadas con la poesía y los textos escritos. Pero en esta ocasión continuó a su lado, de forma ininterrumpida, hasta el mes de mayo de 1700, fecha en que Mitsushige murió, muy próximo a los setenta años de edad. Aquella pérdida desgarró a Tsunetomo, que ya tenía

cuarenta y dos años. Frente a la prohibición de practicar el suicidio ritual tras la muerte de su señor feudal, prefirió demostrar su lealtad siguiendo las órdenes de su maestro y solicitó permiso para retirarse y hacerse sacerdote budista. Se trasladó entonces a un pequeño monasterio situado en Kurotsuchibaru, a unos doce kilómetros al norte del castillo de Saga, y allí vivió semiapartado del mundo. En ese entorno tuvieron lugar sus encuentros con el joven samurái Tashiro Tsuramoto y en su compañía se gestó el *Hagakure*, manifestación expresa de la sinceridad de su autor. El texto se mantuvo en secreto durante más de ciento cincuenta

años, convertido en manual de instrucción moral entre los *daimyos* y los samuráis del clan de los Nabeshima. Sólo a partir de la restauración de Meiji (1868) fue conocido por el público en general.

Si bien el manuscrito original se ha perdido, existen diferentes copias del mismo con ligeras variaciones. Para la presente edición se han seleccionado trescientos apartados que representan la parte fundamental del tratado (este consta de más de mil trescientos en total). Dividido tradicionalmente en once capítulos, se han insertado textos

de todos, excepto del quinto, que consiste fundamentalmente en una relación de fechas.



Tsugahara Bokuden (1490-1572), uno de los más célebres luchadores a espada de la historia de Japón, en la época de la guerra civil, y fundador del estilo Kashima de lucha con espada (estatua en Kashima).

HAGAKURE

EL CAMINO DEL SAMURÁI



Del capítulo I

PARECE MUY RAZONABLE que el samurái tenga presente el Camino del Samurái; sin embargo, se diría que todos somos negligentes. Por eso son pocos los que sabrían dar una rápida respuesta al que preguntara: «¿Cuál es el significado verdadero del Camino del Samurái?». Esto se debe a que no se lo han grabado bien en la mente. Esto nos enseña lo poco presente que tenemos el Camino.

¡Qué consecuencias tan graves tiene la negligencia!



El Camino del Samurái reside en la muerte. Cuando hay que tomar una decisión crítica, sólo queda escoger en seguida la muerte. La elección no es particularmente difícil; sólo se necesita tener valor y actuar. Hay quien dice que morir sin haber alcanzado nuestros objetivos es morir como un perro. ¡Falacias de gentes frívolas! Cuando estamos en una situación apremiante en que debemos elegir entre vivir y morir, no tiene importancia que hayamos

alcanzado, o no, nuestros objetivos.

Todos queremos vivir, y nos trazamos en buena medida nuestra lógica en función de lo que nos gusta. Pero seguir viviendo sin haber alcanzado nuestros objetivos es de cobardes. El punto es sutil y escurridizo. Morir sin haber alcanzado nuestros objetivos es morir como un perro; en efecto, es un acto de fanatismo. Sin embargo, no es deshonoroso. He aquí la esencia del Camino del Samurái. El que prepara su corazón como es debido, día y noche, para poder vivir como si su cuerpo ya hubiera muerto, alcanza la liberación en el Camino. Hará una vida intachable y cumplirá con éxito la misión a que

dedica su vida.



Un hombre es buen vasallo cuando valora sinceramente a su señor. Así son los samuráis más dignos. Cuando uno nace en el seno de una familia de abolengo, le basta con tener bien presentes sus obligaciones ante sus antepasados, entregarse en cuerpo y alma, y valorar sinceramente a su señor. Si, además, uno está dotado de sabiduría y talento, y es capaz de aplicarlos como es debido, tanto mejor. Sin embargo, hasta el torpe e inútil podrá servir de samurái de confianza con tal de que se

proponga valorar sinceramente a su señor. El menos útil de todos es el que tiene sabiduría y talento sin contar con esta otra virtud.



Hay personas que tienen inteligencia presta por naturaleza y hay otras que necesitan retirarse a pensar bien las cosas. Si estudiamos bien la cuestión de los dones naturales de las personas, llegamos a la conclusión que el que piensa con desinterés y se adhiere a los cuatro votos del samurái Nabeshima, alcanza una sabiduría sorprendente, con independencia de los puntos fuertes y

débiles de su naturaleza^[1].

Muchos se consideran capaces de desentrañar cuestiones profundas y se ponen a reflexionar mucho en ellas, pero no sacan nada en limpio porque sus reflexiones se centran en el egoísmo.

Al necio le cuesta trabajo acostumbrarse al desinterés. Cuando afrontes una cuestión, no obstante, no le prestes atención al principio, clávate en el corazón los cuatro votos, despide de ti el egoísmo y haz un esfuerzo. De esta forma no irás mal orientado.



Al guiarnos en casi todo por nuestra propia perspicacia, nos volvemos egoístas, volvemos la espalda a la razón y las cosas no salen bien. Esto resulta sórdido, flojo, mezquino e incompetente a ojos de los demás. Si no podemos alcanzar el entendimiento verdadero nosotros solos, no será malo que consultemos con alguien dotado de buen sentido. El asesor, al no afectarle directamente la cuestión, tomará su decisión con entendimiento franco y desinteresado, ciñéndose al Camino. Sin duda, esta manera de hacer las cosas parecerá con muy buena base a ojos de los demás. Puede compararse con un árbol grande de sólidas raíces. La

inteligencia de un hombre por sí solo es como un árbol que se ha plantado, sin más, en un agujero sin raíces.



Estudiamos las palabras y las obras de los antiguos para apoyarnos en su sabiduría y evitar el egoísmo. Quitándonos de encima los prejuicios, inspirándonos en los dichos de los antiguos y consultando con otras personas, las cosas marcharán bien y sin contratiempos. El señor Katsushige se inspiró en la sabiduría del señor Naoshige, según se cuenta en el *Ohanashikikigaki*. Debemos agradecer su interés.

Hubo un hombre que tomó como samuráis a su servicio a varios hermanos menores suyos, y siempre que visitaba Edo o la región de Kamigata se hacía acompañar por ellos. Se dice que

no sufrió ningún contratiempo porque consultaba con ellos todos los días, tanto las cuestiones públicas como las privadas.



Sagara Kyuma era completamente uno con su señor, al que servía como si su propio cuerpo ya estuviera muerto. Era uno entre mil.

Una vez se celebró una reunión importante en la casa Mizugae, del señor Sakyō, y se ordenó que Kyuma se suicidara haciéndose el *seppuku*. En aquellos tiempos había en Osaka un salón de té en el tercer piso de la casa

del señor Taku Nui. Kyuma alquiló el salón de té, reunió a todos los desocupados de Saga y organizó un espectáculo de marionetas. Él mismo manejaba una de las marionetas, y los asistentes pasaron todo el día y toda la noche divirtiéndose y bebiendo. Causó un gran alboroto a la vista de la casa del señor Sakyó, y acarreó el desastre pensando únicamente en su señor y decidido a suicidarse^[2].



Ser samurái al servicio de un señor no consiste más que en apoyar al señor,

dejar que él decida lo que es bueno y malo, y renunciar al egoísmo. El amo estará bien seguro si cuenta sólo con dos o tres hombres de este tipo.

Si observamos el mundo cuando las cosas marchan bien, veremos que hay muchos que se dedican a dejarse ver por el señor y a hacerse valer ante él con su sabiduría, astucia y buen criterio. Sin embargo, son muchos los que darán la espalda al señor si este tiene que exiliarse o cae prisionero, para pasarse al bando del hombre del momento. Estas cosas resultan desagradables hasta pensarlas. Todos consideran que están obrando con rectitud: los que ostentan altos cargos, los que tienen cargos

menores, los sabios y los de buen criterio; pero cuando se trata de dar la vida por su señor, a todos les tiemblan las piernas. Esto es bien deshonroso. En momentos como estos se suele dar el caso de que un inútil se convierte en un guerrero sin par, porque ya ha renunciado a su vida y se ha vuelto uno con su señor. Sucedió un ejemplo de esto a la muerte de Mitsushige. Sólo le quedó un servidor decidido, yo mismo. Los demás me siguieron. Los notables, presumidos y jactanciosos vuelven la espalda al hombre en el momento mismo de cerrar este los ojos al morir.

Se dice que la lealtad tiene gran importancia en el pacto entre el señor y

el vasallo. Aunque te parezca inalcanzable, la tienes delante de las narices. Desde el momento mismo en que te propongas firmemente tener lealtad, te convertirás en un vasallo excelente.



Es importante saber manifestar a otra persona nuestra opinión y corregirle los defectos. Se trata de un acto de compasión, y es el primero de los actos de servicio. Sin embargo, es difícilísimo dar con el modo de hacerlo. Descubrir los puntos buenos y malos de una persona es fácil, y también lo es

expresar nuestra opinión al respecto. La mayoría de las personas creen que están haciendo el bien al decir las cosas que a otros les parecen desagradables o difíciles de decir. Pero cuando lo que dicen no es bien recibido, consideran que ya no pueden hacer más. Eso no tiene ningún valor. Es lo mismo que deshonrar a una persona difamándola. No es más que desahogarse soltando las verdades.

Antes de expresar una opinión a una persona debes empezar por juzgar si esa persona tiene disposición para recibirla o no. Debes intimar con ella y asegurarte de que confía constantemente en nuestra palabra. Busca la mejor manera de

hablarle, abordando temas de su interés, y procura darte a entender así. Considera cuál es la ocasión más propicia y determina si es mejor decírselo por carta o en el momento de una despedida. Alaba sus cosas buenas y aprovecha todos los recursos para aconsejarle. Por ejemplo, puedes hablar de tus propios defectos sin aludir a los de él, pero de modo que se aplique el cuento. Que asimile tu opinión como un sediento que bebe un vaso de agua; de este modo le servirá para corregir sus defectos.

Esto es difícilísimo. En general, la persona no se enmendará si su defecto es un vicio que arrastra desde hace

años. Yo mismo he tenido esta experiencia. Los grandes actos de compasión del samurái consisten en intimar con todos sus camaradas, corregirse mutuamente los defectos y estar decididos a servir a su señor. ¿Cómo se puede esperar hacer mejor persona a alguien a base de avergonzarlo?



Bostezar delante de la gente es de mal gusto. Si te entran ganas de bostezar de repente, puedes quitártelas frotándote la frente hacia arriba. Si esto no da resultado, pásate la lengua por los

labios sin abrir la boca, o bien disimula el bostezo tapándote la boca con la mano o la manga. Lo mismo sucede con el estornudo. Lo hace quedar a uno en mal lugar. Hay otras cosas, además de estas, con las que conviene tener cuidado y preparación.



Cierta persona decía que debían inspeccionarse con más atención las cuestiones económicas actuales. Alguien le respondió que eso no era conveniente en absoluto.

Es bien sabido que los peces no viven en aguas demasiado claras. Sin

embargo, las algas y demás vegetación les permiten refugiarse a su sombra, y allí medran. Del mismo modo, las clases más bajas viven tranquilas cuando se les hace un poco la vista gorda o se pasan por alto ciertas cosas. Se debe tener esto en cuenta al considerar la conducta de las personas.



En cierta ocasión, cuando el señor Mitsushige era niño, el sacerdote Kaion le mandó recitar un pasaje de un libro de texto. Él llamó a los otros niños y a los acólitos, y les dijo: «Haced el favor de venir aquí a escuchar. Es difícil leer

cuando no escucha casi nadie». Aquello impresionó al sacerdote, que dijo a los acólitos: «Todo se debe hacer con ese ánimo».



Lo primero que debe hacer uno cada mañana es rendir homenaje a su señor y a sus padres, y después a sus deidades tutelares y a sus budas custodios. Si asigna a su señor el primer lugar en importancia, sus padres se regocijarán, y los dioses y los budas le darán su aprobación. El guerrero no debe pensar más que en su señor. El que toma esta determinación dentro de sí mismo,

tendrá siempre presente al señor y no se apartará de él ni por un momento.

La mujer debe asignar el primer lugar a su marido, del mismo modo que este asigna el primero a su señor.



Según cierta persona, Matsuguma Kyoan contó hace años lo siguiente:

En la práctica de la medicina se aplican tratamientos diferentes a los hombres y a las mujeres, por sus distintas cualidades de yin y de yang. También son distintos sus pulsos. Sin embargo, el pulso de los hombres se

ha vuelto igual que el de las mujeres de cincuenta años a esta parte. Yo lo he observado así, y he empezado a aplicar con éxito el tratamiento de las mujeres a los hombres que padecen enfermedades de los ojos. Cuando aplicaba a los hombres el tratamiento propio de hombres, no obtenía resultados. He comprendido así que el espíritu de los hombres se ha debilitado y que se han vuelto iguales que mujeres, y que se acerca el fin del mundo. He guardado el secreto desde que lo supe con certeza.

Si observamos a los hombres de hoy

día teniendo esto presente, vemos que, en efecto, los que deben de tener pulso de mujer son muchos, y pocos los que parecen hombres de verdad. Por eso puedes imponerte con facilidad, basta con que te esfuerces un poco. Una prueba más de que el valor de los hombres ha decaído es que quedan pocos capaces de decapitar con mano firme. Y si hablamos del *kaishaku*, los hombres de nuestro tiempo son prudentes y hábiles a la hora de excusarse. Hace cuarenta o cincuenta años, cuando las prácticas, tales como el *matanuki*, se consideraban varoniles, los hombres se avergonzaban de exhibir ante sus compañeros los muslos sin

cicatrices, y se los perforaban ellos mismos.

Toda tarea de hombres pide sangre; sin embargo, la gente se burla hoy día de este concepto, los asuntos se resuelven hábilmente sólo con palabras y se rehúyen las tareas que requieren un esfuerzo. Quisiera que los jóvenes lo entendiérais un poco.



El sacerdote Tannen decía: «La gente acaba por no entender nada, porque los sacerdotes no enseñan más que la doctrina de la No-mente. Se llama No-mente a una mente pura y sin

complicaciones»^[3]. Esto es interesante.

El señor Sanenori dijo: «El Camino se halla dentro de un solo aliento, donde no se puede albergar la perversidad». Así pues, el Camino es único. Sin embargo, no hay nadie capaz de comprender esta claridad desde el primer momento. La pureza no se puede alcanzar si no es a base de muchos esfuerzos.



Debemos estimar como un gran tesoro el último verso de esa poesía, que dice: *Cuando te lo pregunte tu*

corazón^[4]. Seguramente podemos atribuirle el mismo valor que al *Nembutsu*, que en otros tiempos sonaba en labios de muchas personas.

En los últimos tiempos hay personas llamadas «inteligentes», que se adornan de sabiduría superficial y no hacen más que engañar a los demás. Son inferiores, por tanto, a la gente de poco ingenio. La persona de poco ingenio es directa. Si inspeccionamos el interior de su corazón aplicando el verso que he citado, no tendrá rincones ocultos. Es un buen examen. Debemos proponernos no quedar en mal lugar si se nos somete a este examen.



La palabra *gen* significa «ilusión» o «aparición». En India, al que practica la magia lo llaman *genjutsushi* («maestro de la técnica de la ilusión»). En este mundo, todo es como un espectáculo de marionetas. Podemos calificarlo todo de *gen*.



Es difícil odiar la injusticia y mantenerse en la rectitud. Por otra parte, creer que ser recto es lo mejor que puede hacer uno, y hacer todo lo posible

por ser recto, nos hace caer en muchos errores. El Camino está en un lugar más elevado que la rectitud. Esto es muy difícil de descubrir, pero es la sabiduría más alta. Desde este punto de vista, las cosas tales como la rectitud parecen bastante superficiales. Si uno no entiende esto por su cuenta, no puede llegar a conocerlo. Existe, no obstante, un método para alcanzar este Camino aunque no podamos descubrirlo por nosotros mismos: consultar a los demás. Hasta la persona que no ha alcanzado este Camino ve desde fuera a los que lo siguen. Es como ese dicho de los jugadores de *go*: «El espectador tiene ocho ojos». El dicho: «Pensando,

pensando, vemos nuestros propios errores», significa también que el Camino elevado se encuentra a base de debatir con los demás. Es útil escuchar los viejos relatos y leer libros para quitarnos de encima nuestro criterio y adherirnos al de los antiguos.



Muso Gonnosuke, uno de los más polémicos samuráis de la época Tokugawa.



Un maestro de la espada dijo en su

vejez:

En nuestra vida atravesamos varios niveles en el estudio. En el nivel inferior, la persona estudia sin obtener resultados, y tiene la impresión de que él es torpe y los demás también. El que está en este nivel no sirve para nada. En el nivel medio, sigue siendo inútil, pero es consciente de sus carencias y también es capaz de advertir las carencias de los demás. En el nivel más elevado, se enorgullece de su propia habilidad, le agradan las alabanzas de los demás y lamenta la falta de habilidad de sus

compañeros. Un hombre así tiene valía. El hombre que está en el nivel más alto tiene aspecto de no saber nada.

En general, estos son los niveles. Existe, sin embargo, un nivel trascendente que es el más excelente de todos. En él, la persona es consciente de que el Camino que sigue es interminable, y no considera nunca que ha llegado al final^[5]. Conoce bien sus carencias y no llega a pensar nunca, en su vida, que ha conseguido superarlas. No tiene pensamientos orgullosos; contempla el Camino en toda su extensión con humildad. Se cuenta que el maestro

Yagyu dijo una vez: «Yo no conozco el modo de vencer a los demás, sino el de vencerme a mí mismo».

Avanza diariamente a lo largo de tu vida adquiriendo más habilidad que el día anterior, más habilidad que hoy. El proceso es interminable.



Entre las máximas que tenía escritas en la pared de su casa el señor Naoshige, figuraba la siguiente: «Los asuntos muy importantes deben tratarse a la ligera». El maestro Ittei comentó: «Los asuntos poco importantes deben tratarse con seriedad». Entre los asuntos

de uno no debe haber más de dos o tres que podamos calificar de muy importantes. Podemos entenderlos a base de deliberar sobre ellos en los ratos de tranquilidad. La cuestión es pensar las cosas de antemano y llevarlas a la ligera cuando llega el momento. Si no estás resuelto de antemano, te resultará difícil afrontar una situación y resolverla con ligereza, y no tendrás la seguridad de obrar con acierto. Sin embargo, si has sentado antes unos buenos cimientos, podrás basar tus actos en el principio de que «los asuntos muy importantes deben tratarse a la ligera».



Una persona pasó varios años de servicio en Osaka y volvió después a su pueblo natal. Cuando se presentó en el ayuntamiento local, todos se quedaron desconcertados y se rieron de él, porque hablaba en el dialecto de Kamigata. Por esta regla, cuando uno pasa mucho tiempo en Edo o en la región de Kamigata, más le vale hablar exagerando incluso su dialecto natal.

Es natural que a uno le cambien los modales por la diferencia de hábitos [cuando va a una región más urbana]. Sin embargo, es una vulgaridad y una

necesidad despreciar por rústicas las costumbres de la región natal de uno, o dejarse dominar por las costumbres del otro lugar y pensar en renunciar a las propias. Proceder de una comarca rural y rústica es un gran tesoro. Imitar el estilo de los demás es pura afectación.

Un hombre dijo al sacerdote Shungaku: «La secta del Sutra del Loto no tiene buen carácter: es muy temible».

Shungaku respondió: «Si es la secta del Sutra del Loto es porque es temible. Si no fuera temible, sería otra secta». Esto es razonable.



Una vez se celebró un consejo para debatir el ascenso de cierto hombre, y los reunidos estaban a punto de llegar a la conclusión de que no era posible ascenderlo porque el hombre había intervenido en una reyerta entre borrachos. Pero alguien dijo: «Si fuésemos a dejar de lado a todos los hombres que han cometido un error, sería imposible encontrar a hombres útiles. El que ha cometido un error será mucho más prudente y útil en adelante, en virtud de su arrepentimiento. A mí me parece que se le debe ascender».

«¿Responderás tú de él?», le preguntó otro.

«Claro que sí», respondió el

primero.

«¿Por qué estás dispuesto a responder de él?», le preguntaron los demás.

«Porque es un hombre que ha cometido un error. El hombre que no ha errado nunca es peligroso».

Dicho esto, ascendieron al hombre.



En un debate sobre unos delincuentes, Nakano Kazuma propuso aplicar un castigo inferior en un grado al establecido por la ley. Sólo él poseía un tesoro de sabiduría como este. Aunque había varios presentes en aquella

reunión, sólo Kazuma fue capaz de abrir la boca. Por eso le llaman el *Maestro de la Apertura* y el *Maestro de los Veinticinco Días*^[6].



Cierta persona quedó deshonrada porque no se había vengado de un agravio. La venganza consiste, simplemente, en entrar a la fuerza en un lugar y morir luchando. Así no hay deshonra. Si te pones a pensar en lo que tienes que hacer, se te acabará el tiempo. Mientras piensas cosas tales como cuántos hombres tiene el enemigo, va

corriendo el tiempo y acabas por dejarlo.

¿Qué importa que el enemigo tenga miles de hombres? Si te plantas ante ellos y te propones acabar con todos, empezando por el primero, habrás cumplido. Habrás rematado la parte más sustancial de tu labor.

Si recordamos la historia del asalto nocturno al *ronin* del señor Asano, los asaltantes cometieron un error al no hacerse el *seppuku* en el Sengajuki, pues se produjo un largo retraso entre el momento en que fue abatido su señor y cuando ellos abatieron al enemigo. Habría sido muy lamentable que el señor Kira hubiera muerto de

enfermedad en ese intervalo. Los hombres de la región de Kamigata tienen una sabiduría muy inteligente que les permite realizar actos dignos de alabanza, pero no saben hacer las cosas sin pensárselas, como sucedió en el combate de Nagasaki^[7].

No conviene juzgar todas las cosas por este mismo criterio; yo me estoy refiriendo ahora a la búsqueda del Camino del Samurái. Cuando llega el momento, no hay tiempo de razonar. Y si no has pensado las cosas por adelantado, quedarás deshonrado casi siempre. Leer libros y escuchar las palabras de la gente sirve para tener las cosas resueltas de antemano.

El Camino del Samurái debe consistir, sobre todo, en ser conscientes de que no sabemos lo que va a pasar en un momento dado, y en poner en tela de juicio todas las cuestiones día y noche. La victoria y la derrota dependen de la fuerza temporal de las circunstancias. La deshonra se evita por otra vía sencilla: con la muerte.

Devuelve el golpe aunque pienses que saldrás derrotado. Nada tiene que ver con esto la prudencia ni la habilidad en el manejo de las armas. El que es hombre de verdad no piensa en la victoria ni en la derrota, sino que se arroja de cabeza a una muerte no razonada. Al hacerlo, te despertarás de

tus sueños.



Hay dos cosas que manchan al samurái: las riquezas y los honores. Si sigues viviendo con estrechez, no te echarás a perder.

Había una vez un hombre muy inteligente, pero que tendía siempre a ver los aspectos negativos de las misiones que le encomendaban. Si tú te comportas así, serás inútil. Si no te metes en la cabeza desde el primer momento que el mundo está lleno de situaciones incómodas, te portarás mal en general y los demás no tendrán

confianza en ti. Y por bueno que sea uno, no tiene esencia de buena persona si los demás no tienen confianza en él. Esto también puede considerarse una tacha.



Cierto hombre decía: «Ya sabes lo violento que es Fulano; sin embargo, mira lo que le he soltado cara a cara...». No parece bien decir cosas así, y sólo las decía porque quería ganarse fama de bravucón. Es una grosería, y se ve que el que hablaba así era bastante inmaduro. Si se admira al samurái es por la corrección de sus modales. Hablar así de otra persona es propio de soldados

rasos de última categoría. Es una vulgaridad.



No es bueno quedarse en una serie de opiniones. Es un error hacer un esfuerzo hasta entender un poco las cosas y conformarse después con eso. Lo que debes hacer es esforzarte mucho al principio, para asegurarte de haber entendido los principios esenciales, y seguir practicando para que estos principios arrojen sus frutos, en un proceso que no terminará nunca mientras vivas. No te conformes con el grado de aprendizaje que has llegado a alcanzar;

piensa más bien: «Esto no basta».

Debes seguir buscando durante toda tu vida la mejor manera de seguir el Camino. Y estudiar, proponiéndote trabajar sin dejar las cosas para más adelante. En esto consiste el Camino.



He aquí algunos dichos de Jamamoto Jin'emon:

- Si eres capaz de entender un asunto, entenderás ocho.
- Una risa afectada indica falta de dignidad en el hombre y lascivia

en la mujer.

- Al mantener una conversación, formal o informal, debes mirar a los ojos a tu interlocutor. La reverencia cortés se hace al principio y al final. Hablar con los ojos bajos es señal de descuido.
- Es un descuido pasearse con las manos metidas por las aberturas laterales del *hakama*.
- Después de leer libros y cosas semejantes, lo mejor es quemarlos o tirarlos. Se dice que leer libros es tarea propia de la Corte Imperial, pero la tarea de la casa de Nakano es el valor

militar, empuñar el bastón de roble.

- El samurái que no tiene grupo ni caballo no tiene nada de samurái^[8].
- El *kusemono* es hombre digno de confianza.
- Se dice que uno se debe levantar a las cuatro de la mañana, bañarse y peinarse diariamente, comer cuando sale el sol y retirarse cuando oscurece.
- El samurái se limpia con el mondadientes aunque no haya comido. Por dentro, pellejo de perro; por fuera, piel de tigre.



¿Cómo responder si nos preguntan qué es lo esencial como ser humano en cuanto a propósito y disciplina? Diremos, en primer lugar: «Lo esencial es tener la mente pura, aquí y ahora, y libre de complicaciones». En estos tiempos parece que todo el mundo, en general, está decaído. El que tiene la mente pura y sin complicaciones tendrá una expresión alegre. Cuando uno atiende a diversos asuntos, le brota algo del corazón. Al ocuparse de su señor, la lealtad; de sus padres, la piedad filial; de la guerra, el valor; y en todo lo

demás, algo que pueda servir a todo el mundo.

Es muy difícil descubrirlo. Cuando se ha descubierto, también es difícil aplicarlo constantemente. No hay nada más allá del pensamiento del momento inmediato.



Hace cincuenta o sesenta años, los samuráis se bañaban todas las mañanas, se afeitaban la frente, se aplicaban loción en el pelo, se cortaban las uñas de las manos y de los pies, frotándoselas primero con piedra pómez y después con ceniza de acedera, y cuidaban sin falta

de su aspecto personal. No es preciso decir que tenían la armadura y las armas sin óxido, sin polvo, brillantes y bien dispuestas.

Aunque puede parecer que cuidar nuestro aspecto exterior tiene algo de ostentación, no tiene nada que ver con la afectación. Aunque seas consciente de que hoy mismo te pueden abatir y estés resuelto con firmeza a sufrir una muerte inevitable, si tienes mal aspecto exterior cuando te matan, darás muestras de falta de resolución previa, tu enemigo te despreciará y parecerás poco limpio. Por eso se dice que tanto los viejos como los jóvenes deben cuidar su aspecto exterior.

Dirás que estas cosas son pesadas y que quitan mucho tiempo, pero forman parte del trabajo del samurái. No es una tarea afanosa ni que lleve mucho tiempo. No hay ninguna deshonra en dedicarse constantemente a reforzar la resolución de morir en combate, en considerarse deliberadamente ya muerto, ni en hacer el trabajo propio de uno y ocuparse de cuestiones militares. Sin embargo, cuando llegue el momento, la persona quedará deshonrada si no tiene presentes estas cosas hasta en sueños, prefiriendo dedicar sus días al egoísmo y a la molicie. Y si le parece que esto no es deshonoroso y que nada tiene importancia con tal de que él esté cómodo, cometerá

constantemente actos lamentables de disipación y descortesía.



La persona que no ha resuelto de antemano a aceptar la muerte inevitable, puede tener la seguridad de que dará un mal espectáculo al morir. Sin embargo, ¿cómo podrá hacer mal papel el que está resuelto de antemano a aceptar la muerte? Debemos prestar atención

especial a esta cuestión.

Además, las costumbres han cambiado de treinta años a esta parte; ahora parece que los samuráis jóvenes no tienen para qué reunirse si no es para hablar de dinero, de pérdidas y ganancias, chismorreos, modas o sexo. Se están perdiendo las buenas costumbres. Podemos afirmar que antiguamente, cuando los hombres alcanzaban los veinte o los treinta años de edad, no llevaban en el corazón cosas viles, y por eso no les salían palabras de ese tipo. Si un hombre de edad decía una cosa así sin darse cuenta, le parecía una especie de injuria. Esta costumbre nueva ha aparecido, probablemente, porque la

gente atribuye importancia a parecer hermosos ante la sociedad y a la economía doméstica. ¡Qué cosas podría conseguir la persona si estuviera libre de altivez en cuanto a su lugar en la sociedad!

Es una desgracia que los jóvenes de hoy sean tan artificiosos y estén tan pagados de sus bienes materiales. Los hombres de corazón artificioso carecen de sentido del deber. Y, al carecer del sentido del deber, no tienen amor propio.



Según decía el maestro Ittei, hasta el

que escribe con torpeza puede llegar a dominar bastante bien el arte de la caligrafía si estudia con esfuerzo e imitando a un buen modelo. También el samurái puede llegar a ser bastante bueno si toma como modelo a un buen samurái.

Sin embargo, hoy no existen buenos modelos de samuráis. En vista de ello, no estaría de más *hacerte* un modelo y aprender de él. Para ello, debes observar a muchas personas y tomar sólo lo mejor de cada una de ellas. Por ejemplo, tomarías de una la cortesía, de otra el valor, de otra el buen hablar, de otra la corrección de la conducta y de alguna la constancia de ánimo. Así te

harás el modelo.

Hay aprendices que no asimilan lo que tiene de bueno su maestro en el mundo de las artes, sino que sólo aprenden e imitan lo malo. Esto no tiene valor. Hay personas que tienen buenos modales pero carecen de rectitud. Al imitar a estas personas, tendemos a pasar por alto los buenos modales e imitar sólo la falta de rectitud. Si te fijas en los puntos buenos de la persona, tendrás maestro y modelo para todo.



Cuando tengas que llevar una carta importante, un escrito o algo semejante,

llévalo con firmeza en la mano durante todo el camino y no lo sueltes ni una sola vez, hasta entregárselo en mano al destinatario.



El samurái es un hombre que pasa veinticuatro horas al día sin distraerse, ya esté en público o en presencia de su señor. Al que es descuidado en su tiempo de descanso, el público lo considerará descuidado, sin más.



Con independencia de la clase, la persona que hace algo que está por encima de su categoría social acabará por cometer en algún momento actos ruines o de cobardía. Entre las clases inferiores existen, incluso, personas capaces de huir ante el peligro. Hay que tener cuidado con los de la clase trabajadora y con gente así.



Hay muchas personas que profesan alguna de las artes marciales e instruyen en ella a discípulos, y se creen que han alcanzado por ello la categoría de guerreros completos. Sin embargo, es

lamentable dedicar tanto esfuerzo para convertirse en un mero «artista». Debes aprender de la técnica artística lo que te baste para no tener carencias. En general, se considera que una persona versada en muchas cosas es vulgar y sólo tiene una idea general de los asuntos importantes.



Cuando el señor te dice algo, ya sea para bien o para mal, si te retiras en silencio das muestras de perplejidad. Debes tener dispuesta una respuesta adecuada. Es importante estar preparado de antemano.

Por otra parte, si cuando te encomiendan alguna tarea sientes gran felicidad u orgullo, estos sentimientos se reflejarán en tu rostro exactamente como tales. Esto se ha visto en muchas personas, y causa bastante mal efecto. Hay, no obstante, otro tipo de personas que conocen sus propios defectos y piensan: «A pesar de lo torpe que soy, me han encomendado esta misión. ¿Cómo me las arreglaré? Veo que esto me va a acarrear muchos problemas e inquietudes». Aunque no pronuncia estas palabras, le asoman a la superficie. Es señal de modestia.

La inconstancia y la frivolidad nos apartan del Camino y nos hacen parecer

principiantes. Hacemos así mucho daño.



Aprender es bueno, aunque es frecuente que conduzca a errores. Es como lo que recomendó el sacerdote Konan. Vale la pena limitarse a observar los actos de las personas competentes para hacernos conscientes de nuestras propias carencias. Sin embargo, esto no sucede así en muchos casos. Con frecuencia, admiramos nuestras propias opiniones y nos aficionamos a discutir.



En una gran conferencia que se celebró el pasado año tomó la palabra un hombre que se opuso a la opinión general, y afirmó que estaba dispuesto a matar al presidente de la conferencia si no se aceptaba su propuesta. Se aprobó su moción. Cuando hubo terminado la sesión, el hombre dijo: «Me han dado la razón en seguida. Me parece que son demasiado débiles y poco de fiar para ejercer de consejeros del señor».



Cuando en una dependencia oficial hay mucho movimiento y se presenta de pronto alguien descuidado para

despachar algún asunto, es frecuente que haya personas que lo traten con frialdad y con enfado. Esto no debe hacerse. En momentos tales, la etiqueta del samurái consiste en tranquilizarse y atender a la persona con buenos modos. Tratar a una persona con aspereza es propio de los lacayos de la clase media.



Hay veces que tienes que depender de alguna persona para algo, en función de la situación. Si esto sucede una y otra vez, se acaba por importunar a la persona, lo que puede llegar a ser una grosería. Es mejor no depender de los

demás para llevar a cabo lo que tengas que hacer.



La lluvia te puede enseñar una cosa. Cuando te sorprende un chaparrón repentino, intentas no mojarte y corres deprisa por el camino. Si, por el contrario, intentas deslizarte bajo los aleros de las casas y recurres a otros subterfugios así, te mojas igual. Si estás resuelto a mojarte desde el primer momento, no te quedarás perplejo, aunque acabes igual de empapado. Esta lección se puede aplicar a todo.



Había una vez en China un hombre al que le gustaban mucho los dragones, y tenía muchas pinturas y estatuas que los representaban, y los muebles de su casa y hasta su ropa estaban adornados con el mismo motivo. Esta afición suya llamó la atención al dios de los dragones, quien le envió un día un dragón de verdad que se presentó ante su ventana. Se cuenta que el hombre se murió del susto. Debía de ser, sin duda, un hombre de esos que siempre están diciendo cosas grandiosas pero que obran de manera distinta cuando se encuentran

cara a cara con la realidad.



Cierto maestro del arte de la lanza estaba en su lecho de muerte. Llamó a su mejor discípulo y le dio estas últimas instrucciones:

Te he transmitido todas las técnicas secretas de esta escuela, y no me queda nada que decir. Si piensas instruir a tu vez a algún discípulo, deberás practicar diariamente y con diligencia con la espada de bambú. La superioridad no es sólo cuestión de técnicas secretas.

También se cuenta que cierto maestro de *renga* dejó dicho en sus enseñanzas que, el día anterior a una justa poética, el discípulo debía tranquilizar la mente y repasar una antología de poemas. Esto es, concentrarse en una sola cosa. Todas las profesiones deben ejercerse con concentración.



Aunque el patrón de todas las cosas es la Vía Media, en las cuestiones militares el hombre debe aspirar siempre a superar a los demás. Según los principios del tiro con arco, tanto la

mano izquierda como la derecha deben colocarse a la misma altura; pero existe la tendencia a levantar más la derecha. Se igualan a base de bajar un poco la mano derecha al disparar. En los relatos de los guerreros antiguos se afirma que, si deseamos constantemente superar a guerreros destacados y albergamos día y noche la esperanza de derrotar a un enemigo poderoso, acabaremos por volvernos incansables y valientes de corazón y mostraremos valor. Debemos aplicar también este principio en los asuntos de la vida diaria.



Hay que saber educar al hijo de un samurái. Ya desde que es niño de pecho es conveniente fomentarle el valor y evitar meterle miedo o hacerle rabiar de manera innecesaria. Cuando una persona contrae la cobardía de niño, la conserva toda la vida como una tara. Los padres obran mal cuando hacen que sus hijos tengan miedo a las tormentas, o les fomentan el miedo a la oscuridad, o les cuentan historias espantosas para que no lloren.

Más aún: el niño al que se riñe con severidad se volverá apocado.

No se debe consentir que se formen los vicios. Cuando un vicio se hace costumbre, el niño no se enmendará

aunque lo reprendas. En lo que refiere a cosas tales como la cortesía en el hablar y los buenos modales, dáselas a conocer al niño poco a poco. Que no conozca la avaricia. Por lo demás, si el niño es de carácter normal, se irá desarrollando bien con la formación que recibe.

Por otra parte, el hijo de padres que tienen malas relaciones en su matrimonio no tendrá respeto filial. Esto es natural. Hasta a los pájaros y a los animales les afecta lo que ven y oyen desde que nacen. Además, la imprudencia de la madre puede deteriorar las relaciones entre el padre y el hijo. La madre ama a su hijo por encima de todo, y defenderá al hijo

cuando a este lo reprende el padre. Si se pone de parte del hijo, habrá discordias entre el padre y el hijo. La mujer, por su estrechez de miras, ve en el hijo el báculo de su vejez.



Si flaqueas en tu determinación, la gente te confundirá. Además, si en el transcurso de una reunión te distraes cuando habla otra persona, tu descuido te puede llevar a pensar que comparte tu opinión, y a secundarle diciendo: «Así es, así es», aunque en realidad esté diciendo una opinión contraria a la tuya, y los demás se creerán que estás de

acuerdo con él. Por eso no debes distraerte ni un instante cuando estés reunido con otros.

Cuando te estén hablando o contando algo, debes atender a que no te confundan; y si no estás de acuerdo con algo, procura decir lo que piensas, mostrar su error a tu oponente y hacer frente a la situación. Hasta en los asuntos de poca importancia, las cosas pequeñas provocan errores. Hay que tenerlo presente. Además, es mejor no tratar con hombres sobre los que habías albergado dudas anteriormente. Serán personas que harán confundirte o engañarte, por mucho que te esfuerces. Hace falta mucha experiencia para

llegar a convencerse de que es así.



El dicho de que «las artes favorecen al cuerpo» es para los samuráis de otras regiones. Para los samuráis del clan Nabeshima, las artes estropean el cuerpo. Sin excepción, la persona que practica un arte es artista y no samurái; y a lo que debemos aspirar es a que nos llamen samuráis.

Cuando uno se convence de que hasta la más mínima habilidad artística es dañina para el samurái, entonces le resultan útiles todas las artes. Estas cosas hay que entenderlas.



En general, basta con mirarse al espejo y arreglarse para mantener un buen aspecto personal. Esto es muy importante. La mayoría de las personas tienen mal aspecto personal porque no se miran al espejo con esmero.

Se puede aprender a hablar como es debido a base de practicar y corregirse cuando se habla en casa.

Para dominar el arte de escribir cartas, debemos esmerarnos hasta cuando redactemos notas de una sola línea.

Todas estas actividades deben estar

dotadas de una fuerza callada. Además, según lo que oyó decir el sacerdote Ryozan cuando estuvo en la región de Kamigata, cuando escribimos una carta debemos pensar que el destinatario la colgará en la pared de su casa por su belleza.



Se dice que no debemos dudar en corregirnos cuando cometemos un error. Si nos corregimos sin el menor retraso, nuestros errores se desvanecerán en seguida. Pero si intentamos disimular el error, se volverá más indecoroso y doloroso. Cuando se nos escapan

palabras que no deberíamos pronunciar, estas quedarán sin efecto si nos explicamos en seguida, y así nos libraremos de preocupaciones. Si hay alguien que nos echa en cara lo dicho, no obstante, debemos estar dispuestos a decir algo así como: «Ya he explicado los motivos que me han llevado a hablar con descuido. Si usted no atiende a razones, no puedo hacer nada más. Lo dije inconscientemente, y usted no debería darse por enterado. Nadie está libre de culpa».

Y tampoco debemos hablar de las personas ni de asuntos confidenciales. Por otra parte, sólo debemos hablar teniendo en cuenta los sentimientos del

que nos oye.



Las normas de la caligrafía no consisten más que en no escribir con descuido; pero así no se consigue más que escribir despacio y con letra rígida. Debemos apartarnos de la norma y llegar más allá. Este principio tiene aplicación a todas las cosas.



Se dice: «Si quieres ver el corazón de una persona, cae enfermo». Muchos

amigos o allegados tuyos en la vida diaria se vuelven cobardes cuando caes enfermo o estás en apuros. Siempre que alguien se encuentra en situación apurada, debes interesarte por él, por encima de todo, visitándole o enviándole algún regalo. Y no trates jamás con negligencia, en toda tu vida, a una persona de la que hayas recibido algún favor.



La consideración de los demás se aprecia en estas cosas. Hay muchas personas en este mundo que recurren a los demás cuando están en apuros y después no se acuerdan de ellos para nada.



No se puede saber si una persona es buena o mala por las vicisitudes que ha sufrido en la vida. La suerte, buena o mala, es cosa del destino. El Camino del Hombre son tanto las buenas obras como las malas. La doctrina de que la suerte del hombre es el premio o el castigo de sus actos se enseña únicamente como lección moral.



A raíz de cierto asunto, convocaron a Morooka Hikoemon a que declarara

prestando juramento ante los dioses. Pero él dijo: «La palabra de un samurái es más sólida que el metal. Yo mismo me he estampado este principio: ¿qué más pueden hacer los dioses y los budas?». Y se suspendió el acto del juramento. Esto sucedió cuando tenía veintiséis años.

El maestro Ittei dijo: «Todo lo que se pide en oración se concede. Hace mucho tiempo, en nuestra provincia no había setas *matsutake*. Unos hombres las vieron en la región de Kamigata y oraron pidiendo que crecieran aquí; y ahora nacen por toda Kitayama. A mí me gustaría que en nuestra provincia creciera en el futuro el ciprés japonés.

En vista de que todos lo desean, lo predigo para todo el futuro. Siendo así, todos deben pedirlo en sus oraciones».



Cuando sucede algo que se sale de lo corriente, es ridículo decir que se trata de un misterio o de un presagio de cosas venideras. Los eclipses de Sol y de Luna, los cometas, las nubes que ondean como banderas, las nevadas en el quinto mes, los rayos en el duodécimo mes y demás, se producen cada cincuenta o cien años. Son cosas que suceden en virtud de la evolución del yin y el yang. El hecho de que el Sol

sale por el este y se pone por el oeste también sería misterioso si no sucediera todos los días. Es una cosa semejante. Además, el hecho de que cuando se producen fenómenos extraños sucede siempre algo malo en el mundo se debe a que la gente ve cosas, tales como las nubes que ondean, y piensan que va a pasar algo. Se crea en sus mentes un misterio, y el desastre surge a partir de sus propias mentes por el hecho mismo de estarlo esperando.

Los misterios siempre se producen a partir de las habladurías.



Las personas calculadoras son despreciables, porque los cálculos se refieren a pérdidas y a ganancias, y la mente nunca termina de pensar en las pérdidas y en las ganancias. La muerte se considera una pérdida y la vida, una ganancia. De este modo, una persona así evita la muerte, y se hace despreciable.

Además, los eruditos y los que se asemejan a ellos son hombres que disimulan su cobardía y su avaricia a base de ingenio y de retórica. Esto suele confundir a la gente.



El señor Naoshige dijo: «El Camino

del Samurái consiste en la desesperación. A un hombre desesperado no lo matarán diez o más enemigos juntos. El sentido común no consigue hacer grandes cosas. Sencillamente, vuélvete loco y desesperado^[9].

»El que aplica el buen juicio en el Camino del Samurái, quedará atrás. Lo que hace falta no es la lealtad ni la devoción, sino, simplemente, seguir el Camino con desesperación. La lealtad y la devoción vienen por sí solas cuando se sigue el Camino con desesperación».



Shida Kichinosuke dijo: «Cuando se puede elegir entre vivir y morir, sin dejar atrás nada que manche nuestra reputación, es mejor vivir», lo cual es una paradoja. Dijo también: «Cuando se puede elegir entre ir y no ir, es mejor no ir». Podríamos deducir de esto el corolario siguiente: «Cuando se puede elegir entre comer y no comer, es mejor no comer. Cuando se puede elegir entre morir y no morir, es mejor morir».



Al encontrarse con calamidades o situaciones difíciles, no basta poder decir simplemente que no tenemos

miedo. Ante las situaciones difíciles, debemos saltar adelante con valor y alegría. No es más que saltar un solo obstáculo, y es como aquel dicho: «Cuanta más agua, más alto va el barco»^[10].



Si piensas que no puedes llegar hasta donde has visto y oído llegar a los maestros, estás dando muestras de falta de ánimo. Los maestros son hombres, igual que tú. Si piensas que serás inferior a ellos en algo, no tardarás en encontrarte en el camino de la

inferioridad.

El maestro Ittei dijo: «Confucio fue sabio porque tomó a los quince años la decisión de convertirse en erudito, y no por lo que estudió después». Es lo mismo que la máxima budista: «Primero la intención, después la iluminación».



El guerrero debe poner cuidado en todas las cosas y no le gusta quedar en mal lugar en lo más mínimo. Debe cuidar sus palabras, por encima de todo, para no decir cosas como «qué cobarde soy», o «en una situación así, echaría a correr», o «qué miedo», o «qué dolor».

Son palabras que no deben decirse ni en broma, ni jugando, ni hablando dormidos. Cuando una persona que sabe entender oye cosas así, calará el corazón del que habla. Estas cosas conviene reflexionarlas con cuidado para no caer en ellas.



*Armadura de
samurái.*



Cuando tenemos bien fijada en el corazón nuestra actitud acerca del valor,

y cuando nuestra determinación está libre de dudas, entonces sabremos tomar sin falta el partido correcto cuando llegue el momento. Esto se manifestará en nuestra conducta y en nuestras palabras en función de la ocasión. Nuestras palabras, sobre todo, tienen gran importancia. No sirven para poner al descubierto las honduras de nuestro corazón. La gente las conocerá en virtud de nuestros actos de la vida diaria.



Cuando asumí el cargo de samurái al servicio de un señor, jamás me senté de manera descuidada, ni en mi casa ni en

ninguna otra parte. Tampoco hablaba; aunque, si había algún asunto para el que era indispensable hablar, procuraba arreglar las cosas con una palabra en lugar de diez. Yamazaki Kurando también era así.



Se dice que el hombre todavía puede servir para algo, aun después de que le hayan cortado la cabeza. Lo sabemos por los ejemplos de Nitta Yoshisada y Ono Doken. ¿Por qué ha de ser un hombre menos que otro? Mitani Jokyu dijo: «Aunque un hombre esté enfermo de muerte, todavía puede aguantar dos o

tres días».



Según los antiguos, debemos tomar las decisiones en el tiempo que se tarda en respirar siete veces. El señor Takanobu decía: «Si los juicios se alargan mucho, se pudren». El señor Naoshige decía: «Cuando las cosas se hacen despacio, salen mal siete veces de cada diez. El guerrero hace las cosas deprisa».

Si te pones a pensar en esto y aquello, no llegarás a ninguna conclusión en tus reflexiones. Debemos tomar las decisiones con espíritu

intenso, fresco y expeditivo, en el tiempo que se tarda en respirar siete veces. Es cuestión de ser decididos y de tener ánimo para dar el salto sin más.



Cuando hay que amonestar al señor y no tenemos la categoría adecuada para ello, es muestra de gran lealtad pedir a alguien de la categoría conveniente que hable y pida al señor que enmiende sus errores. Para poder hacer esto, debemos mantener relaciones cordiales con todos. El que lo hace por propio beneficio no es más que un adulator. Debe hacerse, más bien, por el bien del clan.

Si se quiere, se puede hacer.



Las malas relaciones entre los gobernantes en activo y los retirados, entre padres e hijos y entre hermanos mayores y menores surgen por motivos de egoísmo. La prueba de ello es que no existen malas relaciones de esta especie entre el señor y el samurái.

No hay por qué inquietarse porque nos ordenen que nos convirtamos en *ronin*. En la época del señor Katsushige, la gente decía: «El que no ha sido *ronin* al menos siete veces no podrá ser un verdadero samurái. Caer siete veces,

levantarse ocho».

Hombres como Narutomi Hyogo han sido *ronin* siete veces. Hay que entender que esto es ser como esos muñecos que se ponen de pie solos cuando se les empuja. El señor también puede dar órdenes como estas para ponernos a prueba.



Las enfermedades y otros males semejantes se agravan por nuestros sentimientos. Yo nací cuando mi padre tenía setenta y un años, y por eso fui un niño más bien enfermizo. Sin embargo, como he tenido siempre el deseo firme

de ser útil hasta en mi vejez, mejoré mi salud en cuanto pude y no he vuelto a estar enfermo. También me he abstenido del sexo y me he aplicado tratamientos regulares de moxibustión. Percibo claramente que estas cosas han surtido efecto^[11].

Se dice que la serpiente *mamushi* vuelve a aparecer siempre con la misma forma aunque se la queme siete veces seguidas. Esta es mi gran esperanza. Siempre he tenido la obsesión de alcanzar el deseo de mi corazón: que aunque vuelva a nacer siete veces, nazca siempre para ser samurái de mi clan.



Yamamoto Jin'emon dijo en cierta ocasión que al samurái le conviene tener buenos servidores. Una persona sola no se puede hacer cargo de todos los asuntos militares, por mucho que se esfuerce en resultar útil. El dinero se puede pedir prestado, pero a un buen asistente no se le encuentra en un momento. Se debe tratar y sustentar bien al asistente desde el primer momento. Y cuando se tienen servidores, no es cuestión de alimentarse uno mismo sin pensar en los demás. Reparte lo que tienes y alimenta bien a los de menor

graduación, y así tendrás buenos hombres.



La persona que tiene unas pinceladas de sabiduría critica la época en que vive. De ahí surgen los desastres. La persona dotada de discreción se hace valer en las épocas buenas y no recibe castigos en las malas.



Para ser superior a los demás, hazles hablar de tus cosas y escúchales. La

gente corriente se conforma con sus opiniones propias, y así no llega a brillar. Mantener un debate con una persona es el primer paso para superarla. Una vez mantuve un debate con una persona acerca de los registros escritos del archivo de nuestro clan. Se trataba de una persona que dominaba más que yo los textos escritos y la documentación. Al aspirar a que los demás te corrijan, los superas.



Es malo que una cosa se convierta en dos. En el Camino del Samurái no hay que buscar nada más. Lo mismo ha

de decirse de todo lo que recibe el nombre de Camino. Por eso es incongruente oír hablar del Camino de Confucio o del Camino del Buda y afirmar que ese es el Camino del Samurái. Quien entiende las cosas de esta manera, podría oír hablar de todos los Caminos y estar cada vez en mayor armonía con el suyo propio.



Para el samurái, esté donde esté, una sola palabra tiene importancia. El valor marcial puede ponerse de manifiesto con una sola palabra. Sabemos también que en los momentos difíciles podemos

exhibir nuestro arrojo o nuestra cobardía con una sola palabra. Esta única palabra es la flor de nuestro corazón. No es algo que se diga sólo con la boca.



El guerrero no debe decir palabras que denoten flaqueza de ánimo, ni siquiera en broma. Deberá proponérselo de antemano. Lo más hondo del corazón se descubre hasta en cosas insignificantes.



No hay nada imposible de hacer, sea lo que sea. El que está dispuesto a ello puede mover cielos y tierra a voluntad. Sin embargo, el hombre no es capaz de centrar su mente en ello por falta de ánimo. Mover cielos y tierra sin esfuerzo no es más que una cuestión de concentración.



El que tiene fama de perito en las artes es como un tonto. Comete la tontería de centrarse en una sola cosa sin pensar en nada más, y así llega a ser perito. Una persona así no vale para nada.



Hasta los cuarenta años de edad conviene acumular fuerzas. Es conveniente quedarse estable a los cincuenta.



Al debatir con alguien, conviene hablar ajustándose a la materia que se trate. Por muy bueno que sea lo que digas, si es irrelevante se desvirtuará la conversación.



Cuando alguien te exponga su opinión, debes recibirla con mucho agradecimiento, aunque no tenga ningún valor. De lo contrario, no te contará las cosas que ha visto y oído decir de ti. Lo mejor es dar y recibir las opiniones de manera amistosa.



Se dice que los grandes genios maduran tarde^[12]. Si algo no tarda veinte o treinta años en fructificar, no tendrá gran mérito. Cuando un samurái

al servicio de un señor se empeña en hacer su tarea con precipitación, se inmiscuirá en el trabajo de los demás, y dirán de él que es capacitado pero joven. Se volverá demasiado entusiasta y lo considerarán más bien grosero. Se dará humos de haber hecho grandes cosas, se volverá adulator y poco sincero, y hablarán de él a sus espaldas. El que aspira a formarse debe esforzarse mucho y contar con el apoyo de los demás para progresar en el mundo; si no, será un inútil.



Cuando intervenimos en los asuntos

de un guerrero, haciendo de *kaishaku* o deteniendo a algún miembro del propio clan, antes de realizar la tarea, deberemos tomar la resolución de que nadie pueda ocupar nuestro lugar: eso lo nota la gente. Siempre debemos mantener la actitud de ser superiores a los demás en el valor marcial, no sentirnos inferiores a nadie y cultivar siempre nuestro valor.



Cuando estés en el campo de batalla, si procuras que los demás no se te adelanten y tienes el propósito único de romper las filas enemigas, no te

quedarás atrás, tendrás el ánimo valeroso y darás muestras de valor marcial. Esta enseñanza la han transmitido los antiguos. Además, si te matan en la batalla, deberás tener la resolución de que tu cadáver quede mirando hacia el enemigo.



Si todos están en armonía y dejaran las cosas en manos de la Providencia, tendrán paz en los corazones. Si no están en armonía, les falta lealtad, aunque hagan buenas obras. Estar reñidos con los compañeros, faltar a las reuniones—hasta a las poco frecuentes— y hablar

siempre con palabras ásperas son muestras de insensatez y superficialidad. Sin embargo, pensando en la hora de la verdad, aunque sea desagradable, debemos grabarnos en la mente la intención de tratar a la gente con cordialidad y atención en todo momento, y sin dar muestras de aburrimiento. Además, en este mundo incierto ni siquiera estamos seguros del presente. De nada serviría morir cuando la gente tiene mal concepto de nosotros. Las mentiras y la falta de sinceridad son deshonrosas, porque se utilizan en beneficio propio.

Aunque no nos aporte ningún beneficio ceder el paso a los demás, o

no ser pendencieros, o tener buenos modales, o ser humildes, si hacemos las cosas por el bien de los demás y recibimos con cortesía hasta a los que tratamos con frecuencia, no tendremos malas relaciones personales. El trato entre el marido y la mujer es semejante. Si somos tan discretos al final como al principio, no habrá discordias.



Se dice que hay en nuestros tiempos un sacerdote que es capaz de conseguir cualquier cosa con su inteligencia. No hay en todo Japón un monje que le pueda hacer frente. Esto no tiene nada de

extraño. Sencillamente, no hay nadie capaz de penetrar las cosas hasta su base.



La vejez aparece cuando uno se dedica a hacer sólo las cosas a las que se siente más inclinado. Podemos reprimir esta tendencia y ocultarla mientras mantenemos el vigor, pero cuando nos debilitamos salen a reducir los rasgos más marcados de nuestra naturaleza, que nos avergüenzan. Esto se manifiesta de varias maneras; pero no hay ningún hombre que no esté viejo a los sesenta. Y el que piensa que no

envejecerá es que ya está envejeciendo. Podemos considerar que el maestro Ittei tenía la manía senil de los debates. Como si quisiera demostrar que era capaz de defender él solo la Casa de Nabeshima, se dedicaba a visitar a los personajes importantes, con aspecto senil, y a charlar con ellos amigablemente. Aquello parecía razonable a todos en aquella época, pero ahora que lo recuerdo comprendo que era un rasgo de vejez. Yo, por mi parte, siguiendo ese buen ejemplo, y sintiendo que me estaba alcanzando la vejez, me negué a participar en los actos del decimotercer aniversario de la muerte del señor Mitsushige, en el templo, y he

optado por salir cada vez menos. Hay que saber ver con claridad lo que tenemos por delante.



Al que tiene una buena base no le harán sufrir las pequeñas cuestiones de detalle ni las cosas que no salen como se esperaba. Pero, a la larga, los detalles tienen su importancia. La corrección o incorrección de nuestras obras se encuentra en detalles triviales.



Según un relato del *Ryutaiji*, cierto estudioso del *I Ching* de la región de Kamigata decía que aunque un hombre sea sacerdote, no es conveniente darle un puesto de categoría mientras no haya cumplido los cuarenta. Esto se debe a que cometería muchos errores. Confucio no fue el único hombre que quedó libre de desconciertos después de los cuarenta. Al llegar a los cuarenta, tanto los sabios como los necios han alcanzado la experiencia suficiente para no quedar desconcertados.



En lo que respecta al valor militar,

se encierra mayor mérito en morir por nuestro señor que en abatir al enemigo. La fidelidad de Sato Tsugunobu nos lo enseña.



Cuando yo era joven, llevaba un «diario del arrepentimiento» en el que procuraba anotar día a día los errores que cometía; pero no pasaba un solo día en que no tuviera que apuntar veinte o treinta cosas. Renuncié a llevarlo, pues la tarea era inacabable. Aun hoy, cuando repaso los hechos del día antes de acostarme, advierto que no transcurre un solo día en que no haya cometido algún

error en mis palabras o en mis actos. Es verdaderamente imposible vivir sin errar. Sin embargo, los que viven del ingenio no son aficionados a pensar en esto.



Cuando se lee algo en voz alta, es mejor leer con el vientre. Si se lee con la boca, la voz no tiene permanencia. Es una enseñanza de Nakano Shikibu.



El orgullo y el derroche en las

épocas de fortuna son peligrosos. El que no es prudente en los tiempos normales, no podrá recuperarse en los malos. El que prospera en los tiempos buenos, desfallecerá en los malos.



El maestro Ittei dijo: «En la caligrafía se progresa cuando hay armonía entre el papel, el pincel y la tinta». Pero ¡qué tendencia tienen a desunirse!



El maestro sacó un libro de su caja. Cuando lo abrió, olía a clavos de especia puestos a secar.



Lo que llaman generosidad es, en realidad, compasión. Escrito está en el *Shin'ei*: «Mirando con el ojo de la compasión, nadie merece desprecio. El que ha pecado es digno de lástima por ello mismo». Nuestro corazón tiene hondura y anchura ilimitadas. Hay lugar para todos. Si seguimos venerando a los sabios de los tres reinos antiguos es porque su compasión sigue llegando

hasta nosotros^[13].



Debes hacerlo todo por el bien de tu señor y de tus padres, por la gente en general y por la posteridad. Esta es la máxima compasión. La sabiduría y el

valor que se alcanzan por la compasión son sabiduría verdadera y valor verdadero. Cuando uno se castiga o se esfuerza con corazón compasivo, sus actos tendrán una fuerza y una corrección sin límites. Hacer algo por interés propio es obrar de manera superficial y ruin, y acarrea males. Hace algún tiempo que comprendí las cuestiones de la sabiduría y el valor. Sólo ahora empiezo a comprender la cuestión de la compasión.

El señor Ieyasu dijo: «La base del gobierno del país en tiempo de paz es la compasión, pues si el gobernante trata al pueblo como si fueran sus hijos, el pueblo verá en él a un padre». Además,

podemos considerar que a si a los jefes de grupo y a los miembros del grupo los llamamos «padre del grupo» e «hijo del grupo» es porque su apego mutuo se basa en la armonía de los corazones que existe en una relación entre padre e hijo.

Podemos entender que cuando el señor Naoshige decía: «El que encuentra defectos será castigado por los demás», lo decía movido por su compasión. También debemos considerar que su dicho: «Los principios van más allá de la razón», se basaba en la compasión^[14]. Afirmaba con entusiasmo que debemos catar lo inagotable.



El sacerdote Tannen decía: «El samurái inteligente no ascenderá. Sin embargo, tampoco se han dado casos de personas necias que asciendan en el mundo».



He aquí una opinión de Nakano Shikibu.

Cuando uno es joven, puede llenar de deshonra toda su vida con actos de homosexualidad. Es

peligroso no entender estas cosas. En vista de que no hay nadie que informe a los jóvenes acerca de esto, voy a presentar un esbozo de la cuestión.

Debemos entender que una mujer sólo es fiel a un marido. Nuestros sentimientos se dirigen a una misma persona para toda la vida. De lo contrario, es lo mismo que la sodomía o la prostitución. Es vergonzoso para el guerrero. Ihara Saikaku ha escrito un verso famoso, que dice: «El adolescente que no tiene un amante mayor es como una mujer sin marido». Pero una persona así es ridícula. El joven debe poner

a prueba al hombre mayor durante cinco años como mínimo, y si está seguro de las intenciones de esa persona, debe solicitar las relaciones también él. Las personas veleidosas no mantienen relaciones profundas, y abandonan a sus amantes.

Si son capaces de ayudarse mutuamente y dedicar su vida el uno al otro, se darán cuenta de ello. Pero si uno de los dos es inicuo, el otro debe decir que hay un obstáculo en sus relaciones y debe cortarlas con firmeza. Si el primero pregunta en qué consiste el obstáculo, el otro responderá que no lo dirá por nada

del mundo; si el primero se empeña, deberá matarlo.

Además, el hombre mayor deberá asegurarse del modo citado de las intenciones del más joven. Si el más joven puede asegurarle dedicación y constancia durante cinco o seis años, será adecuado.

Por encima de todo, no hay que dividir el Camino en dos. Hay que perseverar en el Camino del Samurái^[15].



Hohsino Ryotetsu fue el propagador

de la homosexualidad en nuestra provincia, y aunque puede decirse que tuvo muchos discípulos, impartió sus enseñanzas individualmente a cada uno. Edayoshi Saburozaemon era un hombre que comprendía las bases de la homosexualidad. Una vez que acompañaba a su señor a Edo, Ryotetsu preguntó a Saburozaemon: «¿Qué idea tienes de la homosexualidad?».

Saburozaemon respondió: «Es una cosa agradable y desagradable al mismo tiempo».

A Ryotetsu le gustó la respuesta, y dijo: «Has tenido que sufrir mucho durante algún tiempo para poder responder de este modo».

Algunos años más tarde, cierta persona preguntó a Saburozaemon qué significaba todo esto. Respondió: «El principio básico de la homosexualidad es dar la vida a otro. En caso contrario, se convierte en una cosa vergonzosa. Sin embargo, siendo así, no te queda nada que dar a tu señor. Por eso se entiende que es una cosa agradable y desagradable al mismo tiempo».



El maestro Ittei dijo: «Si tuviera que explicar en pocas palabras qué es hacer lo correcto, diría que es soportar el sufrimiento. No soportar es siempre

malo, sin excepción».



Hasta que se cumplen los cuarenta años, es recomendable dejar la sabiduría y la filosofía para más adelante y destacar por la vitalidad. La persona que carece de vitalidad no motiva a los demás; hasta algunos que han cumplido los cuarenta deben tenerla, por el cargo que ejercen.



Hace poco tiempo, cierta persona

que viajaba a Edo envió a su casa una carta muy larga desde la posada donde pasó la primera noche de su viaje. Aunque se trataba de una persona que descuidaba estas cosas cuando estaba ocupado, destacaba sobre los demás en este tipo de atenciones.



Según el criterio de los ancianos, la obstinación del samurái debe ser extrema. Si algo se hace con moderación puede ser juzgado después como insuficiente. He escuchado que cuando uno piensa que ha ido demasiado lejos, no se ha equivocado. Nunca se debe

olvidar esta regla.



Cuando uno ha tomado la decisión de matar a alguien, aunque se trate de una misión difícil de realizar a base de avanzar directamente, tampoco conviene abordarla a base de largos rodeos. Puede flaquear, puede perder la oportunidad, y fracasar entre una cosa y otra. El Camino del Samurái es un camino de presteza, y es mejor arrojarse de cabeza.

Cierto hombre se dirigía al Jissoin de Kawakami para asistir a las lecturas de los sutras, y uno de los pajes de su

séquito se emborrachó en el transbordador e insultó a uno de los marineros. Cuando desembarcaron, como el paje había sacado la espada, el marinero tomó un bichero y le dio un golpe en la cabeza. Entonces acudieron los demás marineros, armados de remos y dispuestos a agredir al paje. No obstante, como entonces pasó por allí el señor con aire de no saber lo que pasaba, otro paje volvió atrás y pidió disculpas a los marineros. Después tranquilizó a su camarada y lo acompañó a la posada. Aquella noche, el paje que se había emborrachado descubrió que le habían robado la espada.

Pues bien, en este caso el señor

estuvo negligente al no haber reñido y tranquilizado a su paje borracho cuando estaban en el barco. Igualmente, y a pesar de que su paje se había portado mal, cuando ya le habían golpeado en la cabeza no había motivos para pedir disculpas. El señor debía haberse acercado discretamente al marinero y al paje, y debía haberlos matado a los dos con su espada. Era un señor falto de ánimo, sin duda.



Los hombres de tiempos pasados eran arrojados. Se enviaba al frente de batalla a los que tenían de trece a

sesenta años. Pero los que ya habían cumplido los sesenta se hacían pasar por más jóvenes.



En los asuntos graves que nos atañen a nosotros mismos, la cuestión no quedará zanjada si no nos ocupamos de las cosas basándonos en nuestro propio juicio y abordando la situación con arrojo. Al debatir cuestiones importantes con otras personas, puede darse el caso de que se tomen a la ligera tu asunto, o de que la gente no hable de las circunstancias reales. En tales momentos, debemos aplicar nuestro

propio juicio. En cualquier caso, las situaciones de ese tipo bastan para adoptar una postura fanática y tomar la decisión de entregar la vida. En esos momentos, si uno se propone hacer las cosas bien, acaba por confundirse y cometer errores. En muchos casos, la causa de la perdición de uno puede ser un aliado que intenta hacer algo por nuestro bien, o también puede pasar que la bondad de un amigo nos lleve a la muerte. Pasa lo mismo cuando pedimos licencia para hacernos monjes.





El señor Naoshige dijo: «Lo bueno o lo malo de los antepasados se aprecia en la conducta de sus descendientes». El descendiente debe obrar de tal manera que ponga de manifiesto lo bueno de sus antepasados y no lo malo. Esto es piedad filial.



Es una lástima que se trastoque la estirpe de una familia con una adopción sólo por dinero. Una cosa así es inmoral de raíz, pero es el colmo de la maldad

cometer esta inmoralidad con la excusa de que si no se hace así uno no podrá pagarse ni el arroz de hoy.



Cuando Nakano Shogen se hizo el *seppuku*, los miembros de su grupo se reunieron en casa de Oki Hyobu y hablaron mal de él. Hyobu dijo: «No se habla mal de una persona después de su muerte. Y dado que una persona que ha sido objeto de censura es digna de lástima, el samurái tiene la obligación de decir algo bueno de ella, por poco que sea. No cabe duda de que dentro de veinte años Shogen tendrá fama de haber

sido un servidor fiel». Estas palabras eran dignas de un hombre maduro.



Hacerse una armadura espléndida es una bonita ocupación, pero basta con tenerla sencilla y con todas sus piezas. La armadura de Fukabori Inosuke es un buen ejemplo de ello. Los hombres de alto rango, que tienen muchos samuráis a su servicio, también tendrán que preparar otras cosas para las campañas militares, como por ejemplo dinero. Se dice que Okabe Kunai tenía tantas bolsas como hombres había en su grupo, cada una con el nombre respectivo, y

guardaba en cada bolsa la cantidad de dinero conveniente para una campaña. Esta disciplina es profunda. En cuanto a los hombres de poco rango, si no pueden hacer los preparativos convenientes en esas circunstancias, deberán recurrir a la ayuda del jefe de su grupo. Para ello, es necesario que el jefe del grupo mantenga de antemano un trato íntimo con sus hombres. En cuanto a los hombres que están sujetos a la dirección del señor, y sobre todo los que están directamente a sus órdenes, es mejor que no dispongan de dinero para los preparativos. En las maniobras de verano, en Osaka, cierta persona se presentó con doce *monme* de plata fina y

se puso a las órdenes del señor Taku Zusho. No estuvo mal, pero habría bastado con que se presentara antes sin ponerse a las órdenes de nadie. Creo que es mejor no tomar tantas precauciones.



Al estudiar con cuidado los hechos del pasado, advertimos que hay muchas opiniones diversas sobre ellos y que algunas no están nada claras. Es mejor dejar tales cosas como inescrutables. El señor Sanenori dijo una vez: «En cuanto a las cosas que no entendemos, sí que existen maneras de entenderlas. Además,

existen cosas que entendemos de manera natural, y otras que no entendemos por mucho que nos esforcemos. Es interesante».

Esto es muy profundo. Es natural que no podamos entender las cosas hondas y ocultas. Las cosas que se entienden con facilidad son bastante superficiales.

Del capítulo II

SE DICE QUE EL SAMURÁI debe evitar abusar del sake, del orgullo y del lujo. Cuando estás triste, no debes preocuparte, pero cuando te sientes un poco alegre estas tres cosas resultan peligrosas. Observa la condición humana. No es decoroso que una persona sea orgullosa y derrochadora cuando le van bien las cosas. Por eso es mejor tener algo de infelicidad cuando todavía se es joven, pues si la persona

no conoce algo de amargura no se le asentará el carácter. La persona que se fatiga ante la infelicidad no sirve para nada.



Al conocer a las personas debemos captar rápidamente su temperamento y reaccionar de manera adecuada ante cada una. Ante las personas muy polémicas sobre todo, después de ceder bastante, debemos rebatirlas con argumentos superiores, pero sin parecer ásperos, y de tal modo que no quede posibilidad de resentimientos. Debe hacerse con palabras y con el corazón.

Así opinaba un sacerdote acerca del trato con las personas.



Los sueños son manifestaciones veraces. Cuando sueño a veces que muero en combate o que me hago el *seppuku*, si me armo de valor, mi estado de ánimo va cambiando dentro del sueño mismo.

Digo todo esto por el sueño que tuve la noche del día veintisiete del quinto mes.



Si tuviera que expresar en pocas palabras en qué consiste ser samurái, diría que la base es, en primer lugar, dedicar todo su cuerpo y alma a su señor. Y si me preguntaran qué había que hacer, además de esto, diría que se armarse interiormente de inteligencia, humanidad y valor^[16]. Puede parecer imposible que un hombre corriente alcance estas tres virtudes, pero es sencillo. La inteligencia no es más que debatir las cosas con los demás. Así se alcanza una sabiduría ilimitada. La humanidad es hacer las cosas teniendo en cuenta a los demás, comparándonos con ellos y poniéndolos en primer lugar. El valor es apretar los dientes; no es

más que hacer esto y seguir adelante sin hacer caso de las circunstancias. No es necesario saber nada que parezca salirse de estas tres cosas.

En cuanto a las apariencias, hay que cuidar el aspecto personal, la manera de hablar y la caligrafía. Como las tres cosas son de uso diario, van mejorando con la práctica diaria. En esencia, se debe apreciar en ellas una fuerza callada. El que haya dominado estas cosas, deberá estudiar la historia y las costumbres de nuestra región. Después de esto, puede estudiar las diversas artes, a modo de entretenimiento. Pensándolo bien, ser samurái al servicio de un señor es sencillo. Y si observas a

las personas que sirven para algo en estos tiempos, por poco que sea, verás que han llegado a dominar estos tres elementos de las apariencias externas.



Cierto sacerdote dijo que el que comete la temeridad de cruzar un río de profundidad desconocida, morirá arrastrado por la corriente, sin llegar a la otra orilla y dejando de cumplir su tarea. Es lo mismo que cuando uno ejerce el cargo de samurái con pasión y sin reflexión, sin entender las costumbres de los tiempos ni lo que agrada y desagrada a su señor, y en

consecuencia no sirve de nada y se busca la ruina. No es decoroso intentar ganarse la voluntad del señor. Debemos procurar observarlo todo primero desde lejos, para hacernos cargo de la profundidad del río, para trabajar después sin hacer nada que desagrade al señor.



Los rigores del frío no te afectarán si llevas unos saquitos de especia de clavo pegados al cuerpo. Hace unos años, Nakano Kazuma llegó a esta provincia como mensajero a caballo en pleno invierno, sin resentirse del frío, a pesar

de que era hombre entrado en años. Se dice que lo conseguía porque utilizaba el clavo. Por otra parte, para dejar de sangrar después de una caída de caballo, el remedio es beber una decocción de estiércol de caballo rucio.



La persona intachable es la que rehúye los negocios. Esto debe hacerse con energía.



Sin duda, no hay otra cosa que la

dedicación única al momento presente. Toda la vida del hombre es una sucesión de momentos. Si entendemos plenamente el momento presente, no nos quedará nada por hacer ni nada que perseguir. Vive siendo fiel a la dedicación única al momento.

Todo el mundo deja pasar el presente, para buscarlo después como si estuviera en otra parte. Parece que nadie se ha fijado en esto. Sin embargo, debes ser bien consciente de ello para ir acumulando vivencias tras vivencias. Y cuando lo hayas comprendido, serás una persona distinta, aunque no siempre seas consciente de ello.

Cuando hayas comprendido esta

dedicación única, tus asuntos se irán simplificando. La lealtad también tiene su lugar dentro de esta dedicación única.



Se dice que hay algo llamado «el espíritu de una época» que no se puede recuperar. Dicen que este espíritu se va disipando porque se acerca el fin del mundo. Del mismo modo, un año no tiene sólo primavera o verano. Lo mismo sucede con un día concreto.

Por este motivo, aunque quisiéramos devolver al mundo de hoy el espíritu de hace cien años o más, no podríamos. Por eso es importante sacar el mejor partido

posible de cada generación. Los que están apegados a las generaciones pasadas no lo entienden: este es su error.

Por otra parte, las personas que no conocen más que las tendencias del presente y desprecian las del pasado son demasiado tolerantes.



Manténte atento al pensamiento del momento y evita las distracciones. No atiendas a nada más, salvo a seguir aplicándote, y vive pensamiento a pensamiento.



Los valientes de antaño solían ser pendencieros. Como siempre estaban dispuestos a montar en cólera, mantenían una gran vitalidad y eran valerosos. Yo llegué a dudar de ello y consulté a Tsunetomo, que me dijo: «Es comprensible que, teniendo tal vitalidad, fueran pendencieros y montasen en cólera. En nuestros tiempos no existe el carácter pendenciero porque los hombres han perdido vitalidad. Ha decaído la vitalidad, pero ha mejorado el carácter del hombre. El valor es otra cosa. Aunque en nuestros tiempos los

hombres se han vuelto corteses por la falta de vitalidad, no por ello son inferiores en cuanto al ansia de morir. Eso no tiene nada que ver con la vitalidad».



Ushida Shoemon dijo, hablando de la táctica militar del señor Naoshige, que era habitual que sus samuráis se encontraran frente a una situación sin saber de antemano lo que iba a suceder, y que él lo remachara todo a su voluntad con una sola palabra. Cuando estaba a punto de dejar este mundo, no dijo nada, ni siquiera cuando acudieron a verle sus

samuráis jefes.



El señor Ieyasu libró una vez una batalla sin éxito, pero más tarde se dijo de él: «Ieyasu es un general muy valeroso. De todos sus samuráis que murieron en combate, ninguno se volvió atrás. Todos quedaron muertos cara al enemigo».

El estado mental diario del guerrero queda de manifiesto incluso después de la muerte, y puede ser causa de deshonra para él.



Yasuda Ukyo hizo un comentario acerca de la costumbre de ofrecer la última copa: que lo único importante de las cosas es el final.



Toda nuestra vida debe ser así. Cuando se marchan los invitados, es esencial despedirles mostrando pesar por su partida. Si falta este ánimo, parecerá que estamos aburridos, y la conversación del día y de la velada habrá sido en vano. Es esencial abordar con espíritu de frescura todos los tratos con las personas. Hay que dar siempre la impresión de que estamos haciendo algo excepcional. Se dice que esto es posible con sólo aplicar un poco de buen juicio.



Nuestros cuerpos reciben la vida de la nada. El principio de que «la forma es el vacío» significa que se existe donde no hay nada. El principio de que «el vacío es forma» significa que la nada sustenta todas las cosas^[17]. No hay que creer que se trate de dos principios opuestos.



Uesugi Kenshin dijo: «No he sabido nunca ganar de principio a fin; sólo he sabido no quedarme atrás en ninguna situación». Esto es interesante. Si el samurái se queda atrás en una situación,

se encontrará desconcertado. Si no nos quedamos atrás en ninguna circunstancia, cumpliremos siempre con nuestro deber y sabremos reaccionar.



Debemos evitar hablar por extenso de materias tales como la erudición, la moral o las tradiciones delante de los ancianos o de personas de categoría. Resulta molesto para los oyentes.



En la región de Kamigata usan una

especie de fiambreras de varios pisos para llevar la comida del día cuando salen a ver las flores^[18]. A la vuelta, las desechan, y quedan en el camino, donde todos las pisan. Como era de esperar, este es uno de mis recuerdos de la capital [Kyoto]. El final es importante en todas las cosas.



Una vez que iba caminando con Tsunetomo, me dijo: «¿No es cierto que el hombre es como una marioneta bien manipulada? Es toda una obra de artesanía, capaz de correr, saltar, brincar

y hasta de hablar, aunque no tiene hilos. ¿Acaso no acudiremos al festival de Bon el año que viene? En este mundo todo es vanidad. La gente no lo recuerda nunca».



A un joven señor le dijeron en cierta ocasión que «ahora mismo» es «cuando llegue el momento» y que «cuando llegue el momento» es «ahora mismo».

El que crea que las dos cosas son diferentes perderá las ocasiones. Por ejemplo, si le hacen comparecer ante el señor para que dé explicaciones de algo inmediatamente, es muy probable que se quede perplejo. Esto demuestra que

considera que las dos cosas son diferentes. Sin embargo, si la persona atribuye el mismo sentido a «ahora mismo» y «cuando llegue el momento», aunque no llegue a asesor del señor, no dejará de ser samurái. Deberá practicarlo de antemano en el rincón de su dormitorio, para poder hablar con claridad, ya sea delante del señor, de los ancianos o incluso del shogún del castillo de Edo.

Todas las cosas son así. Por eso conviene estudiar las cosas con cuidado. Con el entrenamiento militar pasa lo mismo que con los asuntos oficiales. ¿No se comprenden de este modo la negligencia diaria y la falta de decisión

de hoy si se procura concentrar las cosas de esta manera?



Si una persona comete un error en una tarea administrativa, tal vez pueda disculparse alegando su torpeza o su falta de experiencia. Pero ¿cómo disculpar el error de los hombres que intervinieron en este suceso reciente e inesperado?^[19] El señor Jin'emon decía siempre: «Basta con que el guerrero sea un valiente, y este es un caso así. Si a uno le parece que este error es causa de mortificación, lo menos que puede hacer

es abrirse el vientre, en vez de seguir viviendo avergonzado, con fuego en el pecho y sin saber cómo dirigirse, consciente de que se ha terminado su suerte como guerrero, de que ya no es capaz de reaccionar y se ha llenado de oprobio. Sin embargo, si lamenta perder la vida y razón que debe vivir porque una muerte así sería inútil, entonces vivirá cinco, diez o veinte años mientras los demás lo señalan con el dedo por la espalda, cargado de vergüenza. Tras su muerte, su cadáver quedará contaminado por la deshonra, sus descendientes inocentes tendrán un nombre manchado y el oprobio salpicará a todos los miembros de su familia». Estos casos

son muy de lamentar.

El que no tiene dedicación día a día —no tiene presente lo que significa ser guerrero incluso en sueños— y pasa el día con descuido, puede decirse que se merece el castigo.

Quizá puede decirse que un hombre que muere en un duelo a espada tenía poca destreza y se le había terminado la suerte como guerrero. El hombre que lo mató, movido por circunstancias inevitables y sabiendo que no se podía hacer otra cosa, también se jugó la vida, y por tanto aquí no hay ningún indicio de cobardía. No es conveniente tener el genio vivo, pero tampoco se puede decir que dos hombres que se enfrentan cara a

cara sean cobardes. Sin embargo, los hombres que salvaron la vida huyendo en este hecho reciente no eran verdaderos guerreros.

Hay que reflexionar todos los días el principio de que «cuando llegue el momento es ahora mismo», procurando grabárselo en la mente. Se dice que es muy extraño que alguien pueda vivir toda su vida con descuido, de un modo u otro. Así pues, el Camino del Samurái es practicar la muerte todas las mañanas, pensar si estará aquí o allá, imaginarse la manera más decorosa de morir y fijar firmemente la mente en la muerte. Aunque posiblemente resulte muy difícil, se puede hacer si se quiere.

No debemos creer que haya nada imposible de hacer.

Además, las palabras ejercen una influencia importante en los asuntos militares. Habrían sido el mejor medio de detener al hombre que participó en este hecho reciente. Ante una situación descontrolada, podemos abatir al hombre con la espada o, si huye, gritarle algo así como: «¡No huyas! ¡Sólo huyen los cobardes!», y así salvar la situación por medio de las palabras. Hubo una vez un hombre del que se decía que sabía conocer bien las disposiciones de los hombres, y todos le prestaban atención y él era capaz de resolver casos como estos. Esto demuestra que el «ahora

mismo» no se distingue del «cuando llegue el momento». Otro ejemplo de ello es el puesto de *yokoza no yari*^[20]. Es algo a lo que se ha debido aspirar por adelantado.

Son muchas las cosas que se deben considerar por adelantado. Si una persona ha matado a un hombre en la mansión del señor y ha conseguido escapar, y no sabemos si sigue blandiendo su espada y avanzando hacia la estancia contigua a la del señor, debemos matarlo. Es posible que en la investigación ulterior nos acusen de ser cómplices del asesino, o de haberlo matado por alguna rencilla personal. Pero en esos momentos sólo hay que

pensar en matar al hombre, sin adelantarse a las culpas ulteriores.



Aunque a uno le corten la cabeza de repente, debe ser capaz de hacer una cosa más con firmeza. Los últimos momentos de Nitta Yoshisada lo demuestran. Si hubiera sido débil de espíritu, habría caído en cuanto le cortaron la cabeza. Existe el ejemplo más reciente de Ono Doken. Estos actos pudieron realizarse por pura resolución. Con valor marcial, si nos armamos de gran resolución, como espíritus vengadores, no moriremos aunque nos

corten la cabeza.



Todas las personas, de alta cuna y humildes, ricos y pobres, viejos y jóvenes, iluminados o confundidos, tienen una cosa en común: que morirán un día. Sabemos bien que moriremos, pero nos asimos a un clavo ardiendo. Aunque sabemos que moriremos un día, creemos que todos los demás morirán antes que nosotros y que seremos los últimos. Nos parece que la muerte está muy lejos.

¿Acaso no es una manera de pensar superficial? Es baldía, un mero juego

soñado. De nada sirve pensar de este modo y descuidarse. Comoquiera que la muerte está siempre a las puertas, debemos esforzarnos y obrar con presteza.



Es conveniente llevar siempre un poco de colorete guardado en la manga. Podemos tener mala cara al despertarnos o después de haber bebido. En esas ocasiones es bueno aplicarse un poco de colorete.



A veces, nos dejamos llevar y hablamos más de la cuenta sin pensar lo que decimos. Sin embargo, los que escuchan se dan cuenta de nuestra ligereza y falta de sinceridad. Después de hablar así, conviene hacer frente a la verdad y expresarla. Entonces alcanzaremos también la verdad en nuestros corazones. Incluso al saludar a la ligera a una persona debemos considerar las circunstancias y, después de reflexionar, hablar de una manera que no hiera los sentimientos de la persona.

Por otra parte, si una persona critica el Camino del Samurái o a nuestra región, debemos hablar con él con severidad, sin el menor miramiento.

Debemos estar resueltos de antemano.



Aunque los que brillan en un arte suelen considerar como rivales a los demás, el año pasado, sin embargo, Hyodo Sachu renunció a su título de maestro del *Renga* a favor de Yamaguchi Shochin. Un gesto muy digno de alabanza.





Miyamoto Musashi, el más famoso samurái de todos los tiempos, fundador del estilo Niten Ichi Ryu. Nacido en 1584, era

*especialista en la técnica del uso de dos
espadas.*

El sacerdote Tannen solía instalar campanillas eólicas, pero decía: «No lo hago porque me guste su sonido. Las instalo para saber cómo sopla el viento, por si hay un incendio, ya que este es el único peligro en los templos grandes». Cuando soplaban el viento de noche, él mismo se paseaba por el templo montando guardia. Siempre tuvo encendido su brasero, durante toda su vida, y siempre dejaba junto a su almohada un farolillo de papel y un encendedor. Decía: «En las situaciones de emergencia reina el desconcierto y nadie es capaz de encender una luz en seguida».



Si distinguimos entre los lugares públicos y nuestro dormitorio, entre el campo de batalla y el *tatami*, no habrá tiempo de arreglar las cosas cuando llegue el momento. La atención constante es lo único que importa. Los hombres que no dan muestras de valor en el *tatami* no las darán tampoco en el campo de batalla.



El valor y la cobardía no se pueden estudiar en tiempos de paz. Son de

naturaleza diferente.



Aunque puede decirse que a los dioses no les gusta la impureza, si lo pensamos un poco caeremos en la cuenta de que no hemos descuidado nuestro culto diario. Si hemos sido fieles ha sido, ni más ni menos, para pedir en nuestras oraciones buena suerte cuando estemos bañados de sangre y saltando sobre cadáveres. Si los dioses nos dieran la espalda en momentos tales, cuando estamos contaminados, tendríamos que creer que la oración es inútil, y que debemos practicar el culto

con independencia de la contaminación.



En los momentos de gran agitación o en los desastres, basta una palabra. En los momentos de felicidad también basta una palabra. Y al saludar a los demás o al hablar con ellos, basta una palabra. Debemos pensarlo bien antes de hablar. Esto está claro y firme, y hay que aprenderlo sin dudar. Es una cuestión de dedicar todo nuestro esfuerzo y tener la actitud correcta de antemano. Es muy difícil de explicar, pero todos deben trabajarlo en su corazón. Es muy difícil que lo entienda el que no lo ha

aprendido con el corazón.



La vida humana es muy breve. Es mejor vivir haciendo las cosas que te gustan. Es una tontería vivir en este mundo, que es como un sueño, viendo imágenes desagradables y haciendo sólo las cosas que no te gustan. Sin embargo, es importante no decírselo a los jóvenes, pues podría hacerles daño si lo entendieran mal.

A mí, personalmente, me gusta dormir. Y tengo intención de salir cada vez menos de mis habitaciones, dentro de lo decoroso, y pasarme la vida

durmiendo.



La noche del día veintiocho del mes duodécimo del tercer año de Shotoku tuve un sueño. El contenido del sueño fue cambiando gradualmente en la medida en que iba reforzando mi voluntad. El carácter de la persona se desvela en sus sueños. Sería buena cosa que aceptases a tus sueños como compañeros e hicierais un esfuerzo común.



La vergüenza y el arrepentimiento son como cuando se derrama un cuenco de agua. A un amigo mío le robaron el adorno de la espada; pero cuando oyó confesar al ladrón, sintió compasión. Si enmendamos nuestros errores, sus huellas se borran al poco tiempo.



Según dijo el sacerdote budista Kaion, la persona que adquiere algo de entendimiento va llenándose de orgullo, porque cree conocer sus propios límites y debilidades. Sin embargo, es bien difícil conocer de verdad los propios límites y debilidades.



La medida de la dignidad de cada persona se manifiesta a primera vista. Hay dignidad en la apariencia personal. Hay dignidad en el aspecto tranquilo. Hay dignidad en la parquedad en palabras. Hay dignidad en los modales impecables. Hay dignidad en la conducta solemne. Y hay dignidad en la visión profunda y la perspectiva clara.

Todas estas cosas se reflejan en la superficie. Pero, en último extremo, se basan en la sencillez de pensamiento y la tersura de espíritu.



La codicia, la ira y la necesidad son cosas que hay que resolver bien. Si observas con buen criterio las cosas malas que pasan en el mundo, verás que no dejan de estar relacionadas con la codicia, la ira y la necesidad. Si observas con buen criterio las cosas buenas, verás que no son ajenas a la sabiduría, la humanidad y el valor.



Lo siguiente se basa en palabras de Nakano Kazuma Toshiaki.

Hay personas que opinan que es una vulgaridad servirse de utensilios viejos en la ceremonia del té, y que es mejor usar utensilios nuevos y limpios. También hay personas que prefieren usar materiales viejos porque no son llamativos. Ambas se equivocan. Aunque los utensilios viejos son propios de gente humilde, también los usan las clases superiores por su valor. Respetan su valor.

Lo mismo pasa con los samuráis al servicio de un señor. Una persona asciende de entre los humildes hasta las clases altas por su valor. Al mismo tiempo, es un gran error creer que una persona de familia desconocida no

puede hacer el mismo trabajo que otra de una familia importante, o que a un hombre que sólo ha sido hasta ahora soldado de a pie no se le puede permitir ascender a jefe. Se debe reconocer y respetar la valía de la persona que ha ascendido desde un nivel social humilde, más aún que la de una persona nacida en la clase alta.



Mi padre, Jin'emon, decía que cuando era joven lo llevaban algunas veces hasta la entrada del barrio de los chinos para que se acostumbrara al ambiente y a la gente. Desde que tenía

cinco años lo enviaban a diversas casas como representante de la familia, y desde los siete años, para fortalecerlo, le hacían ponerse sandalias de paja de guerrero y visitar el templo de sus antepasados.



Se dice que no podremos hacer grandes obras si no nos comportamos con cierta reserva ante nuestro señor, los samuráis jefes y los ancianos. Lo que se hace con descuido y desaliño no sale bien. Es una cuestión de actitud.



No es decoroso que uno no conozca el origen y la historia de su clan y de los samuráis del clan. Sin embargo, en algunas ocasiones el conocimiento extenso se convierte en un obstáculo. Hay que aplicar la discreción. Conocer las circunstancias puede ser un obstáculo en los asuntos cotidianos. También hay que aplicar la discreción.



Leemos que el sacerdote Shungaku dijo: «Sólo con negarse a retirarse, se

adquiere la fuerza de dos hombres». Es interesante. Lo que no está hecho en un momento y lugar dado, quedará inconcluso para toda la vida. En un momento en que resulta difícil rematar las cosas con la fuerza de un solo hombre, se pueden terminar con la fuerza de dos. El que lo piensa demasiado tarde será negligente para toda la vida.

Otro dicho interesante es: «Pisando fuerte y deprisa, atravesarás un muro de hierro». El primer paso de la celeridad es arrojarse con vigor y al momento. Puede decirse al respecto que Hideyoshi ha sido el único hombre de toda la historia de Japón que aprovechó con

firmeza una oportunidad de las que se presentan una vez en la vida.



Las personas que hablan sin cesar de asuntos de poca importancia suelen tener alguna queja guardada. Sin embargo, lo disimulan a base de repetir lo que dicen una y otra vez. Cuando oímos cosas así, nos surge la duda en el corazón.



Debemos procurar no decir cosas que pueden causar problemas en esos

momentos. Cuando aparece alguna dificultad en este mundo, la gente se intranquiliza y, cuando nos queremos dar cuenta, el asunto corre en boca de todos. Esto no sirve de nada. En el peor de los casos, tú mismo puedes ser objeto de habladurías, o ganarte algún enemigo diciendo algo que no debías y despertando rencores. Se dice que en esas circunstancias es mejor quedarse en casa a leer poesías.



Es un grave error hablar de los asuntos de los demás. Tampoco es conveniente alabar a los demás. Lo

mejor es que conozcas tu propia capacidad, que te esfuerces en tu labor y que seas discreto al hablar.



La persona virtuosa tiene el corazón tranquilo y no se precipita. La persona de poco mérito no está en paz, ronda por todas partes enredando y tiene conflictos con todos.





Es un buen punto de vista considerar que el mundo es un sueño. Cuando tienes una pesadilla o algo parecido, después te despiertas y te dices a ti mismo que no ha sido más que un sueño. Se dice que el mundo en que vivimos no difiere en absoluto de esto.



Los inteligentes aprovechan su inteligencia para trazar cosas ciertas o falsas, e intentan hacer creer a los demás cualquier cosa con sus razonamientos hábiles. Esta es la agresión por medio de la inteligencia.

Nada de lo que digas surtirá efecto si no te sirves de la verdad.



En los asuntos tales como los procesos judiciales, o incluso en las discusiones, la manera más elegante de

perder es hacerlo en seguida. Es lo mismo que en la lucha sumo. Cuando uno piensa sólo en ganar, una victoria sórdida será peor que una derrota. La cosa acaba casi siempre en derrota sórdida.



Tener muy en cuenta las diferencias entre los demás y nosotros mismos, guardar rencores y romper con las personas: todas estas son obras de un corazón falto de compasión. El que lo envuelve todo con corazón compasivo, no tendrá conflictos con los demás.



El que sabe un poco se da aires de entendido. Es fruto de la inexperiencia. Cuando una persona está bien versada en una materia, no se le verá así. Se comportará con corrección.



Cuando vayas a alguna parte para conversar o algo parecido, es mejor avisar por adelantado de tu visita al otro. Es una torpeza ir sin saber si el otro estará ocupado o si tendrá alguna inquietud. No hay nada peor que

presentarte donde no te han invitado. Los buenos amigos son raros. Hasta el que ha sido invitado a alguna parte deberá aplicar su buen juicio. Es difícil captar a fondo la sensibilidad de las personas, sobre todo de las que salen mucho. En las reuniones de placer se dan muchos tropiezos.

Sin embargo, no debes tratar con brusquedad al que ha venido a visitarte, ni siquiera si estás ocupado.



Hasta de lo bueno se puede abusar. Hablar demasiado tiene malas consecuencias, incluso si se habla de

cosas tales como el budismo, los sermones budistas o las lecciones morales.



El difunto Jin'emon dijo que es mejor no educar mucho a las hijas. Son una mancha para el nombre de la familia y una vergüenza para los padres. La hija mayor es especial, pero es mejor no prestar mucha atención a las otras.



El sacerdote Keiho refería que el

señor Aki dijo en cierta ocasión que el valor marcial es cuestión de fanatismo. Esta doctrina me pareció muy acorde con mis propias ideas, y desde entonces procuré cultivar todavía más mi fanatismo.



El difunto Nakano Kazuma dijo que la ceremonia del té se había creado para limpiar los cinco sentidos: para los ojos, la pintura mural y el arreglo floral; para la nariz, el incienso; para los oídos, el sonido del agua hirviendo; para la boca, el sabor del té, y para las manos y los pies, la corrección de las formas.

Cuando se han limpiado de este modo los cinco sentidos, la mente se purifica por sí sola. La ceremonia de té limpia la mente cuando está obstruida. Yo paso todas las horas del día dentro del espíritu de la ceremonia del té, aunque no se trata en absoluto de una cuestión de vivir con buen gusto. Por otra parte, los utensilios del té deben ser acordes al nivel social de cada uno.

En el poema que decía «*En el último pueblo, bajo una espesa nevada, / florecieron anoche muchas ramas de ciruelo*», las palabras «muchas ramas», que dan idea de opulencia, se sustituyeron por «una rama». Se dice que en esta «una rama» única se encierra

la verdadera tranquilidad.



Cuando tus amigos íntimos o aliados, o las personas que tienen una obligación de lealtad hacia ti, te han hecho alguna injuria, debes reprenderlas en privado e intervenir de buen modo entre la sociedad y ellas. Debes limpiar la mala reputación de la persona y alabarla, calificándola de aliado sin igual y de uno entre mil. Reprendiendo a la persona de esta manera, en privado y con comprensión, se limpiará su mancha y se volverán buenos. Si alabas a la persona, cambiará la opinión de los

demás y la mala reputación se disipará por sí sola. Es importante tener el propósito firme de llevarlo todo con compasión y de hacer las cosas bien.



Cierta persona dijo lo siguiente:

Hay dos tipos de disposición: la interna y la externa, y el que está falto en alguna de las dos no sirve de nada. Es, por ejemplo, como la hoja de una espada, que hay que afilar bien y guardarla después en la vaina, sacándola de cuando en cuando

frunciendo el ceño, como al atacar, para limpiar la hoja y volver a guardarla en la vaina.

El que tiene la espada sacada constantemente está blandiendo siempre una hoja desnuda: la gente no se acercará a él y no tendrá aliados.

La espada que está siempre en la vaina se oxidará, se embotará, y la gente no tendrá gran concepto de su dueño.

Las cosas no se consiguen sólo a base de inteligencia. Hay que aplicar una visión amplia. No conviene hacer juicios precipitados sobre el bien y el mal. Pero tampoco hay que

ser lentos. Se dice que no es un verdadero samurái el que no toma decisiones rápidas y franquea directamente todos los obstáculos hasta conseguir su propósito.



En cierta ocasión, un grupo de cinco o seis pajes viajaban juntos hacia la capital en una barca, y sucedió que su barca chocó de noche con un barco mayor de línea regular. Saltaron a bordo de la barca cinco o seis marineros del barco y les exigieron a voces que les entregaran el ancla de la barca, según lo mandaban las leyes de los marinos. Los

pajes, al oírlo, corrieron a proa gritando: «¡Las leyes de los marinos son para gente como vosotros! ¿Os habéis creído que nosotros, que somos samuráis, vamos a consentir que os llevéis material de una barca donde van guerreros? ¡Os abriremos en canal y os tiraremos al mar, hasta el último hombre!». Los marineros, al oírlo, se retiraron huyendo a su propio barco.

En momentos tales, hay que portarse como un samurái. En las ocasiones de poca importancia es mejor arreglar las cosas con unos simples gritos. Si se da a las cosas más trascendencia de la que tienen en realidad, se pierden las ocasiones y no se resuelven las cosas ni

se consigue nada.



Cierta persona que llevaba la contabilidad descubrió que faltaba dinero al hacer balance, y envió al jefe de su sección una carta, que decía: «Sería una lástima tener que hacerse el *seppuku* por una cuestión de dinero. En vista de que eres el jefe de mi sección,

te ruego envíes fondos». Como esto era razonable, se envió la cantidad que faltaba y quedó zanjada la cuestión. Se dice que hasta las infracciones se pueden resolver sin que nadie lo detecte.



La impaciencia estropea las cosas e impide realizar grandes obras. Si consideramos que una cosa no es cuestión de tiempo, se llevará a cabo con una rapidez sorprendente. Los tiempos cambian. Piensa cómo será el mundo de aquí a quince años. Será bastante distinto, pero si consultamos un libro de profecías, me parece que no

será tan distinto. De aquí a quince años no quedará ni uno de los hombres útiles de ahora. Y aunque salgan a relucir hombres que ahora son jóvenes, lo más probable es que ni la mitad lleguen a ser útiles.

El valor de las cosas se va perdiendo. Por ejemplo, si faltara el oro, la plata adquiriría valor, y si faltara la plata, se revaloraría el cobre. Con el cambio de los tiempos y la devaluación de las capacidades de los hombres, uno valdría lo suficiente con sólo un poco de esfuerzo. Un período de quince años es como la duración de un sueño. A un hombre le bastaría con cuidar su salud para cumplir a la larga sus propósitos y

convertirse en una persona valiosa. Hay que esforzarse mucho, sin duda, en una época en que hay muchos señores. Pero es fácil brillar en una época en que el mundo decae.



Es preciso dedicar mucho esfuerzo para corregir las malas costumbres de una persona. Hay que ser como la avispa excavadora^[21]. Se dice que hasta un hijo adoptado acaba por parecerse a ti si lo instruyes constantemente en ese sentido.



Si no tienes más fuerza que la que procede de la vitalidad, darás la impresión de que tus palabras y tu conducta personal son concordes con el Camino, y los demás te alabarán. Pero cuando tú mismo te lo preguntes, no podrás decirte nada. El último verso de esa poesía, que dice: «*Cuando te lo pregunte tu corazón*», es el principio secreto de todas las artes. Se dice que este principio es un buen censor^[22].



Cuando oigas contar las vidas de los hombres de mérito y otros relatos

semejantes, deberás escuchar con sinceridad profunda, aunque ya las conozcas. A veces, cuando escuchas la misma historia por décima o vigésima vez, entiendes de pronto algo que no esperabas, y es un momento muy especial. En los relatos aburridos de las personas mayores se encierran sus actos meritorios.

Del capítulo III

EL SEÑOR NAOSHIGE dijo una vez: «No hay nada que se sienta con tanta intensidad como el *giri*. Hay ocasiones en que muere un primo nuestro u otro familiar y no es como para derramar lágrimas. Pero oímos hablar quizá de alguien que vivió hace cincuenta o cien años, del que no sabíamos nada y que no era pariente nuestro en absoluto, y sin embargo nos hace llorar por un sentimiento de *giri*».



El señor Naoshige pasaba por un lugar llamado Chiriku, y alguien le dijo: «En este pueblo vive un hombre que tiene más de noventa años. ¿Por qué no haces una visita a un hombre tan afortunado?». Naoshige respondió: «¿Acaso hay un hombre más desgraciado que ese? ¿Cuántos hijos y nietos suyos habrá visto caer con sus propios ojos? ¿Qué tiene eso de afortunado?».

Al parecer, no visitó a aquel hombre.



El señor Naoshige dijo a su nieto, el señor Motoshige: «Con independencia de la mayor o menor categoría de cada uno, las estirpes familiares decaen cuando les llega el momento. Si se intenta entonces evitar su ruina, acabarán de mala manera. Cuando consideramos que ha llegado el momento, es mejor dejarlas caer con elegancia. Así, hasta se puede conseguir mantenerlas».

Se dice que el hermano menor de Motoshige se lo oyó contar a este.

Del capítulo IV

CUANDO NABESHIMA TADANAO tenía quince años, un pinche de cocina hizo una grosería y un soldado de a pie quiso pegarle, pero el pinche mató al soldado con una espada. Los ancianos del clan consideraron que se merecía la pena de muerte, por haber quebrantado las normas sociales y, además, por haber derramado la sangre de su rival. Tadanao lo oyó y preguntó: «¿Qué es peor: quebrantar las normas sociales o

desviarse del Camino del Samurái?».».

Los ancianos no supieron qué responderle. Tadanao dijo entonces: «He leído que cuando el delito no está claro, el castigo debe ser leve. Metedlo en la cárcel una temporada».



El señor Katsushige estaba cazando una vez en Shiroishi y abatió con una flecha un jabalí grande. Todos se acercaron corriendo a verlo, y le decían: «¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Has cazado una pieza enorme!». De pronto, el jabalí se levantó y echó a correr hacia ellos. Todos huyeron, desconcertados, pero

Nabeshima Matabei sacó la espada y lo remató. Entonces, el señor Katsushige se cubrió la cara con la manga, diciendo: «¡Cuánto polvo!». Es de suponer que lo hizo para no contemplar el espectáculo de sus hombres asustados.



Cuando el señor Katsushige era joven, su padre, el señor Naoshige, le encargó lo siguiente: «Ve a ejecutar a unos cuantos condenados a muerte, para ir practicando con la espada». Así, pues, pusieron en fila a diez hombres en el lugar donde ahora está la puerta oriental, y Katsushige los fue decapitando uno

tras otro hasta que acabó con nueve. Cuando llegó al décimo, vio que era un hombre joven y sano, y dijo: «Ya estoy cansado de cortar. Perdono la vida a este hombre». Y le indultaron.



El señor Katsushige decía siempre que existen cuatro clases de samuráis. Los «primero rápidos, después lentos», los «primero lentos, después rápidos», los «siempre rápidos» y los «siempre lentos».

Los «siempre rápidos» son los hombres que cuando reciben una orden se ponen a cumplirla en seguida y dejan

bien resuelto el asunto. Son de este tipo Fukuchi Kichizaemon y otros como él.

Los «primero lentos, después rápidos», son los hombres que no tienen un entendimiento vivo cuando se les da una orden, pero se ponen a punto en seguida y resuelven el asunto. Creo que son así Nakano Kazuma y otros que se le parecen.

Los hombres «primero rápidos, después lentos», son los que cuando reciben una orden aparentan que se disponen a resolver las cosas, pero tardan en prepararse y lo dejan todo para más tarde. Hay muchas personas así.

De todos los demás, puede decirse

que son «siempre lentos».

Del capítulo VI

CUANDO EL SEÑOR TAKANOBU estaba en la batalla de Bungo, llegó un mensajero del campamento enemigo que traía un regalo de sake y comida. Takanobu se dispuso a probarlos, pero sus acompañantes le dijeron: «Los regalos del campamento enemigo pueden estar envenenados. No debe probarlos el general».

Takanobu les dejó hablar, y dijo: «Aunque estuvieran envenenados,

¿acaso cambiarían mucho las cosas? ¡Que venga aquí el mensajero!»». Abrió entonces el barril, delante del mensajero, se bebió tres grandes vasos de sake, ofreció otro al mensajero, le comunicó la respuesta a su mensaje y lo hizo volver a su campamento.



Takagi Akifusa se rebeló contra el clan Ryuzoji y acudió a Maeda Yyo no kami Iesada, que le dio asilo. Akifusa era un guerrero de valor sin igual, espadachín consumado y ágil. Tenía a su servicio a los samuráis Ingazaemon y Fudozaemon, guerreros en nada

inferiores a Akifusa y que no se apartaban de su lado ni de día ni de noche. Sucedió que el señor Takanobu envió un mensaje a Iesada pidiéndole que matara a Akifusa.



Akifusa estaba sentado en la galería e Ingazaemon le lavaba los pies cuando llegó corriendo Iesada por la espalda y le cortó la cabeza. Antes de que a Akifusa le cayera la cabeza al suelo, sacó la espada corta y se volvió para devolver el golpe, pero lo que hizo fue cortar la cabeza a Ingazaemon. Las dos cabezas cayeron juntas en la palangana. Después, la cabeza de Akifusa se alzó sola entre los presentes. Él siempre dominó estas técnicas mágicas.



El sacerdote Tannen decía en sus

charlas diarias:

El monje no puede seguir el Camino del budismo si no manifiesta compasión exterior y acumula constantemente valor interior. Y el guerrero que no manifieste valor exterior y tenga compasión interior hasta que no le quepa el corazón en el pecho, no puede llegar a ser samurái. Así pues, el monje aspira a tener valor, sirviéndose del guerrero como modelo, y el guerrero aspira a tener la compasión del monje.

He viajado muchos años y he conocido a hombres sabios, pero no he encontrado jamás el medio de

alcanzar el conocimiento. Por eso, siempre que he oído decir que en tal o cual parte había un hombre valeroso, he ido a visitarle, por muy penoso que fuera el viaje. He aprendido, sin lugar a dudas, que estos relatos del Camino del Samurái sirven de mucho en la vía del budismo.

El guerrero se adentra en el campamento enemigo con su armadura, y esa armadura es su fuerza. ¿Os habéis creído que un monje con su rosario puede arrojarse entre las lanzas y los sables, sin más armas que la mansedumbre y la compasión? No se

arrojará si no tiene mucho valor. Como prueba de ello, vemos temblar a veces al sacerdote que hace la ofrenda de incienso en los actos conmemorativos solemnes budistas, y esto es porque no tiene valor.

Las cosas tales como resucitar a un hombre de entre los muertos, o sacar del infierno a todas las criaturas vivas, son actos de valor. Sin embargo, los monjes de estos tiempos albergan ideas falsas, y lo que desean es ser amables y apreciados por todos; no hay ninguno que llegue hasta el final del Camino. Lo que es más, hay entre los guerreros algunos cobardes que

predican el budismo. Es muy de lamentar. Es un gran error que un samurái joven estudie el budismo, pues verá las cosas de dos formas. La persona que no apunta en un solo camino no servirá de nada. Está bien que los ancianos retirados estudien el budismo como pasatiempo, pero al guerrero le basta con echarse a un hombro la carga de la lealtad y la piedad filial, y al otro la del valor y la compasión, y llevar estas dos cargas día y noche hasta que se le desgasten los hombros: así llegará a samurái.

Más le vale recitar el nombre de su señor en el culto de la mañana y

de la noche, y en el transcurso del día. Equivale perfectamente a los nombres del buda y a las palabras sagradas. Además, debe estar en armonía con sus dioses familiares. Esto afecta a nuestro destino. La compasión es como una madre que nutre nuestro destino. Existen ejemplos notables de guerreros del presente y del pasado que no tenían compasión y acabaron mal.



En el transcurso de cierta conversación, un samurái del señor Nabeshima Naohiro dijo: «Aquí no hay

hombres en los que puedas confiar de verdad, señor. Aunque yo soy un inútil, soy el único que estaría dispuesto a dar su vida por ti».

Se dice que el señor Naohiro montó en cólera, y dijo: «¡Entre todos nuestros samuráis no hay ni uno solo que tenga apego a su vida! ¡Estás hablando con arrogancia!».

Y se disponía a golpear a aquel hombre, cuando a este se lo llevaron otros de los presentes.



En cierta ocasión, cuando el maestro Tanesada, fundador de la familia Chiba, viajaba por mar hacia la isla de

Shikoku, se levantó un viento fuerte que causó desperfectos en la barca. La barca se salvó porque se cubrieron de mejillones las partes dañadas. Desde entonces, ningún miembro de la familia Chiba ni sus servidores comieron mejillones. Si alguno se comía un mejillón por error, se dice que se le cubría el cuerpo de erupciones que tenían forma de mejillones.



En la toma del castillo de Arima, en el vigésimo octavo día del asedio, Mitsuse Genbei se sentó en un foso próximo al último reducto. Nakano

Shigetoshi pasó a su lado y le preguntó por qué se había sentado. Mitsuse le respondió: «Tengo dolor de vientre y no puedo dar un paso más. Ya he enviado por delante a los de mi grupo; te ruego que tomes tú el mando». El inspector dio parte del caso, se dictaminó que había sido un acto de cobardía, y se ordenó a Mitsuse que se hiciera el *seppuku*.

En tiempos pasados, a los dolores de vientre se les llamaba «la hierba de la cobardía». Se decía así porque aparecen de pronto e inmovilizan a la persona.



A la muerte del señor Nabeshima Naohiro, el señor Mitsushige prohibió a los samuráis al servicio de Naohiro que se hicieran el *tsuifuku*. Su mensajero llegó a la mansión de Naohiro y anunció la orden, pero los que la oyeron no pudieron estar de acuerdo con ella de ningún modo. Tomó la palabra Ishimaru Uneme, que después se llamaría Seizaemon y que por aquel tiempo ocupaba el asiento de menor categoría. «Aunque no está bien que hable yo, que soy de los más jóvenes, opino que lo que ha dicho el señor Katsushige es razonable. El señor me protegió cuando era niño, y yo estaba decidido de todo corazón a hacerme el *tsuifuku*. Pero

después de oír el edicto del señor Katsushige y de quedar convencido por su razonamiento, renuncio a la idea de hacerme el *tsuifuku*, con independencia de lo que hagan los demás, y pasaré a servir al sucesor del señor». Los demás, al oírle, le imitaron.



El señor Masaie jugaba un día al *shogi* con el señor Hideyoshi, con varios *daimyos* entre los espectadores. Cuando llegó la hora de retirarse, aunque el señor Masaie se mantenía de pie, este los tenía entumecidos y no era capaz de andar. Tuvo que retirarse a

gatas, suscitando las risas de todos, porque el señor Masaie era corpulento y obeso y no tenía costumbre de arrodillarse. Desde entonces le pareció que ya no estaba en condiciones de cumplir con este deber, y desde entonces se disculpó de ello^[23].



Nakano Uemonnosuke Tadaaki murió el día doce del mes octavo del sexto año de Eiroku, en la batalla entre los señores Goto e Hirai de Suko, en la isla de Kabashima, del distrito de Kishima. Cuando Uemonnosuke salía para el

frente, abrazó en el jardín de su casa a su hijo Shikibu (que después se llamó Jin'emon), y, aunque Shikibu era muy joven, le dijo: «¡Cuando seas mayor, alcanza honra en el Camino del Samurái!».

Cuando los niños de su familia eran todavía muy pequeños, Yamamoto Jin'emon los tomaba en brazos, y les decía: «Hazte un buen guerrero y sirve a tu señor». Decía: «Es bueno decir a los niños estas cosas al oído, aunque sean demasiado pequeños para entenderlas».



Cuando Sahei Kiyoji, hijo legítimo

de Ogawa Toshikiyo, murió en su juventud, un joven samurái a su servicio fue al templo al galope y se hizo el *seppuku*.



Cuando falleció Taku Nagato no kami Yasuyori, Koga Yataemon dijo que había sido incapaz de devolver al señor el bien que este le había hecho, y se hizo el *tsuifuku*.

Del capítulo VII

NARUTOMI HYOGO DIJO: «Lo que llaman ganar es vencer a nuestros propios aliados. Vencer a nuestros aliados es vencernos a nosotros mismos, y vencernos a nosotros mismos es superar con vigor a nuestro propio cuerpo.

»Es como si un hombre se encuentra entre diez mil aliados suyos pero ninguno le sigue. Si no ha conseguido dominar de antemano su mente y su

cuerpo, no vencerá al enemigo».



Cuando la rebelión de Shimabara, Shugyo Echizen no kami Tanenao entró en combate sin más ropa que el *hakama* y el *haori*, pues se había dejado la armadura en el campamento. Se dice que murió en la batalla así vestido.



En el asedio del castillo de Shimabara, Tazaki Geki llevaba una armadura muy resplandeciente. Al señor

Katsushige no le gustó, y desde entonces siempre que veía algo ostentoso, decía: «Eso es como la armadura de Geki».

Esta anécdota nos enseña que las armaduras y arreos militares ostentosos pueden parecer muestras de debilidad, de falta de fuerza. Se ve en ellas el corazón del que los lleva.



Cuando murió Nabeshima Hizen no kami Tadanao, su asistente Ezoe Kinbei recogió sus restos y los hizo consagrar en el monte Koya. Después, se recluyó en una ermita y talló una imagen de su señor y otra en la que se representó a sí

mismo venerándolo. En el primer aniversario de la muerte de Tadanao, volvió a su casa y se hizo el *tsuifuku*. Más tarde, la imagen se retiró del monte Koya y se depositó en el templo de Kodenji.



En tiempos del señor Mitsushige, Oishi Kosuke empezó como soldado de a pie junto a su señor. Siempre que el señor Mitsushige viajaba a Edo, donde residía un año de cada dos, Kosuke montaba guardia alrededor del alojamiento de su señor, y si le parecía poco segura alguna zona, tendía una

estera de paja y pasaba allí la noche en vela, a solas. Cuando llovía, se ponía un simple sombrero de bambú y un impermeable de papel encerado, y montaba guardia bajo la lluvia. Se dice que no se descuidó jamás, ni una sola noche.



Cuando Oishi Kosuke era *uchitonin*, un desconocido se coló a hurtadillas, de noche, en la zona de los dormitorios de las criadas^[24]. Hubo un gran alboroto en toda la casa y se veía correr de un lado a otro a hombres y a mujeres de todas

las categorías; al único que no se le vio por ninguna parte fue a Kosuke. Mientras las doncellas de mayor categoría registraban la casa, Kosuke sacó la espada de la vaina y se apostó en silencio en el cuarto contiguo al dormitorio de su señor. Viendo que reinaba la confusión, estaba inquieto por su señor y acudió a protegerle. Por eso se dijo de él que veía las cosas de manera muy distinta de los demás.

El hombre que se había colado era Narutomi Kichibei. Su cómplice, Hamada Ichizaemon, y él fueron condenados a muerte por adulterio.



En cierta ocasión, el señor Katsushige estaba de caza en Nishime y se enfadó mucho por algún motivo. Sacó la espada del obi, con vaina y todo, y se puso a pegar con ella a Soejima Zennojo; pero la espada se le resbaló y cayó por un barranco. Zennojo, para no abandonar la espada, se tiró rodando por el barranco y la recogió. Hecho esto, se colgó la espada de la parte delantera de la ropa, escaló el barranco y ofreció la espada a su señor, tal como estaba. Fue una reacción inigualable en cuanto a rapidez de reflejos y

corrección.



En cierta ocasión, el señor Sano Ukyo cruzaba el puente de Takao; estaban haciendo obras en el puente, y había un pilote que no podían sacar. El señor Ukyo desmontó de su caballo, asió el pilote con fuerza con las dos manos, soltó un grito y se puso a tirar. Sonó un ruido tremendo, y aunque pudo sacar el pilote hasta la altura de su cabeza, no pudo levantarlo más y volvió a hundirse. Cuando el señor Ukyo llegó a su casa, cayó enfermo y murió repentinamente.

El funeral se celebró en el templo de

Jobaru, y cuando el cortejo fúnebre cruzaba el puente de Takao, el cadáver saltó del ataúd y cayó al río. Un novicio del Shufukuji, de dieciséis años, se arrojó al río y sujetó el cadáver. Después, todos bajaron al río y rescataron el cuerpo. El abad se quedó muy impresionado y puso a aquel joven de instructor de los demás novicios. Se dice que llegó a ser un monje muy famoso.



A Yamamoto Kichizaemon le mandó su padre que matara a un perro con la espada cuando tenía cinco años, y a los

quince le hicieron decapitar a un criminal. En aquellos tiempos se obligaba a todos los jóvenes de catorce o quince años que decapitaran a un hombre sin titubear. Cuando el señor Katsushige era joven, el señor Naoshige le hacía practicar con la espada ejecutando a condenados. Se dice que le hacían decapitar a diez hombres seguidos, o más.

Era una costumbre de los tiempos antiguos, sobre todo entre las clases altas; pero en nuestros tiempos ni siquiera los hijos de clase baja realizan ejecuciones, y esto es un gran descuido. Se dice que estas cosas son innecesarias, o que matar a un

condenado a muerte no tiene mérito, o que es un crimen, o que es deshonesto, pero no son más que excusas. ¿No podemos creer, en suma, que el que no se dedica más que a recortarse las uñas y a acicalarse es porque carece de valor marcial?

Si estudiamos el espíritu del hombre que considera desagradables estas cosas, vemos que se trata de una persona que recurre a los argumentos filosóficos y a las excusas para no matar porque le falta valor. Pero Naoshige lo mandaba precisamente porque debía hacerse.

El año pasado fui al campo de ejecuciones de Kase para probar el pulso ejecutando a un condenado, y me

quedé muy a gusto. Pensar que esto debilita es síntoma de cobardía.





Había entre los pajes de flequillo del séquito del señor Mitsushige un tal Tomoda Shozaemon. Era un sujeto más bien libertino que se había enamorado de un actor de teatro famoso llamado Tamon Shozaemon, y cambió su apellido y su escudo heráldico, adoptando los del actor. Entregado por completo a estos amoríos, se gastó todo lo que tenía y perdió toda su ropa y su equipo. Por fin, cuando se encontró sin ningún recurso, robó la espada de Mawatari Rokubei y encargó a un alabardero que la llevara a una casa de empeños.

El alabardero confesó el delito, no obstante, y en el juicio los condenaron a muerte a Shozaemon y a él. El juez fue Yamamoto Gorozaemon. Leyendo el acta de acusación, dijo en voz alta: «El testigo de cargo contra el acusado es el alabardero Fulano».

«Condenadlo a muerte», dijo Mitsushige al instante.

Cuando llegó el momento de anunciar a Shozaemon su suerte, pasó a hablar con él Gorozaemon, y le dijo: «Ya no se puede hacer nada por ti. Prepárate para ir al lugar donde encontrarás la muerte».

Shozaemon se sosegó, y dijo: «Está bien. Comprendo lo que has dicho y te

agradezco tus palabras». Sin embargo, alguien quiso recurrir a una argucia y se dispuso que mientras presentaban a Shozaemon a un *kaishaku*, se adelantaría un soldado de a pie de entre los presentes y lo decapitaría.

Cuando llegaron al lugar de las ejecuciones, el *kaishaku* se situó ante Shozaemon, quien lo saludó con gran calma. Pero entonces vio que Naozuka sacaba la espada, y se levantó de un salto, diciendo: «¿Quién eres tú? ¡No voy a consentir que seas tú quien me corte la cabeza!». Perdió la tranquilidad por completo y dio un espectáculo terrible de cobardía. Por fin, tuvieron que sujetarlo, tendido en tierra, y

decapitarlo así.

Gorozaemon dijo más tarde, en privado: «Es probable que hubiera sabido morir como es debido si no le hubieran engañado».



Noda Kizaemon, hablando de las funciones del *kaishaku*, dijo: «Cuando un hombre, al llegar al lugar donde encontrará la muerte, pierde el juicio y se revuelca por el suelo, es probable que al ejecutar el *kaishaku*^[25] hagas algo mal. En tal caso, espera primero un poco y ármate de fuerza de alguna

manera. Después, si cortas estando firme y sin desaprovechar la oportunidad, lo harás bien».



En tiempos del señor Katsushige había samuráis a los que se hacía trabajar ante el señor desde su juventud, con independencia de su rango social. Una vez, cuando Shiba Kizaemon servía de esta manera, el maestro se estaba cortando las uñas, y le dijo: «Tíralas». Kizaemon recogió las uñas cortadas pero no se puso de pie, y el maestro le preguntó: «¿Qué pasa?». Kizaemon dijo: «Falta una». «Aquí está», dijo el

maestro, y le entregó la uña que había escondido.



A Sawabe Heizaemon le mandaron que se hiciera el *seppuku* el día once del mes undécimo del año segundo de Tenna. Cuando recibió la orden, en la noche del diez, envió un mensaje a Yamamoto Gonnojo [Tsunetomo] pidiéndole que le hiciera de kaishaku. He aquí una copia de la respuesta de Yamamoto. (Tsunetomo tenía entonces veinticuatro años).

Estoy de acuerdo con tu resolución y accedo a tu petición de hacer de *kaishaku*. Tuve el instinto de rechazarla, pero como esto ha de hacerse mañana, no hay tiempo de excusarse, y me haré cargo de la tarea. Me llena de satisfacción que me hayas elegido a mí entre tantas personas. Te ruego que te tranquilices acerca de todo lo demás. Aunque ya es de noche, iré a tu casa a hablar de los detalles.

Cuentan que cuando Heizaemon vio esta respuesta, observó: «Es una carta inigualable».

Desde la antigüedad, los samuráis

han considerado de mal agüero que se les pida que ejerzan de *kaishaku*. Esto se debe a que es una tarea que no da buena fama aunque se haga bien. Y si uno comete una torpeza, se convierte en una deshonra para toda la vida.



Una vez que Tanaka Yahei estaba ocupándose de ciertos asuntos en Edo, uno de sus criados estuvo algo insolente y Yahei le reprendió con severidad. Aquella noche, Yahei oyó que alguien subía por las escaleras. Le pareció sospechoso y se levantó sin hacer ruido. Empuñando la espada corta, preguntó

quién era, y resultó que se trataba del criado al que había reñido, que iba armado con una espada corta. Yahei bajó de un salto y lo abatió de un solo tajo. Oí decir después a muchos que había tenido buena suerte.



Un señor llamado Tokuhisa nació distinto de la gente normal y tenía aspecto de retrasado mental. En cierta ocasión, invitaron a alguien a comer y sirvieron ensalada de besugo. Todos dijeron: «La ensalada de besugo del señor Tokuhisa», y se rieron. Más tarde, estando en la corte, cierta persona se

burló de él con este comentario, y Tokuhisa sacó la espada y mató a aquel hombre. Se celebró el juicio y dijeron al señor Naoshige: «Se te recomienda que te hagas el *seppuku*, pues has cometido un acto de violencia en palacio».

Cuando el señor Naoshige lo oyó, dijo: «Quedarse uno callado cuando se burlan de él es un acto de cobardía. No hay por qué pasarlo por alto aunque se esté en palacio. El que se burla de los demás es un necio. Fue culpa suya que lo matara».



Una vez, Nakano Mokunosuke iba

navegando en un barco pequeño por el río Sumida para tomar el fresco, y subió a bordo un granuja que hizo todo tipo de groserías. Cuando Mokunosuke vio que el granuja estaba haciendo sus necesidades por la borda, le cortó la cabeza, que cayó al río. Cubrió el cuerpo en seguida con varias cosas para que no lo viera nadie, y dijo al barquero: «Esto no debe saberse. Sube a remo hasta la parte alta del río y entierra el cadáver. Te pagaré bien, naturalmente».

El barquero hizo lo que le habían dicho, pero después de que hubiera enterrado el cadáver, cuando estaban en la laguna, Mokunosuke le cortó también

la cabeza y lo tapó en seguida. Se dice que esto no llegó a saberse públicamente. Iba también en el barco un joven homosexual prostituido. Mokunosuke se dijo: «Ese sujeto también era hombre. Conviene ir aprendiendo a cortar hombres cuando se es joven», y dio un tajo al cadáver. Por eso, el joven no dijo nada más adelante.



Se dice que en todas las reuniones del grupo de Oki Hyobu, después de haber tratado de todos sus asuntos, el jefe decía: «Los jóvenes deben disciplinar rigurosamente su intención y

su valor. Sólo lo conseguirán si tienen grabado el valor en el corazón. Al que se le rompe la espada, atacará con las manos. Si le cortan las manos, que empuje al enemigo con los hombros. Si le cortan los hombros, que abra diez o quince gargantas de enemigos con los dientes. Así es el valor».



Shida Kichinosuke dijo: «Correr hasta quedarse sin aliento agobia al principio. Pero quedarse quietos de pie después de correr es una sensación extraordinaria. Mejor todavía es sentarse. Mejor todavía es acostarse. Y

mejor aún es ponerse una almohada y echarse a dormir. Así debe ser siempre la vida del hombre. Esforzarse mucho cuando se es joven, y después dormir cuando se es viejo o estás al borde de la muerte. Pero dormir primero y esforzarse después... Es lamentable esforzarse hasta el final y acabar con trabajos toda la vida». Esto lo contó Shimomura Rokurouemon.

Hay otro dicho semejante de Kichinosuke: «La vida del hombre debe ser lo más laboriosa que sea posible».



Cuando Ueno Rihei era inspector de

cuentas en Edo, tenía un ayudante joven al que trataba con mucha intimidación. La primera noche del mes octavo salió a beber con Hashimoto Taemon, inspector de los soldados de a pie, y se emborrachó tanto que perdió el juicio. Volvió a su casa con su joven ayudante, balbuciendo en su borrachera, y cuando llegaron, Rihei dijo que iba a matar al ayudante. El ayudante apartó la punta de la vaina de la espada de Rihei. Forcejearon, y los dos cayeron al arroyo, con el ayudante encima, que sujetaba a Rihei contra el suelo. Entonces llegó corriendo el criado de Rihei, y preguntó: «¿Dónde está el señor Rihei, arriba o abajo?».

Cuando Rihei respondió: «¡Estoy abajo!», el criado tiró una puñalada al ayudante. El ayudante se levantó y huyó, pues sólo tenía una herida leve.

Cuando se llevó el caso a juicio, recluyeron a Rihei en la cárcel de Naekiyama y lo condenaron a muerte por decapitación. Antes de aquello, estando destinado en Edo, donde vivía en una casa alquilada en el barrio de los comerciantes, un criado le había hecho frente y él lo había matado. Pero en aquella ocasión obró bien y la gente decía que se había portado como un hombre. Sin embargo, en el último caso sus actos fueron escandalosos, además de innecesarios, sin duda.

Considerando bien el caso de principio a fin, emborracharse hasta el punto de sacar la espada es un acto de cobardía y, al mismo tiempo, de falta de determinación. El criado de Rihei procedía de Taku, aunque su nombre no ha llegado hasta nosotros. Aunque era de clase baja, era valiente. Se dice que Taemon se suicidó durante el juicio.



En el apartado doce del capítulo quinto del *Ryoankyō*, se lee este relato:

En la provincia de Hizen había

un hombre de Taku que, aunque tenía la viruela, quiso alistarse en las fuerzas que asediaban el castillo de Shimabara. Sus padres se esforzaron por quitarle la idea de la cabeza, diciendo: «¿Cómo podrías ser útil con una enfermedad tan grave, aun suponiendo que llegaras allí?».

Él respondió: «Si muero por el camino, moriré satisfecho. Ahora que me ha aceptado el señor con benevolencia, ¿voy a decirme a mí mismo que no puedo servirle?». Y salió para el frente. Aunque era una campaña de invierno, con mucho frío, no prestó la menor atención a su salud y ni se abrigaba mucho, ni se

quitaba la armadura de día ni de noche. Tampoco evitó la suciedad, y terminó por recuperarse rápidamente y pudo cumplir perfectamente su compromiso de lealtad. Así pues, al contrario de lo que cabría esperar, no puede decirse que debe despreciarse la suciedad.

Cuando el maestro Suzuki Shozo se enteró de esto, dijo: «¿Acaso el hombre no se limpia entregando la vida por su señor? El hombre que está dispuesto a dar su vida en aras de la rectitud no tiene necesidad de invocar al dios de la viruela. Lo protegerán todos los dioses del cielo».



El señor Katsushige dijo: «No ha de preocuparnos si un hombre de Hizen reme la muerte o no. Lo que me preocupa a mí es que la gente no se grave en el corazón la orden de respetar con corrección las reglas relacionadas con los modales y la etiqueta. Me temo que todo nuestro clan, nuestros parientes y nuestros ancianos, por un exceso de ardor, lleguen a despreciar la orden de guardar la etiqueta por parecerles exagerada. Hemos tenido hasta ahora hombres acostumbrados a estas cosas, y aunque se quebrantara levemente la

etiqueta, recordaban los modos correctos y arreglaban la situación. He proclamado esta orden porque la gente descuida este tipo de asuntos».



En la era Genroku había un samurái de categoría inferior, natural de la provincia de Ise, llamado Suzuki Rokubei. Estaba enfermo con unas fiebres graves y había perdido el sentido en parte. Un enfermero tuvo un ataque inesperado de codicia y se dispuso a abrir la escribanía para robarle el dinero. Entonces el enfermo se movió de pronto, sacó la espada de debajo de la

almohada y, atacando al hombre de pronto, lo abatió. Después, el enfermo cayó muerto. Este acto de Rokubei demostró que era hombre de buena disposición. Oí contar esta historia en Edo, pero más tarde, sirviendo en la misma provincia al doctor Nagatsuka, que también era natural de la provincia de Ise, se lo pregunté y, en efecto, conocía la historia y dijo que era cierta.

Del capítulo VIII

LA NOCHE DEL DÍA trece del mes noveno del año cuarto de Teikyo había un grupo de diez actores del teatro No contemplando la Luna en casa de Nakayama Mosuke, soldado de a pie, en Sayanomoto. Empezando por Naotsuka Kanzaemon, todos se burlaron del soldado de a pie Araki Kyuzaemon por su baja estatura. Araki se enfadó, mató a Kanzaemon con su espada y atacó a los demás.

Aunque a Matsumoto Rokuzaemon le habían cortado una mano, bajó al jardín, sujetó a Araki por la espalda con la otra mano, y dijo: «¡A gente como tú les puedo arrancar la cabeza con una mano!». Quitó la espada a Araki y lo empujó con la rodilla contra el umbral de la puerta, pero cuando iba a cogerlo del cuello perdió las fuerzas y fue dominado.

Araki se levantó de un salto y volvió a atacar a los que lo rodeaban, pero entonces le salió al paso el señor Hayata (llamado después Jirozaemon) armado de una lanza. Al final, lo redujeron entre varios. Más tarde, se ordenó a Araki que se hiciera el *seppuku*, y a todos los

demás que intervinieron se les degradó a *ronin* por su indiscreción, aunque a Hayata lo perdonaron más tarde.



Tsunetomo no recuerda esta historia con claridad; deberíamos consultar a otros para conocerla mejor.



Hace unos años se celebró una lectura de los sutras en el Jissoin de Kawakami. Asistieron al acto religioso cinco o seis hombres de Kon'yamachi y de la zona de Tashiro, y en el camino de vuelta estuvieron bebiendo. Entre ellos estaba un samurái al servicio de Kizuka Kyuzaemon que no quiso ir con sus compañeros, pues tenía motivos para volver a su casa temprano. Los otros, no

obstante, se enzarzaron más tarde en una pelea con unos hombres y los mataron a todos.

El samurái de Kyuzaemon se enteró más tarde, aquella misma noche, y fue con prontitud a la residencia de sus compañeros. Después de enterarse de los detalles, dijo: «Me figuro que os tomarán declaración. Debéis decir que yo estaba también e intervine en la muerte de esos hombres. Cuando regrese a mi casa, diré lo mismo a Kyuzaemon. En vista de que una pelea nos afecta a todos, debo afrontar la misma pena de muerte que vosotros, y es mi máximo deseo. Esto se debe a que aunque yo explicase a mi señor que me había

retirado temprano, jamás lo aceptaría como cierto. Kyuzaemon ha sido siempre hombre severo, y aunque los jueces me absolviesen, lo más probable es que me hiciera ejecutar por cobarde ahí mismo. En tal caso, sería muy lamentable morir con la mala reputación de haber huido por cobarde.

»Como me espera el mismo destino de morir, prefiero hacerlo acusado de haber matado a un hombre. Si no estáis de acuerdo, me abriré el vientre aquí mismo».

Sus compañeros, viendo que no tenían otra opción, declararon en el sentido que les había pedido el samurái. Después, en el juicio, aunque los hechos

se expusieron así, salió a relucir que el samurái se había retirado temprano a su casa. Todos los jueces se quedaron impresionados, e incluso alabaron a aquel hombre.

Sólo me contaron las líneas generales de este caso; procuraré enterarme de los detalles más adelante.



Una vez, Nabeshima Aki no kami Shigetake recibió una visita inesperada cuando estaba comiendo y se dejó parte de la comida en la bandeja. Más tarde, cierto samurái suyo se sentó ante la bandeja y se puso a comer el pescado

frito que estaba en el plato. Entonces volvió el señor Aki y lo vio, y el hombre se quedó desconcertado y huyó. El señor Aki le gritó: «¡Eres un vil esclavo, capaz de comerte las sobras de otra persona!», y se sentó y terminó de comerse el pescado.

Es una de las anécdotas que contaba Jin'emon. Se cuenta que aquel samurái fue uno de los que se hicieron el *tsuifuku* a la muerte de su señor.



Yamamoto Jin'emon decía siempre a sus samuráis: «Jugad, mentid: el hombre que no te cuenta siete mentiras en cien

pasos no sirve de nada como hombre». En tiempos pasados, la gente decía estas cosas porque lo único que les importaba era la actitud del hombre hacia las cuestiones militares, y consideraban que el hombre que era «correcto» no haría nunca grandes obras. También pasaban por alto las faltas de conducta de los hombres, y quitaban importancia a estas cuestiones, diciendo: «También hacen cosas buenas...».

Los hombres como Sagara Kyuma disculpaban también a los samuráis que habían cometido robos y adulterios y los iba formando poco a poco. Decía: «Si no fuera por personas como estas, no tendríamos ningún hombre útil».



Ikuno Oribe decía: «Si el samurái no piensa más que en lo que tiene que hacer ese día, será capaz de hacer cualquier cosa. La labor de un solo día siempre se puede aguantar. Mañana no será más que un solo día».



En la época en que el señor Nabeshima Tsunashige no había heredado todavía el señorío, el sacerdote zen Kurotakiyama Choon lo convirtió y lo adocrinó en el budismo.

Como había alcanzado la iluminación, el sacerdote se disponía a otorgarle el sello, y esto se supo en toda la casa^[26]. Por entonces, se había encomendado a Yamamoto Gorozaemon el cargo de asistente y guardián de Tsunashige. Cuando se enteró de esto, comprendió que no podía ser de ninguna manera y pensó presentar una solicitud a Choon y, en caso de que este no accediera, matarlo. Fue a la casa del sacerdote, en Edo, y entró; el sacerdote lo tomó por un peregrino y lo recibió con dignidad.

Gorozaemon se acercó a él, y dijo: «Tengo que hablarte en secreto ahora mismo. Te ruego que hagas salir a los sacerdotes adjuntos.

»Se dice que dentro de poco vas a otorgar el sello a Tsunashige por su dominio del budismo. Y bien, como eres de Hizen, debes de conocer en buena medida las costumbres de los clanes Ryuzoji y Nabeshima. Nuestro país se gobierna con armonía entre las clases sociales porque, a diferencia de otras, ha tenido una línea regular de herederos a lo largo de las generaciones. Los *daimyos* no han recibido el sello budista desde hace siglos. Si ofreces ahora el sello a Tsunashige, lo más probable es que se considere iluminado y desprecie por completo las palabras de sus samuráis. Un hombre grande se volverá soberbio. No le otorgues ese título de

ninguna manera. Si no accedes a ello, yo también he tomado mi resolución»^[27], dijo, muy decidido.

El sacerdote palideció, pero dijo: «Bien, bien. Tus intenciones son leales, y veo que entiendes bien los asuntos de tu clan. Eres un servidor digno de confianza...».

Pero Gorozaemon dijo: «¡No! Ese truco ya me lo sé. No he venido aquí a oír alabanzas. Dime claramente, sin añadir nada más, si piensas otorgar el sello o no».

Choon dijo: «Lo que dices es razonable. No otorgaré el sello, decididamente».

Gorozaemon se aseguró de ello y se

retiró.

Toda esta historia se la contó a Tsunetomo el propio Gorozaemon.



Un grupo de ocho samuráis salieron juntos a divertirse un poco. Dos de ellos, Komori Eijun y Otsubo Jin'emon, entraron en un salón de té que estaba ante el templo de Kannon, en Asakusa, tuvieron una disputa con los empleados y recibieron una paliza. Esto lo oyeron los demás, que daban un paseo en barca, y Muto Rokuemon dijo: «Debemos volver y vengarnos». Yoshii Yoichiemon y Ezoé Jinbei estuvieron de acuerdo con

ello.

Sin embargo, los demás les disuadieron, diciendo: «Eso causaría disgustos al clan». Y se volvieron todos a casa.

Cuando llegaron a la mansión, Rokuemon volvió a decir: «¡Debemos vengarnos, decididamente!», pero los demás le disuadieron. Aunque Eijun y Jin'emon tenían graves heridas en las piernas, mataron a los empleados del salón de té, y el señor castigó a los que habían regresado.

Más tarde, hubo debates sobre los detalles del caso. Alguien dijo: «Los asuntos como la venganza no se acaban nunca si se espera a recibir el

consentimiento de los demás. Hay que tener la determinación de ir uno solo, aunque lo maten. La persona que habla con vehemencia de vengarse pero no hace nada al respecto es un hipócrita. Los astutos no hacen más que proteger su reputación para más adelante a base de hablar. Pero el verdadero valiente es el que sale en secreto sin decir nada y muere. No es necesario que consiga su propósito: ya es valiente por haberse hecho matar. Es muy probable que una persona así consiga lo que pretende».



Ichiyuken era un pinche de cocina

del señor Takanobu. Por una discusión sobre un combate de sumo, mató a seis o siete hombres y le mandaron que se suicidara. Pero cuando el señor Takanobu se enteró, indultó al hombre, y dijo: «En estos tiempos en que hay tantas guerras en nuestro país, los valientes son importantes. Parece que este hombre es valeroso». Así pues, el señor Takanobu se llevó a Ichiyuken a la batalla del río Uji, y este ganó fama sin igual adentrándose en cabeza y saqueando al enemigo en todos los encuentros.

En la batalla de Takagi, Ichiyuken se adentró tanto en las líneas enemigas que al señor Takanobu le pesó y le mandó a

gritos que volviera. Como la primera línea no había podido avanzar, el señor Takanobu sólo pudo hacerlo volver adelantándose rápidamente él mismo y tirándole de la manga de la armadura. Por entonces, Ichiyuken había recibido muchas heridas en la cabeza, pero se las había vendado con hojas verdes atadas con una toalla delgada.



El primer día del asedio al castillo de Hara, Tsuruta Yashichibei fue a transmitir a Oki Hyobu un mensaje del señor Mimasaka; pero cuando estaba comunicando el mensaje le atravesó la

pelvis una bala que habían disparado del castillo y cayó de bruces. Se levantó y terminó de comunicar el mensaje, lo hirieron por segunda vez y murió. Taira Chihyoei llevó el cuerpo de Yashichibei al campamento. Cuando Chihyoei regresaba al campamento de Hyobu, lo mataron también de un tiro de fusil.



Denko nació en Taku, y vivían por entonces su hermano mayor, Jirobei; su hermano menor, y su madre. Hacia el mes noveno, la madre de Denko se llevó al hijo de Jirobei a oír un sermón. Cuando llegó la hora de volver a casa,

el niño, al ponerse las sandalias, pisó sin querer a un hombre que estaba a su lado. El hombre riñó al niño, se enzarzaron en una disputa y por fin el hombre desenvainó la espada corta y lo mató. La madre de Jirobei se quedó pasmada, sujetó al hombre, y este la mató también. Hecho esto, el hombre se volvió a su casa.

Aquel hombre se llamaba Gorouemon y era hijo de un *ronin* llamado Nakajima Moan. Su hermano menor, Chuzobo, era un asceta que vivía en la montaña. Moan era asesor del señor Mimasaka, y Gorouemon percibía también sueldo de él.

Cuando se conocieron los hechos en

casa de Jirobei, su hermano menor salió camino de la casa de Gorouemon. Al ver que la puerta estaba cerrada por dentro y no salía nadie, habló disimulando su voz haciéndose pasar por un visitante. Cuando abrieron la puerta, gritó su nombre verdadero y cruzó la espada con la de su enemigo. Ambos cayeron al montón de la basura, pero al final murió Gorouemon. Entonces intervino Chuzobo, que mató al hermano menor de Jirobei.

Denko, al enterarse del incidente, fue inmediatamente a casa de Jirobei, y le dijo: «Sólo ha muerto uno de nuestros enemigos, mientras que nosotros hemos perdido a tres. Esto es muy lamentable;

¿por qué no matas a Chuzobo?». Pero Jirobei no quiso hacerlo.

A Denko le pareció que aquello era francamente vergonzoso, y aunque él era sacerdote budista, decidió matar al asesino de su madre, de su hermano menor y de su sobrino. Sin embargo, sabía que como él no era más que un sacerdote corriente, era muy posible que el señor Mimasaka tomara represalias, y por ello trabajó mucho y llegó a alcanzar el cargo de sacerdote principal del Ryuunji. Después, acudió al fabricante de espadas Iyonojo y le encargó una espada larga y otra corta, ofreciéndose a ejercer de aprendiz suyo, y hasta le permitieron participar en la

forja de las espadas.

El día veintitrés del mes noveno del año siguiente ya estuvo dispuesto para partir. Había llegado casualmente un huésped al templo. Denko mandó que se le sirviera de comer y salió en secreto de sus habitaciones de sacerdote principal disfrazado de seglar. Se dirigió a Taku y, cuando preguntó por Chuzobo, le dijeron que estaba con otros muchos que habían ido a contemplar la salida de la Luna, y comprendió, por tanto, que no podría hacer gran cosa. No quería perder tiempo, y le pareció que cumpliría con su intención matando al padre, Moan. Fue a la casa de Moan, se abrió camino hasta los dormitorios,

anunció su nombre y, cuando el hombre se estaba levantando, lo mató con la espada. Cuando la gente del barrio acudió corriendo y lo rodeó, explicó la situación, tiró las espadas y se volvió a su casa. La noticia llegó a Saga antes que él, y bastantes feligreses de Denko salieron de inmediato y lo acompañaron en el camino de vuelta.

El señor Mimasaka se indignó mucho, pero no podía hacer nada, porque Denko era sacerdote principal de un templo del clan Nabeshima. Por fin, por mediación de Nabeshima Toneri, envió un mensaje a Tannen, sacerdote principal del Kodenji, al que mandó decir: «Cuando un sacerdote ha matado

a un hombre, debe ser sentenciado a muerte». La respuesta de Tannen fue: «El castigo de un religioso depende del Kodenji. Te ruego que no intervengas».

El señor Mimasaka se enfadó todavía más, y preguntó: «¿Qué clase de castigo será ese?». Tannen respondió: «Aunque de nada sirve que lo sepas, ya que insistes en preguntarlo te daré una respuesta. La Ley [budista] dice que el sacerdote apóstata sea despojado de su túnica y expulsado».

Despojaron a Denko de su túnica en el Kodenji y, cuando lo expulsaron, algunos novicios se pusieron las espadas largas y cortas, y muchos feligreses salieron a protegerlo y lo

acompañaron hasta Todoroki. Por el camino aparecieron algunos hombres que parecían cazadores y preguntaron si el grupo procedía de Taku. Denko vivió desde entonces en Chikuzen, era bien recibido por todos y se trataba en términos de amistad con los samuráis. La historia circuló mucho, y se dice que lo trataron bien en todas partes.



Horie San'emon cometió el delito de robar el dinero del almacén de Nabeshima y huyó a otra provincia. Lo detuvieron, y confesó. La sentencia fue la siguiente: «Por este grave delito, se le

dará tormento hasta que muera», y se designó a Nakano Daigaku como oficial encargado de la ejecución. Primero le quemaron todo el pelo del cuerpo y le arrancaron las uñas. Después le cortaron los tendones, lo perforaron con taladros y le aplicaron otros tormentos. Él no hizo nunca ni un gesto de dolor, ni le cambió el color del rostro. Por fin, le partieron la espalda, lo cocieron en salsa de soja y le dejaron el cuerpo doblado en dos hacia atrás.



Una vez, cuando Fukuchi Rokurouemon salía del castillo, pasaba

ante la mansión del señor Taku el palanquín de una mujer que parecía de bastante categoría, y un hombre que estaba allí hizo la reverencia debida. Pero un alabardero del séquito del palanquín dijo al hombre: «No te has inclinado lo suficiente», y le dio un golpe en la cabeza con el asta de la alabarda.

Cuando el hombre se tocó la cabeza, vio que sangraba. Sangrando como estaba, se levantó, y dijo: «Has cometido un ultraje, a pesar de que yo me había comportado con cortesía. Tanto peor para ti». Dicho esto, abatió al alabardero de un solo tajo.

El palanquín siguió su camino, pero

Rokurouemon tomó su lanza, se encaró al hombre, y le dijo: «Guarda la espada. Está prohibido empuñar espadas en los terrenos del castillo».

El hombre dijo: «Lo que ha pasado era inevitable y he obrado obligado por las circunstancias. Tú lo habrás visto también, sin duda. Aunque quisiera envainar la espada, me resulta difícil hacerlo por el tono con que me has hablado. Sintiéndolo mucho, estoy dispuesto a aceptar tu desafío».

Rokurouemon soltó la lanza al momento y dijo en tono cortés: «Lo que has dicho es razonable. Me llamo Fukuchi Rokurouemon. Daré fe de que tu conducta ha sido admirable. Además, te

apoyaré aunque me cueste la vida. Ahora, guarda la espada».

«Con mucho gusto», dijo el hombre, y envainó la espada.

Rokurouemon preguntó al hombre de dónde era, y este le respondió que era un samurái al servicio de Taku Nagato no kami Yasuyori. Así pues, Rokurouemon le acompañó y explicó las circunstancias. Sin embargo, el señor Nagato sabía que la mujer del palanquín era la esposa de un noble, y mandó a su samurái que se hiciera el *seppuku*.

Rokurouemon se adelantó, y dijo: «Como he dado mi palabra de samurái, si a este hombre le mandan que se haga el *seppuku*, me lo haré yo antes».

Se dice que acabó así el caso sin que nadie acabara mal.



El señor Shima envió a su padre un mensajero con este recado: «Quisiera hacer la peregrinación al santuario de Atago, en Kyoto». El señor Aki preguntó: «¿Por qué motivo?». El mensajero respondió: «Atago es el dios del tiro con arco, y sus intenciones son pedir buena ventura en la guerra».

El señor Aki se enfadó, y respondió: «¡Eso es absolutamente inútil! ¿Es que la primera fila de los Nabeshima tiene algo que pedir a Atago? Aunque la

reencarnación de Atago combatiera en las filas enemigas, los de nuestra primera fila podrían cortarlo limpiamente en dos de un tajo».



Dohaku vivía en Kurotsuchibaru. Su hijo se llamaba Gorobei. Una vez, Gorobei llevaba un saco de arroz y se cruzó con un *ronin* del señor Kumashiro Sakyō, llamado Iwamura Kyunai. Los dos estaban reñidos por algún incidente previo, y Gorobei golpeó a Kyunai con su saco de arroz, provocó una discusión, le pegó y lo tiró a una zanja, y después se volvió a su casa. Kyunai gritó unas

amenazas a Gorobei y se volvió a su casa, donde contó el caso a su hermano mayor, Gen'emon. Los dos se dirigieron a casa de Gorobei a vengarse.

Cuando llegaron, la puerta estaba entornada y Gorobei los esperaba detrás con la espada en la mano. Gen'emon entró sin saberlo y Gorobei le dio un tajo en horizontal. Gen'emon, gravemente herido, salió a la calle cojeando y apoyándose en la espada a modo de bastón. Entonces, se abalanzó al interior Kyunai, que lanzó un tajo a Katsuemon, yerno de Dohaku, que estaba sentado junto a la lumbre. Rozó con la espada el gancho de colgar la olla y arrancó a Katsuemon la mitad de la cara.

Entre Dohaku y su esposa quitaron la espada a Kyunai.

Kyunai se disculpó, y dijo: «Ya me doy por satisfecho. Os ruego que me devolváis mi espada, y acompañaré a mi hermano a casa». Pero cuando Dohaku se la entregó, Kyunay le hirió en la espalda cortándole la mitad del cuello. Después volvió a cruzar la espada con Gorobei y los dos salieron de la casa y combatieron igualados, hasta que Kyunai cortó un brazo a Gorobei.

Entonces, Kyunai, que también tenía muchas heridas, se echó al hombro a su hermano mayor, Gen'emon, y volvió a su casa. Pero Gen'emon murió por el camino.

Las heridas de Gorobei eran numerosas. Aunque se le contuvo la hemorragia, murió por haber bebido agua.

La mujer de Dohaku perdió varios dedos. Dohaku tenía cortado el espinazo por el cuello, y como sólo tenía intacta la garganta, le colgaba la cabeza por delante. Dohaku fue a ver al cirujano sujetándose la cabeza con las manos.

El cirujano le aplicó el tratamiento siguiente. En primer lugar, aplicó a la mandíbula de Dohaku una mezcla de resina de pino y aceite y se la ató con ramio. Después, le ató la coronilla a una viga con una cuerda, le cosió la herida y le enterró el cuerpo en arroz para que no

podiera moverse.

Dohaku no perdió el conocimiento en ningún momento ni perdió su actitud normal, ni siquiera tomó ginseng. Se dice que sólo le dieron un poco de medicina estimulante el tercer día, cuando tuvo una hemorragia. Al final, se le soldaron los huesos y se recuperó sin secuelas.



Cuando el señor Mitsushige contrajo la viruela en Shimonoseki, Ikushima Sakuan le dio una medicina. Era un ataque de viruela muy grave, y sus sirvientes de todas las categorías

estaban bastante inquietos. De pronto, se le pusieron negras las pústulas. Los que le cuidaban se desanimaron y avisaron en secreto a Sakuan, que acudió al instante. Dijo: «Y bien, debemos dar gracias. Las pústulas se están curando. Pronto se habrá recuperado del todo sin complicaciones. Os lo garantizo».

Los que acompañaban al señor Mitsushige, al oírlo, pensaron: «Sakuan parece un poco trastornado. La situación se vuelve más desesperada todavía».

Sakuan rodeó entonces al enfermo de biombos, salió al cabo de un rato y administró al señor Mitsushige una dosis de medicina. Al paciente le sanaron muy pronto las pústulas y se recuperó por

completo. Sakuan dijo más tarde, en confianza, a cierta persona: «Cuando administré al señor esa única dosis de medicina, había tomado la determinación de que, en vista de que lo estaba tratando a solas, si no se recuperaba me abriría el vientre y moriría con él».



Cuando Nakano Takumi se estaba muriendo, se reunieron todos los de su casa, y él les dijo: «Debéis comprender que la determinación de un samurái está sujeta a tres condiciones: la condición de la voluntad del señor, la condición de

la vitalidad y la condición de la propia muerte».



En cierta ocasión, se habían reunido algunos hombres en la plataforma de la ciudadela del castillo, y uno dijo a Uchida Shouemon: «Se dice que eres maestro del arte de la espada; pero a juzgar por tu actitud cotidiana, tus enseñanzas deben de ser extrañísimas. Me imagino que si te pidieran que hicieras de *kaishaku*, en vez de cortar el cuello cortarías al hombre la tapa de los sesos».

Shouemon replicó: «No es así. Mira;

píntate un punto con tinta en el cuello, y verás cómo corto sin desviarme ni un pelo».



Nagayama Rokurozaemon viajaba por la carretera de Tokaido y llegó a Hamamatsu. Cuando pasaba ante una posada, se presentó ante su palanquín un mendigo, que le dijo: «Soy un *ronin* de Echigo. Estoy sin dinero y en circunstancias apuradas. De guerrero a guerrero, te ruego que me ayudes».

Rokurozaemon se enfadó, y dijo: «Eso de que los dos somos guerreros es una falta de cortesía. Yo en tu lugar, me

abriría el vientre. ¡En vez de ir mendigando por los caminos y cubriéndote de oprobio, ábrete el vientre aquí mismo!».

Se cuenta que el mendigo se marchó.



Makiguchi Yohei hizo de *kaishaku* para muchos hombres. Cuando un tal Kanahara tuvo que hacerse el *seppuku*, Yohei accedió a hacerle de *kaishaku*. Kanahara se clavó la espada en el vientre, pero cuando tenía que hacer el movimiento horizontal no pudo seguir. Yohei se acercó a su lado, y gritó: «¡Hey!», y dio un pisotón en el suelo.

Este impulso permitió a Kanahara darse el corte horizontal en el vientre. Se dice que, una vez terminado el *kaishaku*, Yohei derramó lágrimas, y dijo: «Aunque fue buen amigo mío...».

Contaba esta historia el señor Sukeemon.



Cuando cierta persona se hizo el *seppuku*, al cortarle la cabeza el *kaishaku* quedó colgando un poco de piel y la cabeza no se separó del cuerpo por completo. El inspector oficial dijo: «Queda algo». El *kaishaku* se enfadó, cogió la cabeza y, cortándola del todo,

la levantó a la altura de la vista, y dijo: «¡Mírala bien!». Se dice que aquello fue bastante espeluznante. Lo contaba el señor Sukeemon.



Antiguamente, se daban casos en que la cabeza salía despedida. Se dijo que era mejor dejar un poco de piel al cortar para que no saliese despedida hacia los inspectores oficiales. Sin embargo, en la actualidad, es mejor cortarla limpiamente.

Un hombre que había cortado cincuenta cabezas, dijo una vez: «En función de la cabeza, hay veces en que hasta el tronco del cuerpo te produce reacción. Cuando cortas sólo tres cabezas, no hay ninguna reacción al principio y puedes cortar bien. Pero cuando llegas a la cuarta o a la quinta, sientes bastante reacción. En cualquier caso, con lo importante que es esta

cuestión, no cometerás errores si no piensas más que en hacer caer la cabeza».



Cuando el señor Nabeshima Tsunashige era niño, ascendieron a Iwamura Kuranosuke a la categoría de anciano. En cierta ocasión, Kuranosuke vio que el pequeño Tsunashige tenía delante unas monedas de oro, y preguntó al samurái asistente: «¿Por qué has puesto esas monedas delante del joven señor?». El asistente respondió: «El señor acaba de enterarse de que ha recibido un regalo. Dijo que no lo había

visto todavía, de modo que lo traje para que lo viera». Kuranosuke riñó mucho a aquel hombre, diciéndole: «Poner estas cosas viles ante un personaje importante es el colmo del descuido. Deberías saber que tampoco se deben poner delante del hijo del señor. Los samuráis asistentes deberán tener mucho cuidado con estas cosas de ahora en adelante».

En otra ocasión, cuando el señor Tsunashige tenía unos veinte años, fue una vez a la mansión de Naekiyama para asistir a una fiesta. Cuando el grupo se acercaba a la mansión, el señor Tsunashige pidió un bastón. Su portador de sandalias, Miura Jibuzaemon, cortó un palo y se dispuso a entregárselo al

joven señor. Kuranosuke, al verlo, arrebató en seguida el palo a Jibuzaemon y le reprendió gravemente, diciéndole: «¿Es que quieres que nuestro joven señor se convierta en un perezoso? No se le debe dar un bastón aunque lo pida. Esto es un descuido por parte del samurái asistente».

Jibuzaemon fue ascendido más tarde a la categoría de *teakiyari*, y Tsunetomo oyó esta anécdota de sus propios labios.

Del capítulo IX

ESTANDO SHIMOMURA SHOUN de servicio en el castillo, el señor Naoshige dijo: «Qué maravilloso es que Katsushige tenga tanto vigor y fuerza para su edad. Vence en combates de sumo hasta a sus compañeros de mayor edad».

Shoun respondió: «Aunque yo soy un viejo, apuesto a que lo venzo en un combate de lucha sentados». Dicho esto, levantó a Katsushige de un tirón y lo

arrojó con tanta fuerza que le hizo daño. Añadió después: «Si presumes de fuerza antes de tener bien forjado el carácter, es muy posible que quedes avergonzado delante de la gente. Eres más débil de lo que pareces». Y se retiró.



En la época en que Matsuda Yohei era amigo íntimo de Ishii Jinku, aquel riñó con Nozoe Jinbei. Yohei envió a Jinvei un mensaje, diciéndole: «Haz el favor de venir para que arreglemos esta cuestión de una vez por todas». Entonces ambos salieron juntos y llegaron a la mansión de Yamabushi, en Kihara,

cruzaron el único puente que había y lo destruyeron. Allí debatieron las circunstancias de la disputa, y la examinaron desde todos los puntos de vista, llegando a la conclusión de que no tenían motivos para batirse en duelo. Pero cuando decidieron volverse a sus casas, recordaron que no tenían por dónde pasar.

Mientras buscaban un medio para cruzar el foso, vieron que se acercaban furtivamente los testigos a los que habían convocado los dos. Entonces se dijeron: «Ya no podemos volvernos atrás, y más nos vale pelear que quedar deshonrados por no hacerlo».

El combate duró algún tiempo. Yohei

cayó gravemente herido en la zanja que separaba dos campos de labor. Jinbei recibió también una herida grave y, con los ojos llenos de sangre, no encontraba a Yohei. Mientras Jinbei lo buscaba a tientas, Yohei pudo defenderse desde el suelo y lo abatió por fin. Pero cuando intentaba rematarlo, le faltaron las fuerzas en la mano y degolló a Jinbei empujando la espada con el pie.

Entonces llegaron los amigos de Yohei, que se lo llevaron a su casa. Cuando se restableció de sus heridas, le mandaron que se hiciera el *seppuku*. Llamó entonces a su amigo Jinku para beberse una copa de despedida con él.



Okubo Toemon, de Shioda, regentaba una taberna propiedad de Nabeshima Kenmotsu. El señor Okura, hijo de Nabeshima Kai no kami, era inválido y no salía de su casa, que estaba en una finca llamada Mino. Acogía a los luchadores de sumo y le gustaba tratarse con hombres pendencieros.

Los luchadores solían ir a los pueblos próximos y alborotar. Una vez fueron a la taberna de Toemon, bebieron sake y dijeron inconveniencias, hasta que riñeron con Toemon. Él se enfrentó

a ellos con una alabarda, pero como los otros eran dos, lo mataron.

Su hijo, Kannosuke, tenía quince años y estaba estudiando en el templo Jozeiji cuando se enteró del suceso. Salió al galope, se armó de una espada corta, de unos cuarenta centímetros de hoja, luchó contra los dos hombretones y los mató en poco tiempo. Aunque Kannosuke recibió trece heridas, se recuperó. Más tarde se llamó Doko, y dicen que fue un gran masajista.



Se dice que Tokunaga Kichizaemon se quejaba siempre de esta manera: «Ya

estoy tan viejo que, aunque hubiera una batalla, no podría hacer nada. Con todo, me gustaría morir adentrándome al galope en las filas enemigas para que me mataran. Sería vergonzoso morir en la cama, sin más».

Se dice que el sacerdote Gyojaku oyó contar esto cuando era novicio. Gyojaku tuvo por maestro al sacerdote Yomon, que era el hijo menor de Kichizaemon.



Cuando pidieron a Sagara Kyuma que ocupara el cargo de samurái jefe, dijo a Nabeshima Heizaemon: «El señor

me trata cada vez mejor, sin que yo lo merezca, y ahora me ha pedido que ejerza un alto cargo. No podré llevar bien mis asuntos, porque no tengo un buen samurái a mi servicio. Te pido que me traspases a tu samurái Takase Jibusaemon». Heizaemon le escuchó y le dio su consentimiento, diciendo: «Me agrada mucho que te hayas fijado en mi samurái. Haré lo que me pides».

Pero cuando contó esto a Jibusaemon, este dijo: «Daré yo mismo la respuesta al señor Kyuma». Fue entonces a casa de Kyuma y habló con él. Jibusaemon dijo a Kyuma: «Sé que es un gran honor que hayas pensado en mí y hayas pedido esto. Pero un samurái

es una persona que no puede cambiar de señor. Como tú eres de categoría alta, si fuera samurái tuyo, yo viviría en la abundancia, pero esa abundancia sería penosa para mí. Heizaemon es de poca categoría y pobre, y nos sustentamos de gachas de arroz. Pero esa vida es dulce para mí. Te ruego que reflexiones sobre esto».

Kyuma se quedó muy impresionado.



Cierto hombre salió de viaje y, al volver a su casa en plena noche, descubrió que se había metido en la casa un hombre que estaba cometiendo

adulterio con su mujer. Mató entonces al hombre. A continuación, rompió un tabique y cambió de sitio un saco de arroz, y después de disponer así las cosas declaró ante las autoridades que había matado a un ladrón. De esta manera no le pasó nada. Al cabo de algún tiempo se divorció de su mujer, y así terminó la cosa.



Cierta persona regresó a su casa, de viaje, y se encontró que su esposa estaba cometiendo adulterio con un samurái suyo en el dormitorio. Cuando se acercó a los dos, el samurái huyó por la cocina.

El hombre pasó entonces al dormitorio y mató a su mujer.

Llamó a la criada, le explicó lo sucedido, y le dijo: «Para librar de la deshonra a los hijos, debe hacerse pasar por una muerte por enfermedad, y tendrás que ayudarme. Si te niegas, bien puedo matarte a ti también por haber sido encubridora de este grave delito». «Si me perdonas la vida, haré como que no sé nada», respondió ella.

La criada ordenó la habitación y vistió el cadáver con la ropa de noche. Después, enviaron sucesivamente a dos o tres mensajeros a casa del médico con el recado de que la mujer había caído enferma repentinamente y mandaron, por

último, a otro mensajero con el encargo de que era demasiado tarde y ya no era preciso que viniera el médico. Llamaron al tío de la mujer y le explicaron la enfermedad, y quedó convencido. Todo se hizo pasar por una muerte por enfermedad y nadie supo la verdad. Al samurái lo despidieron más tarde. Este caso sucedió en Edo.



Era el día de Año Nuevo del año tercero de Keicho, en un lugar de Corea llamado Yolsan, cuando se presentaron los ejércitos de los Ming con cientos de miles de hombres, y los del ejército

japonés se quedaron atónitos y sin habla. El señor Naoshige dijo: «Vaya, vaya. ¡Sí que son muchos! Me pregunto cuántos centenares de miles serán».

Jin'emon dijo: «En Japón, cuando algo es incontable, decimos: “Tantos como los pelos de una ternera de tres años”. ¡Estos sí que serán tantos como los pelos de una ternera de tres años!».

Se dice que todos rieron y recobraron el ánimo.

Tiempo después, el señor Katushige le contó esto a Nakano Matabei cuando estaban de caza en el monte Shiroishi: «Nadie pronunciaba palabra, a excepción de tu padre, que dijo lo que te he contado».



Nakano Jin'emon decía siempre: «El que sirve cuando el señor lo trata bien, no es samurái. Pero el que sirve cuando el señor es despiadado e irracional, ese sí que es samurái. Debéis comprender bien este principio».



Cuando Yamamoto Jin'emon tenía ochenta años, cayó enfermo. Pareció en un momento dado que estaba a punto de suspirar, y alguien le dijo: «Adelante, suspira, te aliviarás». Pero él respondió:

«No haré tal cosa. Todos conocen el nombre de Yamamoto Jin'emon, que he llevado con honra durante toda una vida. No estaría bien que los míos me oyeran suspirar en el último momento». Se dice que no soltó un solo suspiro hasta el final.



Un hijo de Mori Monbei tuvo una pelea y volvió a su casa herido. Monbei le preguntó: «¿Qué hiciste a tu rival?», y su hijo le respondió: «Lo maté».

Cuando Monbei le preguntó: «¿Le diste el golpe de gracia?», su hijo

respondió: «Claro que sí»^[28].

Entonces Monbei dijo: «Lo has hecho muy bien, sin duda, y no hay nada de qué lamentarse. Ahora, aunque huyeras, tendrías que hacerte el *seppuku* igualmente. Cuando estés más animado, hazte el *seppuku*, y es mejor que mueras a manos de tu padre que en las de otro». Y al poco tiempo hizo de *kaishaku* de su propio hijo.



Un hombre del mismo grupo de Aiura Genzaemon cometió un acto vil y el jefe del grupo le entregó una nota en

la que lo condenaba a muerte, diciéndole que la llevara a casa de Genzaemon. Genzaemon leyó la nota, y dijo al hombre: «Aquí dice que debo matarte, de modo que acabaré contigo en el lado oriental del foso. Has practicado la esgrima..., ahora lucharás con todas tus fuerzas».

«Haré lo que dices», respondió el hombre, y salieron de la casa los dos solos.

Cuando habían avanzado unos veinte metros por el borde del foso, un samurái al servicio de Genzaemon gritó: «¡Eh! ¡Eh!», desde el otro lado. Cuando Genzaemon se volvía, el condenado le atacó con la espada. Genzaemon lo

esquivó retrocediendo, sacó la espada y mató al hombre. Después, volvió a su casa.

Se quitó la ropa que llevaba y la guardó en un cofre, y no volvió a enseñarla a nadie durante el resto de su vida. Tras su muerte, examinaron la ropa y vieron que estaba rasgada. Esto lo contó su hijo, Genzaemon.



Se dice que Okubo Doko observó:

Todo el mundo dice que el planeta se está acabando y no surgirán maestros

de las artes. Me considero incapaz de entenderlo. Las plantas, tales como las peonías, las azaleas y las camelias, seguirán dando flores hermosas aunque se esté acabando el mundo. Si los hombres reflexionaran un poco sobre esto, lo entenderían. Y si la gente observara a los maestros que hay, incluso en nuestros tiempos, dirían que sí hay maestros de las diversas artes. Pero a la gente se le ha metido en la cabeza la idea de que el mundo se está acabando, y ya no se esfuerzan. Es una pena. La culpa no es de los tiempos.



Cuando Fukahori Magoroku vivía todavía con su padre en calidad de hijo segundo no emancipado, fue una vez a cazar a Fukahori, y el samurái que estaba a su servicio lo tomó por un jabalí entre la maleza y le disparó con la escopeta, hiriéndolo en la rodilla y haciéndolo despeñarse por un barranco. El samurái, muy alterado, se desnudó de cintura para arriba y se disponía a hacerse el *seppuku*, cuando Magoroku le dijo: «Podrás abrirte el vientre más tarde. Ahora no me encuentro bien, tráeme agua para que beba». El samurái salió corriendo y trajo agua a su señor. Cuando volvió, estaba más tranquilo. El samurái intentó hacerse el *seppuku* de

nuevo, pero Magoroku se lo impidió a la fuerza. Cuando volvieron, después de dar la contraseña al centinela, Magoroku pidió a su padre, Kanzaemon, que perdonara al samurái.

Kanzaemon dijo al samurái: «Ha sido un error imprevisto, de modo que no te preocupes. No hay que acusar a nadie. Sigue haciendo tu trabajo».



Un hombre llamado Takagi tuvo una discusión con tres labradores de su aldea, le dieron una paliza en el campo y volvió a su casa. Su mujer le dijo: «¿Has olvidado cómo hay que morir?».

«¡Claro que no!», respondió él.

Su mujer repuso entonces: «En todo caso, sólo se muere una vez. Con todas las maneras de morir que existen: de enfermedad, en combate, haciéndose el *seppuku* o siendo decapitado, sería una vergüenza morir de manera ignominiosa». Y la mujer salió de la casa. Volvió al cabo de un rato, y al caer la noche acostó cuidadosamente a sus dos hijos, preparó unas antorchas, se vistió para entrar en combate, y dijo: «He salido antes a explorar el terreno y me ha parecido que los tres hombres estaban reunidos juntos, charlando. Este es el momento. ¡Vamos, aprisa!».

Dicho esto, salieron los dos, con el

marido en cabeza y provistos de antorchas y de espadas cortas. Irrumpieron donde estaban reunidos sus rivales y los dispersaron a cuchilladas; mataron a dos e hirieron al otro. Más tarde, el marido recibió la orden de hacerse el *seppuku*.

Del capítulo X

C

CIERTO SAMURÁI AL SERVICIO de Ikeda Shingen discutió con otro, lo arrojó al suelo, le dio una buena paliza y lo pisoteó, hasta que acudieron sus compañeros y los separaron. Los ancianos debatieron la cuestión, y dictaminaron: «El hombre que fue pisoteado debe ser castigado». Shingen lo oyó, y dijo: «Las peleas deben llevarse hasta el final. El hombre que olvida el Camino del Samurái y no se

sirve de su espada será maldito de los dioses y de los budas. Para dar ejemplo a los samuráis del futuro, los dos serán crucificados». Los que los separaron fueron desterrados.



En el manual militar de Yui Shosetsu, titulado *El Camino de las Tres Esencias*, se lee un pasaje sobre el carácter del karma^[29]. El autor había recibido una instrucción oral de unos dieciocho capítulos sobre el Valor Mayor y el Valor Menor. Ni la tomó por escrito ni llegó a aprendérsela de

memoria, sino que más bien se olvidó por completo. Después, cuando se encontraba ante situaciones reales, se guiaba por sus propios impulsos, y las cosas que había aprendido se convirtieron en sabiduría propia suya. Este es el carácter del karma.



En las situaciones dramáticas, úntate un poco de saliva en el lóbulo de la oreja y respira hondo, y así podrás superar cualquier cosa. Esta es una técnica secreta. Además, si se te sube la sangre a la cabeza, se te bajará en seguida si te aplicas saliva en la parte

superior de la oreja.



Cuando Tzu Ch'an estaba en su lecho de muerte, alguien le preguntó cómo debía gobernarse el país.

Respondió:

Nada mejor que gobernar con benevolencia. Sin embargo, es difícil aplicar la benevolencia suficiente para dirigir el país. Si se hace con tibieza, se caerá en el descuido. Si resulta difícil gobernar con benevolencia, lo mejor es gobernar con rigor. Gobernar con rigor significa ser rigurosos ante las cosas que surgen, y hacer las cosas de modo que no surjan males. Ser rigurosos cuando ya ha surgido el mal es como poner una trampa. Las personas que se han quemado una vez suelen manejar el fuego con

precaución. Las que no tienen respeto al agua suelen acabar ahogándose.



Cierta persona dijo: «Conozco la forma de la Razón y la de la Mujer». Cuando le pidieron que se explicase, dijo: «La Razón es cuadrada y no se mueve, ni siquiera en circunstancias extremas. La Mujer es redonda. Se puede decir que no distingue el bien del mal y que siempre va rodando de un lado a otro».



La etiqueta consiste, en esencia, en ser rápidos al principio y al final, y tranquilos en medio. Cuando Mitani Chizaemon oyó esto, dijo: «Es lo mismo que hacer de *kaishaku*».



Fukae Angen fue a ver al sacerdote Tesshu de Osaka, acompañado de un amigo suyo, y dijo a solas al sacerdote: «Este hombre quiere estudiar el budismo y confía en recibir tus enseñanzas. Es un hombre de miras bastante elevadas».

Poco después de la entrevista, el sacerdote dijo: «Angen es un hombre que hace daño a los demás. Dijo que este hombre era bueno, pero ¿dónde está su bondad?». Tesshu no veía en él ninguna bondad. No es recomendable alabar a las personas descuidadamente. Tanto los sabios como los necios se vuelven engreídos cuando los alaban. Alabar es hacer daño.



Cuando Hotta Kaga no kami Masamori era paje del shogún, era tan terco que el shogún quiso poner a

prueba su corazón^[30]. Para ello, calentó unas tenazas y las dejó en el hogar. Masamori tenía la costumbre de pasar al otro lado del hogar, coger las tenazas y saludar al señor. Esta vez, en cuanto cogió las tenazas sin sospechar nada, se quemó las manos. Sin embargo, hizo la reverencia sin inmutarse, y el shogún se levantó al instante y le quitó las tenazas.



Cierta persona dijo: «Cuando se va a rendir una fortaleza, mientras queden dentro uno o dos hombres decididos a resistir, no habrá unanimidad entre los

defensores, y al final nadie defenderá la fortaleza.

»Cuando se adelanta el jefe de los asaltantes a recibir las llaves de la fortaleza, si el hombre o los hombres que están dispuestos a no rendirse le disparan desde las sombras, el asaltante se alarmará y tendrá que seguir la batalla. En tal caso, habrá que tomar la fortaleza por la fuerza, aunque sea a disgusto. Esto es lo que llaman verse obligados a asediar una fortaleza por los defensores».



El sacerdote budista Ryozan escribió

algunos comentarios sobre las batallas de Takanobu. Otro sacerdote lo vio y le criticó, diciendo: «No es adecuado que un sacerdote escriba sobre un jefe militar. Por muy bueno que sea su estilo de escritor, puede interpretar mal las opiniones de un general famoso, por su falta de familiaridad con los asuntos militares. Es una falta de respeto dejar a las generaciones posteriores ideas falsas sobre un general famoso».



Cierta persona dijo: «En el mausoleo del Santo está escrita una poesía, que dice así:

*Al que sigue en su corazón
El camino de la sinceridad,
¿No lo protegerán los dioses,
Aunque no rece?*^[31]

»¿Cuál es este camino de la sinceridad?».

Otro le respondió, diciéndole:
«Parece que te gusta la poesía. Te responderé con otra:

*Como todo en el mundo es ilusión,
La única sinceridad es la muerte.*

»Se dice que seguir el camino de la

sinceridad consiste en hacer nuestra vida diaria como si estuviésemos muertos».



Se dice que si das un corte en una cara a lo largo, orinas encima y la pisas con sandalias de paja, se le desprende la piel. El sacerdote Gyojaku lo oyó decir cuando estuvo en Kyoto. Es un dato que merece la pena recordar.



Un samurái al servicio de

Matsudaira Sagami no kami viajó a Kyoto para encargarse de cobrar unas rentas y se alojó en una casa de la ciudad, donde alquiló una habitación. Un día que estaba en la puerta de la casa viendo pasar a la gente, oyó decir a un transeúnte: «Dicen que los hombres del señor Matsudaira tienen una pelea». El samurái pensó: «Me inquieta que mis compañeros tengan una pelea. Han venido algunos para relevar a los que están en Edo. Puede que sean esos». Preguntó al transeúnte dónde era la pelea, pero cuando llegó allí, sin aliento, ya habían abatido a sus compañeros, y sus rivales se disponían a rematarlos. Soltó un alarido, mató a los

dos hombres y se volvió a su alojamiento.

El hecho llegó a oídos de un funcionario del shogunato, que hizo llamar al hombre para interrogarlo.

«Interviniste en la reyerta de tus compañeros, contraviniendo así las ordenanzas gubernamentales. Esto es así sin ningún género de duda, ¿no es así?».

El hombre respondió: «Excelencia, yo soy hombre de campo y no entiendo todo lo que dice vuestra excelencia. ¿Le importa repetir lo que ha dicho?».

El funcionario se enfadó, y dijo: «¿Es que estás mal de los oídos? ¿Acaso no interveniste en una reyerta, vertiste sangre, contraviniste las ordenanzas del

Gobierno y transgrediste la ley?»).

Entonces, el hombre respondió: «Me parece que ya entiendo lo que dice vuestra excelencia. Aunque dice que he transgredido la ley y que he contravenido las ordenanzas del Gobierno, no he hecho tal cosa de ningún modo. Lo digo porque todos los seres vivos valoran sus vidas, y tanto más los seres humanos. Yo valoro mi vida más que nadie. Sin embargo, me pareció que si se oye decir que los amigos de uno tienen una pelea y se hace como que no se ha oído, eso no es seguir el Camino del Samurái; por eso fui corriendo al lugar de la pelea. Si me hubiera vuelto a mi casa con toda

desvergüenza después de ver que habían matado a mis amigos, seguramente habría vivido más años, pero eso también habría sido transgredir el Camino. Para seguir el Camino hay que dar la vida, con todo lo valiosa que es. Así pues, para seguir el Camino del Samurái y no transgredir las Ordenanzas de los Samuráis, di mi vida al momento en ese lugar. Ruego a vuestra excelencia que me haga ejecutar en seguida».

El funcionario se quedó muy impresionado y acabó por indultarle, y mandó decir al señor Matsudaira: «Tienes a tu servicio un samurái muy capacitado. Cuídalo bien».



Esta es una de las sentencias del sacerdote Bankei.

No apoyarse en las fuerzas del otro ni confiar en las fuerzas propias; suspender los pensamientos del pasado y del futuro y no vivir en la mente cotidiana... Así tendrás ante los ojos el Gran Camino^[32].

El árbol genealógico del señor Soma, con el título de *Chicken marokashi*, era el mejor de Japón. Una vez se declaró un incendio, y cuando su mansión ardía por los cuatro costados,

el señor Soma dijo: «No me importan la casa ni los muebles, aunque se quemara todo, porque son cosas que se pueden sustituir más adelante. Lo único que lamento es no haber podido salvar el árbol genealógico, que es el tesoro máspreciado de nuestra familia».

Uno de sus samuráis dijo: «Iré a sacarlo».

El señor Soma y los demás se rieron, mas el señor dijo: «La casa ya está envuelta en llamas. ¿Cómo podrás sacarlo?».

Aquel hombre no había sido nunca hablador ni había destacado por sus servicios, pero lo habían aceptado como asistente porque era hombre que hacía

las cosas de principio a fin. Dijo entonces: «No he prestado nunca grandes servicios a mi señor por lo descuidado que soy, pero he vivido con la determinación de que mi vida le resultase útil algún día. Parece que ha llegado ese día». Y saltó a las llamas.

Cuando se hubo apagado el incendio, dijo el señor: «Buscad sus restos. ¡Qué lástima!».

Lo buscaron por todas partes y el cadáver, quemado, apareció en el jardín contiguo a los dormitorios. Cuando lo movieron, le salió sangre del vientre. El hombre se había abierto el vientre para guardarse dentro el árbol genealógico, que no había sufrido ningún desperfecto.

Desde entonces, lo llamaron «el árbol genealógico de la sangre».



Cierta persona enseñaba lo siguiente. «Dentro de la tradición del *I Ching*, es un error suponer que sirve para la adivinación. Su esencia no es adivinatoria. Esto se aprecia en el hecho de que el ideograma chino “I” se interpreta como “cambio”. Aunque uno adivine buena suerte, si obra mal se convertirá en mala suerte. Y si adivina mala suerte, se convertirá en buena suerte si hace el bien.

»El dicho de Confucio: “Si me

aplico muchos años a la labor y acabo por aprender el cambio [I], no cometeré grandes errores”, no se refiere al estudio del *I Ching*. Significa que si se estudia la esencia del cambio y se sigue durante muchos años el Camino del Bien no se cometen errores».



Hirano Gonbei fue uno de los Hombres de las Siete Lanzas que atacaron la colina en la batalla de Shizugadake^[33]. Después de la batalla, le ofrecieron el cargo de *hatamoto* del señor Ieyasu. En cierta ocasión, estando

invitado en casa del señor Hosokawa, este dijo: «El valor del señor Gonbei es bien conocido en Japón. Es una verdadera lástima que un hombre tan valeroso ocupe un cargo tan bajo como el que ejerce ahora. No debes estar a gusto. Si quisieras ser samurái mío, te daría la mitad de mis dominios».

Gonbei no respondió; se levantó de pronto de su asiento, salió a la galería, se puso cara a la pared de la casa y orinó. Después dijo: «Si yo fuera samurái del señor, estaría mal visto que orinara aquí dentro».



El sacerdote Daiyu, de Sanshu, fue a visitar a un enfermo en cierto lugar, pero cuando llegó le dijeron: «Acaba de morir». El sacerdote Daiyu dijo: «No debería haber muerto todavía. ¿No habrá sido por un descuido del médico? ¡Qué lástima!».

Resultó que estaba presente el médico y oyó estas palabras desde el otro lado del *shoji*. Salió muy enfadado, y dijo: «He oído decir a vuestra reverencia que el hombre ha muerto por un descuido del médico. Bien puede ser así, ya que soy un médico muy torpe. He oído decir que en los sacerdotes se encierra la fuerza del Dharma. Hágame vuestra reverencia una demostración

devolviendo a la vida a este hombre, pues el budismo no vale nada sin estas pruebas».

Daiyu se quedó desconcertado con esto, pero le pareció imperdonable que un médico arrojara un baldón sobre el budismo, y dijo: «Te demostraré, en efecto, cómo se le devuelve la vida por medio de la oración. Haz el favor de esperar un momento. Debo ir a prepararme». Y regresó al templo. Volvió al poco tiempo y se sentó en meditación junto al cadáver. El muerto empezó a respirar poco después y, por fin, resucitó del todo. Se dice que vivió medio año más. Esto lo oyó contar el sacerdote Tannen en persona, de modo

que no hay posibilidad de error.

Cuando preguntaron a Daiyu cómo oró, respondió: «Yo no conocía ninguna oración apropiada, ya que en nuestra secta no se realizan estas prácticas. Me limité a poner mi corazón en el Dharma, volví al templo, tomé una espada corta que alguien había dejado en el templo a modo de ofrenda, la afilé y me la guardé en la túnica. Después, me senté ante el muerto y oré diciendo: “Si existe la fuerza del Dharma, vuelve a la vida ahora mismo”. En mi situación de compromiso, había tomado la resolución de abrirme el vientre y morir abrazado al cadáver si no volvía a la vida».



Cuando Yamamoto Gorozaemon acudió al sacerdote Tetsugyu, de Edo, para que le diera algunas lecciones de budismo, Tetsugyu le dijo: «El budismo es liberarse de la mente discriminadora. No es más que eso. Te puedo dar un ejemplo con el vocabulario del guerrero. El ideograma chino que significa “cobardía” [憶] se compone del ideograma “significado” [意] con el radical de “mente”. Pues bien, “significado” es “discriminación”, y cuando un hombre piensa con discriminación, se vuelve cobarde.

¿Acaso puede ser valeroso un hombre que sigue el Camino del Samurái cuando surge la discriminación? Supongo que esto te lo deja claro»^[34].



Según dijo un anciano, el que vence a un enemigo señalado en el campo de batalla es como el halcón que apresa a un pajarillo. Aunque se adentre entre una bandada de mil pájaros, no presta atención más que al que había elegido desde el primer momento.

Llamamos *tezuke no kubi* a la cabeza de un enemigo al que se vence

después de haber anunciado: «Voy a vencer a ese guerrero que lleva la armadura de tales y tales señas»^[35].



En el *Koyogunkan*, un personaje dice: «Cuando estoy frente al enemigo, me siento como si acabara de quedarme a oscuras. Por eso sufro graves heridas. Tú has luchado con muchos guerreros famosos y no te han herido nunca. ¿Por qué?».

El segundo personaje le responde: «Cuando estoy frente al enemigo, es como si estuviera a oscuras, por

supuesto. Pero si tranquilizo entonces la mente, es como una noche iluminada por una Luna pálida. Si ataco desde ese punto, tengo la sensación de que no me herirán». Esta es la situación a la hora de la verdad.



Si una bala de mosquete da en la superficie del agua, rebota. Se dice que si se hace una muesca en la bala con un cuchillo o mordiéndola, penetra en el agua. Por otra parte, cuando el señor sale de caza o en ocasiones parecidas, puede ser muy útil llevar marcadas las propias balas con una señal, para

determinar responsabilidades en caso de accidente.



Un día, cuando los señores Owari, Kii y Mito tenían unos diez años, el señor Ieyasu estaba con ellos en el jardín y derribó un avispero grande^[36]. Salieron muchas avispas, y los señores Owari y Kii se asustaron y huyeron. Pero el señor Mito se quitó de la cara las avispas, las tiró una a una y no huyó.

En otra ocasión, el señor Ieyasu estaba asando una gran sartén de castañas e invitó a los niños a que lo

acompañaran. Cuando las castañas se calentaron, todas empezaron a estallar a la vez. Dos de los niños se asustaron y se retiraron. Pero el señor Mito no se asustó en absoluto, cogió las que habían saltado y volvió a echarlas a la sartén.



Eguchi Toan fue a estudiar medicina a casa del anciano Yoshida Ichian, en el barrio de Bancho, en Edo. Había por entonces en el barrio un maestro de esgrima, y Toan asistía a veces a sus lecciones. Otro alumno, que era *ronin*, se despidió un día de Toan, y le dijo: «Ahora voy a cumplir un viejo deseo,

que tenía desde hacía muchos años. Si te lo digo es porque siempre has sido amable conmigo». Y se marchó. Esto intranquilizó a Toan, que lo siguió, y vio venir a un hombre que llevaba un sombrero de paja trenzada.

El maestro de esgrima caminaba a seis u ocho metros por delante del *ronin*, y cuando se cruzó con el hombre del sombrero le dio un golpe fuerte en la vaina de la espada con la suya. Cuando el hombre volvió la vista, el *ronin* le tiró el sombrero al suelo de un golpe y gritó que quería venganza. Aquella confusión distrajo al hombre, al que mató con facilidad. De las mansiones y casas próximas surgieron grandes

aclamaciones. Se dice que hasta hicieron una colecta a su favor. Esta era una de las anécdotas favoritas de Toan.



Una vez que el sacerdote Ungo de Matsushima cruzaba las montañas de noche, lo detuvieron unos bandidos. Ungo dijo: «Soy un hombre de esta región, no soy peregrino. No llevo ningún dinero, pero podéis quedaros esta ropa si queréis. Os ruego que me perdonéis la vida».

Los bandidos dijeron: «Nuestro trabajo ha sido en vano. No necesitamos ropa». Y se marcharon.

Cuando estaban a cosa de doscientos metros de distancia, Ungo volvió atrás, y les dijo: «He quebrantado el mandamiento que prohíbe mentir. Olvidé, en mi confusión, que llevaba una moneda de plata en la faltriquera. Lamento mucho haber dicho que no llevaba nada. Aquí la tenéis; tomadla, os lo ruego». Los bandidos de las montañas se quedaron muy impresionados, se cortaron el pelo ahí mismo y se hicieron discípulos suyos.



En Edo se reunieron una noche cuatro o cinco *hatamotos* a jugar una

partida de go. En un momento dado, se levantó uno para ir al retrete, y durante su ausencia surgió una disputa. Dieron una cuchillada a un hombre, se apagaron las luces y reinaba la confusión. Cuando volvió corriendo el que había salido, gritó: «¡Tranquilos todos! Aquí no ha pasado nada. Volved a encender las luces, yo me haré cargo de esto».

Cuando volvieron a encender las luces y se hubieron tranquilizado todos, el hombre cortó de pronto la cabeza al otro que había intervenido en la reyerta. Dijo después: «Para mi desgracia como samurái, no estuve presente en la pelea. Si esto se interpretara como un acto de cobardía, me mandarían que me hiciera

el *seppuku*. Aunque así no fuera, no tendría excusa si dijeran que había huido al retrete, y tampoco me quedaría más recurso que el *seppuku*. Si he hecho esto ha sido porque prefiero morir habiendo matado a un rival que por haberme deshonrado yo solo».

Cuando el shogún se enteró de esto, transmitió su felicitación a aquel hombre.



Una vez viajaban juntos por las montañas diez masajistas ciegos, y cuando tuvieron que pasar por lo alto de un precipicio empezaron a andar con

mucha cautela, les temblaban las piernas y les dominó el terror. Entonces, el que iba por delante tropezó y se cayó por el precipicio. Los que quedaron, gritaron todos: «¡Ay! ¡Ay! ¡Qué pena!».

Pero el masajista que había caído, gritó desde el fondo del precipicio: «No os asustéis. Aunque he caído no ha sido nada. Ahora estoy bastante tranquilo. Antes de caer, no hacía más que pensar: “¿Qué haré si me caigo?”, y mi angustia no tenía límites. Pero ahora ya estoy tranquilo^[37]. ¡Si vosotros queréis quedaros tranquilos también, caed en seguida!».



Hojo Awa no kami reunió una vez a sus discípulos de artes marciales e hizo venir a un fisonomista de Edo, que era famoso por entonces, para que dictaminara si eran valientes o cobardes. Hizo que el hombre los inspeccionara uno a uno, y les decía: «Si te declara valiente, deberás esforzarte todavía más. Si te declara cobarde, deberás esforzarte hasta entregar la vida. El carácter es cosa de nacimiento, no hay de qué avergonzarse».

Hirose Denzaemon tenía entonces doce o trece años. Cuando se sentó ante

el fisonomista, le dijo con voz áspera: «¡Si me declaras cobarde, te mato de un solo tajo!».



Cuando hay que decir algo, es mejor decirlo en seguida. Si se dice más tarde, parecerá una excusa. Además, a veces es bueno abrumar a tu adversario. Podemos añadir que si no sólo dices lo suficiente, sino que enseñas a tu adversario algo que le beneficie, habrás alcanzado la mejor de las victorias. Este principio se ciñe al Camino.



El sacerdote Ryoji dijo:

A los samuráis antiguos les mortificaba la idea de morir en la cama: su máximo deseo era morir en el campo de batalla. También el sacerdote debe tener esta determinación si quiere seguir el Camino. El hombre que se recluye y evita el trato con los hombres es un cobarde. La idea de que se puede hacer algún bien recluyéndose es fruto de los malos pensamientos. Pues aunque ese hombre consiga algo a base de recluirse, no podrá

abrir el camino para las
generaciones posteriores
transmitiendo las tradiciones del
clan.



Amari Bizen no kami, samurái al servicio de Takeda Shingen, murió en combate, y su hijo Tozo, de dieciocho años, pasó a ocupar el cargo de su padre, el de guerrero de a caballo adjunto a un general. Una vez, un hombre de su grupo sufrió una herida grave y, como no se le cortaba la hemorragia, Tozo le mandó que bebiera estiércol de caballo rucio desleído en agua. El

herido dijo: «¿Cómo voy a beber estiércol de caballo? Tengo apego a la vida».

Tozo lo oyó, y dijo: «¡Qué valor tan admirable el de este guerrero! Lo que dices es razonable. Sin embargo, la lealtad más elemental nos exige que conservemos la vida y vencamos en el campo de batalla sirviendo a nuestro señor. Lo beberé yo, entonces». Y bebió un poco de la medicina. Entregó después el cuenco al hombre, que se la bebió de buena gana y se recuperó.

Del capítulo XI

EN LAS *NOTAS SOBRE LAS LEYES DE LA GUERRA*, se lee lo siguiente:

El principio «Primero vencer, después combatir», se puede resumir diciendo: «Vencer de antemano». La preparación militar para los tiempos de guerra es una tarea propia de los tiempos de paz. Con quinientos aliados se puede vencer a un ejército de diez mil enemigos.

Cuando avances sobre la fortaleza enemiga y retrocedas después, no te retires por el camino principal, sino por caminos secundarios.

Debes dejar a los muertos y a los heridos de tu bando boca abajo, mirando hacia el enemigo.

Por supuesto, el guerrero debe aspirar a estar en primera fila en los ataques y en la retaguardia en las retiradas. Al atacar, no olvida esperar el momento oportuno. Al esperar el momento oportuno, no olvida nunca atacar.



Se suele considerar que los yelmos soy muy pesados, pero no nos lo parece en absoluto cuando atacamos un castillo o fortaleza y caen las flechas, las balas, las piedras y los troncos.



En cierta ocasión, cuando el señor Yagyu estaba ante el shogún en visita oficial, cayeron de pronto del techo unas espadas de bambú. Él levantó inmediatamente los brazos y juntó las manos sobre la cabeza, y no recibió

ningún golpe.

En otra ocasión, el shogún lo mandó llamar y lo esperó escondido con una espada de bambú, dispuesto a darle un golpe. El señor Yagyu dijo en voz alta: «Para aprender disciplina, ¡no mires!». El shogún se volvió, y el señor Yagyu se adelantó y le quitó la espada de la mano.



El que pida a los dioses que no lo hieran las flechas del enemigo, no conseguirá nada. Sin embargo, si alguien pide que no lo hiera la flecha de un soldado raso sino la de un guerrero famoso, se le concederá.



Las campanillas eólicas se utilizan en las campañas militares para saber de dónde sopla el viento. En los ataques nocturnos, se puede prender fuego al campamento enemigo a favor del viento mientras se ataca por el otro lado. Tus aliados también deben ser conscientes de ello. Dispón siempre campanillas eólicas para saber de dónde sopla el viento.



El señor Aki afirmaba que no quería que sus descendientes aprendiesen táctica militar. Decía: «En el campo de batalla, cuando se empieza con la prudencia, no se acaba nunca. No se rompen las líneas enemigas a base de prudencia. Cuando estamos ante el cubil del tigre, debemos portarnos con temeridad. Por eso, el que está al corriente de la táctica militar tiene muchas dudas y no acaba nunca. Mis descendientes no estudiarán la táctica militar».



El señor Naoshige dijo lo siguiente:

Todo joven samurái debe tener en cuenta una cosa. En tiempo de paz, cuando se oigan relatos de batallas, nunca debe decirse: «¿Qué haría uno en tal situación?». Estas palabras están fuera de lugar. ¿Cómo podría conseguir nada en el campo de batalla el hombre que duda hasta cuando está en su propio cuarto?

Según cierto dicho: «En todas las circunstancias debes estar decidido a vencer. Tu lanza debe ser la primera que hiera». Aunque hayas puesto tu vida en el tablero, si la situación no marcha como esperabas, no tendrás nada que

hacer.



Takeda Shingen dijo una vez: «Si hubiera un hombre capaz de matar al señor Ieyasu, yo le daría una buena recompensa». Un muchacho de trece años que le oyó entró al servicio del señor Ieyasu, y una noche, cuando vio que se había retirado Ieyasu, le clavó una puñalada en la cama. El señor Ieyasu estaba en realidad en la habitación contigua, leyendo un sutra, pero acudió en seguida e inmovilizó al muchacho.

En el juicio, el muchacho explicó los

hechos con sinceridad, y el señor Ieyasu dijo: «Me pareciste un joven excelente y te había contratado de buena fe. Ahora tengo todavía mejor concepto de ti». Y devolvió al muchacho a Shingen^[38].



Una noche, estaban reunidos unos samuráis de Karatsu jugando al go. El señor Kitabatake observaba la partida, y al hacer un comentario sobre una jugada, un hombre le atacó espada en mano. Cuando los samuráis lo sujetaron, el señor Kitabatake apagó la vela con los dedos, y dijo: «Ha sido una indiscreción

por mi parte, de lo que me disculpo. La espada ha dado en el tablero de *go*; no tengo ninguna herida».



Encendieron de nuevo la vela, pero cuando el hombre acudió a reconciliarse

y a ofrecerle una copa de sake, Kitibatake le cortó la cabeza de un tajo. Dijo después: «Tenía una herida en el muslo y no pude presentar resistencia; pero me la vendé con la túnica y he podido hacer esto apoyándome en el tablero de go». Dicho esto, murió.



No hay nada tan doloroso como el remordimiento. A todos nos gustaría vernos libres de él. Sin embargo, cuando estamos muy alegres y nos regocijamos, o cuando tenemos la costumbre de hacer las cosas sin reflexionar, después lo sentimos, sobre todo por no haberlo

pensado antes, y tenemos remordimientos. Debemos procurar, desde luego, no deprimirnos, y cuando estemos muy alegres debemos tranquilizar la mente.



He aquí unas enseñanzas de Yamamoto Jin'emon:

La perseverancia todo lo puede.

Ten atado hasta al pollo asado.

No dejes de espolear al caballo
que galopa.

El que te critica abiertamente no es

traidor.

Un hombre vive una generación,
pero su nombre perdura hasta el
fin de los tiempos.

El dinero siempre se encuentra
cuando se busca.

No es tan fácil encontrar un hombre
bueno.

Si caminas con un hombre de
verdad, te contará al menos
siete mentiras en cien pasos.

Preguntar lo que ya sabes es
cortesía. Preguntar lo que no
sabes es un deber.

Envuelve tus intenciones en agujas
de pino.

No debes abrir mucho la boca ni

bostezar delante de la gente.
Cúbrete con la manga o el
abanico.

El sombrero de paja y el yelmo se
deben llevar inclinados hacia
delante.



Uno de los principios del arte de la guerra es que debemos limitarnos a entregar la vida y atacar. Si nuestro rival hace otro tanto, el combate estará igualado. En esas condiciones, vencer al rival será cuestión de fe y del destino.

No debemos enseñar a nadie nuestro dormitorio. Los momentos del sueño

profundo y del despertar son muy importantes. Hay que tenerlo en cuenta. Esto está tomado de un relato de Nagahama Inosuke.



El que sale para el campo de batalla debe llevar un saco de arroz. Llevará ropa interior de piel de tejón: así no tendrá piojos. Los piojos son molestos en una campaña larga.

Al ver al enemigo, existe un modo de conocer su fuerza. Si lleva la cabeza agachada, parecerá negro, y es fuerte. Si tiene la cabeza levantada, parecerá blanco, y es débil. Esto está tomado de

un relato de Natsume Toneri.



El guerrero que conserva apego a la vida y a la muerte no servirá de nada. El principio de que «todas las capacidades surgen de una sola mente» parece que tiene que ver con el mundo sensible, pero en realidad es una cuestión de perder el apego a la vida y a la muerte. Con esta falta de apego se puede conseguir cualquier hazaña. Las artes marciales y otras semejantes se basan en este principio en la medida en que pueden conducirnos al Camino.



Para tranquilizar la mente, traga saliva. Es una técnica secreta. Cuando te enfades, haz lo mismo. También es bueno aplicarse saliva en la frente. En la escuela Yoshida de tiro con arco, tragar saliva es el principio secreto del arte.



Cierto general dijo: «Los soldados que no sean oficiales y que quieran probar la resistencia de sus armaduras, que prueben sólo la de la parte delantera. Por otra parte, aunque los

adornos de las armaduras son innecesarios, hay que cuidar mucho el aspecto del yelmo. Va con su cabeza al campamento enemigo».



Nakano Jin'emon dijo: «De nada sirve aprender cosas tales como la táctica militar. El que no ataca cerrando los ojos sin más y abalanzándose sobre el enemigo, aunque esté a un paso, no servirá de nada». Iyanaga Sasuke opinaba lo mismo.



En los *Relatos militares*, de Natsume Toneri, se lee: «¡Mirad a los soldados de nuestros tiempos! Ni siquiera en las batallas largas se dan uno o dos casos en que la sangre se lave con sangre. No debemos ser negligentes». Toneri era un *ronin* de la región de Kamigata.

居合道



No es bueno celebrar las ejecuciones en lugares de paso de viajeros. Con las ejecuciones de Edo y

la región de Kamigata se pretende dar ejemplo para todo el país. Pero las ejecuciones de una provincia sólo deben servir de ejemplo para esa provincia. Si hay muchos delitos, es una deshonra para la provincia. ¿Qué impresión dará a las demás?

Con el paso del tiempo, el delincuente olvida la causa de su delito; es mejor ejecutarlo inmediatamente.



Matsudaira Izu no kami dijo al maestro Mizuno Kenmotsu: «Eres un hombre muy útil; lástima que seas tan corto de estatura».

Kenmotsu respondió: «Es verdad. A veces, las cosas de este mundo no están dispuestas como quisiéramos. Si ahora te cortara la cabeza y me subiera encima sería más alto. Pero son cosas que no se pueden hacer».



Cierto viajero pasaba por el pueblo de Yae cuando sintió un dolor de estómago repentino. Llamó a una casa de una calle secundaria y pidió que le dejaran usar el retrete. Sólo estaba en la casa una mujer joven, pero le acompañó a la parte de atrás de la casa y le enseñó dónde estaba el retrete. Cuando el

hombre se estaba quitando el *hakama* para hacer sus necesidades, se presentó el marido de la mujer y los acusó de adulterio a los dos. Al final, la cosa se llevó a juicio público.

El señor Naoshige oyó el caso, y dijo: «Aunque no se trate de un adulterio, quitarse el *hakama* donde está una mujer sola equivale a un adulterio, y lo mismo puede decirse de la mujer que permite que alguien se desnude no estando en casa su marido».

Se cuenta que condenaron a muerte a los dos por ese episodio.



Al estudiar una fortaleza enemiga, se aplica este dicho: «El humo y la neblina son como contemplar una montaña en primavera. Después de la lluvia, es como ver un día despejado». La claridad perfecta tiene sus debilidades.



Algunas frases de los grandes generales fueron pronunciadas sin darles importancia. Pero nosotros debemos recibirlas dándoles la importancia que merecen.



Las personas de aspecto inteligente no destacarán aunque hagan las cosas bien, y si las hacen de manera normal, la gente opinará que se han quedado cortas. Sin embargo, cuando la persona a la que se atribuye carácter delicado hace una cosa aunque sólo sea medianamente bien, recibirá las alabanzas de la gente.



El día catorce del séptimo mes del año tercero de Shotoku, había varios cocineros en el exterior del reducto del castillo ocupándose de los preparativos para el festival de Bon. Uno de ellos, Hara Jurozaemon, sacó la espada y cortó

la cabeza a Sagara Genzaemon. Mawatari Rokuemon, Aiura Tarobei, Koga Kinbei y Kakihara Riemon huyeron todos despavoridos. Cuando Jurozaemon vio a Kinbei y lo persiguió, este huyó a la zona de reunión de los soldados de a pie. Allí, el asistente del palanquín del daimyo, llamado Tanaka Takeuemon, plantó cara a Jurozaemon y le arrebató la espada, que todavía llevaba en la mano. Ishimaru San'emon persiguió a Jurozaemon, y cuando llegaron a la zona de los soldados de a pie, ayudaron a Takeuemon.

Los castigos se impartieron el día veintinueve del undécimo mes del mismo año. A Jurozaemon lo ataron con

sogas y le cortaron la cabeza. A Rokuemon, Tarobei, Kinbei y Riemon los desterraron, y a San'emon le ordenaron que se retirara del servicio. A Takeuemon le dieron tres monedas de plata como recompensa.

Se dijo más tarde que Takeuemon no había obrado con prontitud, porque no ató al hombre en seguida.



Entre los samuráis al servicio de Takeda Shingen había hombres de valor sin igual, pero cuando Katsuyori murió en el combate de Tenmokuzan, todos huyeron. Sin embargo, Tsuchiya Sozo,

que era un guerrero que había caído en desgracia hacía muchos años, se adelantó solo, y dijo: «¿Dónde se habrán metido esos hombres que hablaban todos los días con tanto valor? Voy a devolver a mi señor lo que ha hecho por mí». Y cayó él solo en combate.



La esencia del arte de hablar se encuentra en no hablar. Si consideras que puedes llevar a cabo algo sin hablar, hazlo sin decir palabra. Si algo no se puede hacer sin hablar, deben pronunciarse pocas palabras, dentro de lo razonable.

Es vergonzoso abrir la boca indiscriminadamente, y se dan muchos casos en que la gente da la espalda al que lo hace.



El practicante del *Nembutsu* recita el nombre del buda en cada inspiración y espiración, para no olvidarse nunca del buda. El samurái también debe pensar en su señor de este modo. Lo más fundamental para el samurái es no olvidarse de su señor.



Los hombres que se portaron bien a la hora de su muerte fueron verdaderos valientes. Hay muchos ejemplos. Pero de los que hablan todos los días con mucho talento pero se ponen nerviosos a la hora de morir, se sabe que no tuvieron verdadero valor.



Entre las enseñanzas secretas de Yagyu Tajima no kami Munenori se encuentra este principio: «Para el hombre fuerte no hay táctica militar». Prueba de ello fue el caso de un vasallo del shogún que se presentó en cierta ocasión ante el maestro Yagyu y le pidió

que lo recibiera como discípulo. El maestro Yagyū dijo: «Me parece que eres un practicante consumado de alguna escuela de artes marciales. Dime el nombre de tu escuela antes de que cumplimentemos el contrato entre maestro y discípulo».

Pero el hombre respondió: «No he practicado nunca alguna arte marcial».

El maestro Yagyū dijo: «¿Es que has venido a burlarte de Tajima no kami? O mucho me equivoco, o eres maestro del shogún». Pero el hombre juró lo contrario, y el maestro le preguntó: «Siendo de tal forma, ¿no tienes ningún principio profundo?».

El hombre respondió: «Cuando era

niño, comprendí de pronto que el guerrero es un hombre que no tiene apego a la vida. Me lo he grabado en el corazón durante muchos años, se ha convertido en una seguridad profunda, y ahora ya no pienso nunca en la muerte. No tengo ningún principio especial, aparte de este».

El maestro Yagyu se quedó muy impresionado, y dijo: «Estaba en lo cierto. El principio más profundo de mi táctica es ese mismo. Hasta ahora, no había otorgado el título de maestro en este principio más profundo a ninguno de mis centenares de discípulos. A ti no te hace falta tomar la espada de madera. Te iniciaré ahora mismo». Y se dice que

le entregó inmediatamente el documento
certificativo del título.

Esto lo contaba Muragawa Soden.



Debemos meditar todos los días sobre la inevitable muerte. Diariamente, cuando tengamos el cuerpo y la mente en paz, debemos imaginarnos que nos destrozan las flechas, las balas, las lanzas y espadas, que se nos llevan las grandes olas, que nos arrojan a una hoguera, que nos cae un rayo, nos mata un gran terremoto, nos caemos por un acantilado de doscientos metros, nos morimos de enfermedad o nos hacemos

el *seppuku* al morir nuestro señor. Y debemos darnos por muertos todos los días, sin excepción.

Hay un proverbio de los ancianos: «En cuanto sales de la sombra del tejado, eres hombre muerto. En cuanto sales por la puerta, el enemigo está el acecho». Este proverbio no recomienda prudencia. Recomienda que te des por muerto de antemano.



Si destacas demasiado a una edad muy temprana, te ganarás enemigos y no conseguirás nada. Es mejor que asciendas poco a poco en el mundo,

para que la gente se ponga de tu parte y tengas así asegurada la felicidad.

A la larga, ya subas deprisa o despacio, no correrás ningún peligro si la gente te comprende. Se dice que la fortuna más eficaz es la que los demás te desean.



Los guerreros antiguos se dejaban bigote, pues los enemigos, para demostrar que se había matado a un hombre en la batalla, le cortaban las orejas y la nariz y las llevaban a su campamento. También cortaban con la nariz el labio superior con el bigote,

para demostrar que se trataba de hombre y no de mujer. En aquellos tiempos, las cabezas que no tenían bigote se despreciaban, pues podían confundirse con cabezas de mujer. Por eso, una de las disciplinas del samurái era dejarse bigote, para que no tiraran su cabeza cuando muriera.

Tsunetomo decía; «Al que se lava la cara con agua todas las mañanas, no le cambia el semblante cuando lo matan».



El término «persona del norte»^[39] procede de una tradición sobre la

educación correcta. Las parejas deben poner las almohadas al oeste, y el hombre, tendido en el lado sur, mirará hacia el norte, mientras la mujer, tendida al lado norte, mirará hacia el sur^[40].



Al criar a un niño, lo primero que se debe fomentar en él es el sentido del valor. El niño, desde pequeño, debe respetar al señor como a sus padres, y debe aprender las normas de cortesía y etiqueta diaria, a servir a los demás, a hablar correctamente, a dominarse a sí mismo, e incluso el modo correcto de

andar por la calle. Así se educaba a nuestros mayores. Cuando no se esfuerza en hacer las cosas bien, habrá que reñirle y dejarlo todo el día sin comer. También es una de las disciplinas del samurái.

En cuanto a las niñas, lo más importante es enseñarle castidad desde pequeñas. No debe estar a menos de dos metros de un hombre, ni mirar a los hombres a la cara, ni tomar las cosas directamente de sus manos. Tampoco debe salir de excursión ni a ver templos. La mujer que ha recibido una formación estricta y ha soportado con paciencia la vida dura en su casa, no se deprimirá cuando esté casada.

Hay que instruir a los niños pequeños a base de premios y castigos. Si nos descuidamos al vigilarlos para ver si hacen lo que se les manda, los niños se vuelven egoístas, y más tarde cometerán fechorías. Hay que tener mucho cuidado con esto.

Divagaciones a medianoche

TODO SAMURÁI DEL CLAN Nabeshima debe tener la intención de estudiar la historia y las tradiciones de nuestra provincia. Sin embargo, en nuestros tiempos se desprecian los estudios locales. Con estos estudios pretendemos, sobre todo, comprender la fundación de nuestro clan y saber que los primeros padres del clan lo

establecieron para que durara perpetuamente gracias a su sufrimiento y a su compasión. Nuestro clan ha perdurado de manera inigualable hasta nuestros tiempos gracias a la humanidad y al valor militar del señor Ryuzoji Iekane, la caridad y la fe del señor Nabeshima Kiyohisa, y el porte y la fuerza de los señores Ryuzoji Takanobu y Nabeshima Naoshige.

No entiendo ni por lo más remoto por qué las gentes de esta generación han olvidado estas cosas y respetan a los budas de otras partes. Ni el Buda Sakyamuni, ni Confucio, ni Kusunoki ni Shingen fueron samuráis de los Ryuzoji ni de los Nabeshima; por eso, no puede

decirse que estén en armonía con las costumbres de nuestro clan. En tiempos de guerra y de paz bastaría con que todos, tanto los de clase alta como baja, venerásemos a nuestros antepasados y estudiásemos sus enseñanzas. Toda persona venera al jefe del clan o de la disciplina a la que pertenece. El estudio de cosas ajenas es inútil para los samuráis de nuestro clan. Podría creerse que no está mal que estudiemos otras disciplinas como pasatiempo cuando hayamos concluido nuestros estudios locales. Sin embargo, si la persona entiende bien los estudios locales descubrirá que en ellos tiene materia suficiente para todo.

En nuestros tiempos, si una persona de otro clan nos preguntara por el origen de los Ryuzoji y de los Nabeshima, o por qué se trasladó el señorío de los primeros a los segundos, o si nos dijeran, por ejemplo: «He oído decir que los Ryuzoji y los Nabeshima son los más destacados de Kyushu por sus hazañas militares, pero ¿podrías darme algunos detalles?», supongo que un hombre que no hubiera realizado estudios locales sería incapaz de responder una sola palabra.

El samurái al servicio de un señor no debe ocuparse de nada más que de cumplir su misión. A la mayoría de las personas les disgusta su trabajo, les

parece más interesante el de los demás, tienen malos entendidos y provocan desgracias. Como buenos ejemplos de hombres que cumplieron su deber en su trabajo, podemos fijarnos en los señores Naoshige y Katsushige. Los samuráis de aquellos tiempos cumplían siempre su deber. Se buscaba entre los hombres de clase alta a los que podían ser útiles, y los de clase baja querían servir. Las dos clases estaban en armonía, y así se mantenía firme la fuerza del clan.

En todas nuestras generaciones de maestros no ha existido nunca ninguno malo ni necio, y en los últimos tiempos no ha existido ninguno que fuera menos que el primero de los *daimyos* de Japón.

Es un clan verdaderamente maravilloso, gracias a la fe de sus fundadores. Tampoco enviaban a los samuráis del clan a otras provincias, ni invitaban a ingresar en el clan a hombres de otras provincias. Los hombres degradados a *ronin* seguían en la provincia, lo mismo que los descendientes de los condenados a hacerse el *seppuku*. La maravilla de nacer en un clan con tanto compromiso entre señores y sirvientes es una bendición inexpresable que se ha transmitido a lo largo de las generaciones, tanto para los labradores como para la gente de ciudad, cuánto más para los samuráis.

El samurái del clan Nabeshima debe

saber todo esto para, a partir de esta base, tener la determinación profunda de pagar esta bendición siendo útil; servir con tanto o mayor desprendimiento cuando el señor lo trata bien; saber que ser degradado a *ronin* o recibir la orden de hacerse el *seppuku* también son maneras de servir; y aspirar a tener siempre presente al clan, aunque esté desterrado en lo alto de las montañas o bajo tierra. Aunque parezca mal que una persona como yo diga esto, mi esperanza no es convertirme en Buda al morir^[41]. Mi deseo, más bien, está impregnado de la determinación de contribuir a la gestión de los asuntos de la provincia, aunque vuelva a nacer siete veces como

samurái de los Nabeshima. Para eso no hace falta vitalidad ni talento. En una palabra, es una cuestión de tener la voluntad de cargarse al hombro el clan uno solo.

¿Cómo puede ser inferior a otro un ser humano? En todas las cuestiones de disciplina, el que no tiene mucho orgullo no sirve de nada. Si uno no está decidido a mover el clan él solo, su disciplina no valdrá nada. Aunque es fácil que el entusiasmo se enfríe, como una tetera, existe el modo de evitarlo. Yo he pronunciado los votos siguientes:

No dejarme superar nunca en el Camino del Samurái.

Servir bien al señor.

Tener devoción filial a mis padres.

Manifestar gran compasión y obrar
por el bien del Hombre.

El que dedica a los budas estos cuatro votos todas la mañanas, tendrá la fuerza de cuatro hombres y no retrocederá nunca. Debemos avanzar poquito a poco, como la oruga. También los dioses y los budas empezaron pronunciando un voto.

Glosario de términos, nombres y lugares

Aki, señor: *véase* Nabeshima Aki no kami Shigetake.

Asakusa: un distrito de Edo (Tokio).

Bakufu: el gobierno del shogún.

Bon, festival de: festival en recuerdo de los espíritus de los muertos, que se creía que volvían entonces a sus lugares de origen. Se celebraba el día quince del séptimo mes lunar.

Chikuzen: provincia al nordeste de Hizen.

daimyo: señor feudal.

Echigo: provincia al oeste del centro de Japón.

Edo: sede del gobierno del shogún; hoy llamado Tokio.

Eiroku: nombre de un reinado (1558-1570).

Fukahori Magoroku: Nabeshima
Shichizaemon. Fukahori era el nombre de su señorío.

Genroku: nombre de un reinado (1688-1704).

giri: deuda de gratitud, deber, justicia, obligación o sentido del honor.

go: juego en el que los jugadores van colocando alternativamente piezas, llamadas «piedras», sobre un tablero

vacío para ganar territorio.

hakama: pantalones amplios y de mucho vuelo.

haori: una chaqueta corta.

hatamoto: en el período Edo (1603-1868), un samurái a las órdenes directas del shogún.

Hideyoshi: véase Toyotomi Hideyoshi.

Hizen: provincia donde estaba el señorío de los Nabeshima; es la actual prefectura de Saga.

Ieyasu: véase Tokugawa Ieyasu.

Ihara Saikaku: novelista (1642-1492) que solía relatar historias de amor entre miembros de la clase de los comerciantes.

-in: sufijo que se suele aplicar a una

dependencia de un templo grande.

Ittei: Ishida Ittei (1628-1693): estudioso confucianista, maestro de Tsunetomo.

-*ji*: sufijo que denota el nombre de un templo.

junshi: véase *tsuifuku*.

kaishaku: el ayudante en el acto del *seppuku*, que remataba al condenado cortándole la cabeza.

Kamigata: el distrito de Kyoto-Osaka.

Kannon: la diosa budista de la compasión.

Keicho: nombre de un reinado (1596-1615).

Koyogunkan: libro escrito en el primer período Edo (1603-1868), que

relataba las hazañas de Takeda Shingen y de los guerreros del distrito de Koshu.

kusemono: en japonés moderno significa «bandido», pero Tsunetomo suele usar la palabra con el sentido de «valiente», «hombre de verdad».

Kusunoki Masashige: caudillo militar leal en el período de las Cortes del Norte y del Sur (1332-1390); se suicidó en 1336, tras ser derrotado en una batalla.

mamushi: una serpiente venenosa (*Agkistrodon blomoffii*).

matanuki: se cree que esta costumbre consistía en atravesarse el muslo con una espada u otro objeto punzante

como prueba de valor.

monme: unidad de peso equivalente a 3,75 gramos.

Nabeshima Aki no kami Shigetake: hijo de Ishi Aki no kami Nobutada; fue adoptado por Fukahori Samanosuke.

Nabeshima Heizaemon: nieto de Nabeshima Daizen.

Nabeshima Hizen no kami Tadanao: hijo de Nabeshima Katsushige.

Nabeshima Katsushige (1580-1657): hijo de Nabeshima Naoshige; segundo *daimyo* del señorío de Nabeshima.

Nabeshima Kiyohisa: abuelo de Nabeshima Naoshige.

Nabeshima Mitsushige (1632-1700):

hijo de Nabeshima Tadanao; tercer *daimyo* del señorío de Nabeshima.

Nabeshima Naohiro: hijo de Nabeshima Katsushige.

Nabeshima Naoshige (1538-1618): primer *daimyo* del señorío de Nabeshima.

Nabeshima Sadayu: nieto de Nabeshima Shigetoshi.

Nabeshima Tadashige: hijo de Nabeshima Katsushige.

Nabeshima Tsunashige: hijo de Nabeshima Mitsushige.

Nakano: apellido ancestral de los Yamamoto. Yamamoto Jin'emon nació en la familia Nakano e ingresó en la familia Yamamoto por

adopción.

Nakano Daigaku: tío de Yamamoto Tsunetomo.

Nakano Kazuma Toshiaki: abuelo de Nakano Shigetoshi.

Nakano Matabei: sexto hijo de Yamamoto Jin'emon.

Nakano Mokunosuke: miembro de otra familia del clan Nakano.

Nakano Shikibu: Yamamoto Jin'emon (*véase* Nakano).

Nakano Shogen: primo de Yamamoto Tsunetomo.

Nakano Takumi Shigetoshi: hijo de Nakano Kiyoaki; tío de Yamamoto Tsunetomo. «Takumi» era el título del funcionario encargado de la

construcción.

Nakano Uemonnosuke Tadaaki; padre de Yamamoto Jin'emon.

Narutomi Hyogo: general que participó en las campañas de Toyotomi Hideyoshi, en Corea.

Nembutsu: la fórmula *Namu Amida Butsu*, «Salve, Buda Amida».

Nitta Yoshisada (1301?-1338): comandante de fuerzas leales que, rodeado por el enemigo, se cortó a sí mismo la cabeza y la enterró antes de morir.

no kami: señor de; por ejemplo, Nabeshima Hizen no kami Tadanao es Nabeshima Tadanao, señor de Hizen.

Ohanashikikigaki: recopilación de los dichos de Naoshige, Katsushige y Mitsushige.

Oki Hyobu Motokiyo: el «Hyobu» era el oficial que dirigía las operaciones navales.

Ono Doken: fue un samurái condenado a morir en la hoguera en 1615. Cuando se acercó un funcionario a inspeccionar sus restos, Ono le arrebató la espada y lo mató, antes de deshacerse en cenizas.

renga: versos encadenados.

ronin: samurái que había sido expulsado del servicio o que había perdido a su señor.

Ryoankyō: recopilación de los sermones

del monje Suzuki Shozo (1579-1655), de la secta Soto del budismo zen.

Ryuzoji Iekane: bisabuelo de Ryuzoji Takanobu.

Ryuzoji Takanobu (1529-1584): último *daimyo* de la familia Ryuzoji.

Sanenori (*Sanjonishi dainagon*): miembro de la corte imperial con quien Nabeshima Mitsushige estudió el género poético llamado *waka*.

Sato Tsugunobu: guerrero que cayó herido de muerte al recibir las flechas que iban a herir a su señor, Yoshitsune (1159-1189).

seppuku: suicidio abriéndose el vientre con la espada. La ceremonia tuvo

muchas formas y fue variando de un período a otro.

Shin'ei: libro del período Kamakura tardío (1249-1382), «Los cantos de los dioses», *Gukenshu*.

shogi: juego de ajedrez japonés.

shoji: puertas correderas compuestas de una celosía de madera cubierta de papel.

Shungaku: sacerdote principal del Manjuji y el Taichoin. Cuando lo detuvieron en 1687, por sospechas de que se había vuelto cristiano, Tsunetomo era uno de sus guardias.

Takanobu: véase Ryuzoji Takanobu.

Takeda Katsuyori (1546-1582): hijo tercero de Takeda Shingen.

Takeda Shingen (1521-1573): *daimyo* de la provincia de Kai, célebre por sus batallas contra Uesugi Kenshin.

Tannen (?-1680): sacerdote zen que fue maestro de Tsunetomo.

tatami: estera gruesa de paja de un metro ochenta por noventa centímetros, aproximadamente, que se utilizan para cubrir el suelo.

teakiyari: samurái de grado intermedio.

Tenna: nombre de un reinado (1681-1684).

Tetsugyu (1628-1700): sacerdote budista de la secta Obaku, del budismo zen; fundador, en 1661, del Manpukuji de Uji.

Tokaido: carretera principal que

transcurría a lo largo de la costa del Pacífico, entre Kyoto y Edo (Tokio).

Tokugawa Ieyasu (1542-1616): fundador del shogunato de Tokugawa; pacificó el país con sus victorias decisivas en Sekigahara (1600) y el castillo de Osaka (1614-1615).

Toyotomi Hideyoshi (1536-1598): fue hijo de un labrador, sucedió a su señor, Oda Nobunaga, y prosiguió la labor de unificación del país que había emprendido este.

tsuifuku: *seppuku* de un samurái tras la muerte de su señor.

Tzu Ch'an: funcionario chino del período de las Primaveras y los Veranos (722-481 a. C.) que

enseñaba una filosofía confucianista reformadora.

Uesugi Kenshin (1530-1578): *daimyo* de la provincia de Echigo, célebre por sus batallas contra Takeda Shingen.

Yagyū Tajima no kami Munenori (1571-1646): fundador de la escuela de esgrima Yagyū, que fue la oficial del shogunato de Tokugawa.

Yamamoto Gorozaemon: sobrino de Yamamoto Tsunetomo.

Yamamoto Kichizaemon: hermano mayor de Yamamoto Tsunetomo.

Yui Shosetsu (1605-1651): *ronin* y tratadista del arte militar; se suicidó para no caer prisionero, tras un intento fallido de golpe de Estado.



TSUNETOMO YAMAMOTO nació el 11 de junio de 1659 y vivió hasta 1719. De frágil salud en su infancia, durante más de treinta años consagró su vida al servicio de su clan y de su señor, Nabeshima Mitsushige (en la provincia de Hizen), quien le tomó a su servicio a los nueve años de edad.

Influido por el budismo zen y el confucionismo, a los cuarenta y dos años (tras la muerte de Mitsushige). Yamamoto se retiró a un pequeño monasterio y se hizo monje budista. En ese entorno tuvieron lugar, entre 1709 y 1716, sus encuentros con el joven samurái Tashiro Tsuramoto, y en su compañía se gestó el HAGAKURE, manifestación expresa de la sinceridad de Yamamoto.

Notas

[1] Los cuatro votos se enumeran en la página 204. <<

No dejarme superar nunca en el Camino del Samurái.

Servir bien al señor.

Tener devoción filial a mis padres.

Manifestar gran compasión y obrar por el bien del Hombre.

[2] No se conoce el contexto de los hechos que se narran en este pasaje. Se ha querido interpretar suponiendo que Kyuma quería encubrir algún crimen de su señor. <<

[3] *Munen mushin*: «No-pensamientos», «No-mente». En el budismo, es el estado de liberación de todos los pensamientos terrenales. <<

[4] Esta poesía pertenece al *Gosen waka shu*: *Decir a los demás que es un rumor / No basta, / Cuando te lo pregunte tu corazón, / ¿Cómo responderás tú? <<*

[5] El Camino: *Do* puede significar «disciplina» en términos tales como *kendo*, el «Camino de la espada», o bien puede designar el Camino universal del taoísmo o del budismo. Es frecuente que no se distinga con claridad entre ambos, considerándose que por medio del menor se puede alcanzar el mayor. <<

[6] *Maestro de la Apertura*, por el acto de abrir un barril de sake rompiéndole el sello. *Maestro de los Veinticinco Días* porque los botes de salsa de soja, de encurtidos o de miso (pasta de soja fermentada) se abrían a los veinticinco días de haberse cerrado. <<

[7] El incidente de los samuráis del señor Asano (recogida en la obra *Chushingura*, del teatro kabuki) se considera un ejemplo de lealtad verdadera. Tsunetomo no está de acuerdo, pues opina que los samuráis debieron ejecutar la venganza al momento en lugar de esperar un año entero para estar seguros de matar al señor Kira. El combate de Nagasaki tuvo lugar cuando un hombre salpicó accidentalmente de barro a un samurái de otro clan. Tsunetomo considera que los que participaron en este combate obraron como es debido porque se

vengaron al momento, sin detenerse a considerar las causas de sus actos ni sus consecuencias. <<

[8] Los samuráis se repartían en varios grupos, con funciones y responsabilidades concretas. <<

[9] En el original, *shinigurai*, «locura de morir». Su sentido es arrojarse a las fauces de la muerte sin titubear. <<

[¹⁰] Del *Pi-yen-lu*, colección china de *koans*: «Cuanta más agua, más alto el barco. Cuanto más barro, más grande el buda». <<

[11] Tsunetomo murió a los sesenta y un años de edad, al parecer, por causas naturales. <<

[12] Se alude aquí al capítulo 41 del *Lao Tsu*, libro taoísta del siglo VI a. C., aproximadamente. <<

[13] Los tres reinos antiguos son India, China y Japón. <<

[14] Ambas citas están tomadas de los veintiún preceptos que tenía escritos Naoshige en la pared de su mansión. El texto completo del último, dice: «La Ley es el juicio de los subordinados. Hay un principio que va más allá de la razón».

<<

[15] Shikibu recomienda al hombre que no crea que ha de separar su vida en dos caminos. Debe ser samurái, con independencia de su vida amorosa. <<

[16] Estas son las Tres Virtudes Universales del confucianismo. <<

[17] Tomado del *Prajna-paramita-hridaya Sutra*, que es un resumen de los *Sutras del Prajna-paramita* (de la Sabiduría). <<

[18] «Salir a ver las flores» es ir a ver los cerezos en flor en primavera. <<

[19] Se refiere al suceso que se describe en la página 195. <<

[20] No está claro lo que era un *yokoza no yari*. Podía tratarse de un hombre que ocupaba el cargo de un *daimyo* en tiempo de guerra, o que acudía a protegerle de un peligro repentino. <<

[21] La avispa excavadora es la *jigabachi*, literalmente, «avispa imitadora». Se decía que las avispas excavadoras podían adoptar la forma de otros insectos y transformar a estos en avispas como ellas. En la terminología budista, *jiga* significa «adquirir la virtud del Buda recitando repetidamente los sutras». <<

[22] Véase nota 4 del capítulo 1. «Esta poesía pertenece al Gosen waka shu: *Decir a los demás que es un rumor / No basta, / Cuando te lo pregunte tu corazón, / ¿Cómo responderás tú?*». <<

[23] Toyotomi era el hombre más poderoso del país; si invitaba a alguien a jugar al *shogi*, era una orden. <<

[24] Parece que el *uchitonin* era el guardaespaldas personal de un *daimyo* dentro de su mansión. <<

[25] Porque el *kaishaku* no podrá ejercer bien su función, sin deshonorarse ni deshonrar al condenado. <<

[26] El «sello» era el certificado que otorgaba un sacerdote jefe cuando consideraba que un monje había alcanzado la iluminación. <<

[27] Había tomado la resolución de matar al sacerdote. <<

[28] Este golpe de gracia se llamaba *todome*, y consistía en degollar a la víctima. <<

[29] Las Tres Esencias son el Cielo, la Tierra y el Hombre. <<

[30] El shogún era por entonces Tokugawa Ieyasu. <<

[31] El «mausoleo del Santo» es el de Sugawara no Michizane (845-903), funcionario, poeta y calígrafo de principios de la era Heian. Exiliado de la capital, murió en Dazaifu, en Kyushu, y fue elevado más tarde a divinidad protectora de la literatura. <<

[32] En el budismo japonés se aprecian dos tendencias. La primera, llamada *Tariki*, recomienda la confianza en la fuerza y compasión del buda; la segunda, *Jiriki*, propugna el esfuerzo del propio adepto para seguir el camino que conduce a la iluminación. Las sectas zen pertenecen a esta última. <<

[33] Los «Hombres de las Siete Lanzas» cobraron fama en la batalla de Shizugadake, en 1583. <<

[34] El significado básico del ideograma < 憶 > es «pensar». Combinado con el ideograma < 病 >, que significa «enfermedad», su significado es «cobardía» (*okubyo*). <<

[35] Tezuke no kubi significa «la cabeza en la que se ha puesto la mano». <<

[36] Owari, Kii y Mito eran los hijos noveno, décimo y undécimo de Tokugawa Ieyasu. Llevan los nombres de las regiones cuyo dominio heredaron, respectivamente. <<

[37] Existe un juego de palabras intraducible con la palabra que significa «tranquilizarse», que se escribe con los ideogramas chinos que significan «llegar» y «caer». <<

[38] En la época en que tuvo lugar este episodio, Shingen e Ieyasu eran *daimyos* rivales que se habían enfrentado en varias batallas. <<

[39] *Kita no kata*, «persona del norte», significaba «esposa» en la época del período Edo (1603-1868). <<

[40] Se consideraba que daba mala suerte dormir con la cabeza hacia el norte. Según la tradición, Buda murió en esa postura, y por eso se colocaba así a los muertos. <<

[41] «Parece mal», porque Tsunetomo se había retirado como samurái y había tomado la tonsura de monje budista. <<